
REBELIÓN
Vigilada
EL LEGADO DE BARANOV
LEONA WHITE

REBELIÓN VIGILADA

LEONA WHITE

Copyright © 2025 por Leona White

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

 Creado con Vellum

TAMBIÉN POR LEONA WHITE

El Legado de Baranov Serie

Rebelión Vigilada

La familia Constella Serie

Bajo su Protección || Bajo Su Mirada || Bajo su Control || Bajo Su Abrazo

Los Jefes de la Mafia Serie

El acuerdo irlandés || La Última Vendetta

ÍNDICE

Blurb

1. Lev
2. Eva
3. Lev
4. Eva
5. Lev
6. Eva
7. Lev
8. Eva
9. Lev
10. Eva
11. Lev
12. Eva
13. Lev
14. Eva
15. Lev
16. Eva
17. Lev
18. Eva
19. Lev
20. Eva
21. Lev
22. Eva
23. Lev
24. Eva
25. Lev
26. Eva
27. Lev
28. Eva
29. Lev
30. Eva
31. Lev
32. Eva
33. Lev

BLURB

¿Qué es más arriesgado que escaparse de tu guardaespaldas?

Darse cuenta de que no puedes vivir sin él.

Eva:

Princesa de la mafia. Estudiante de primer año. Rebelde con una causa.

Pensé que escapar al campus significaba libertad.

En cambio, obtuve un muro de músculo de 1,88 m siguiendo cada uno de mis movimientos.

Lev Kvashnin.

Exsoldado. Protector letal. Tentación andante.

Se supone que debe mantenerme a salvo, no volverme loca.

Pero cada mirada ardiente, cada orden áspera...

Es cada vez más difícil recordar por qué quería huir.

Entonces mi mundo implosiona:

Mi mejor amiga desaparece.

Familias rivales emergen de las sombras.

Y alguien está cazando a las mujeres en el campus.

Dos revelaciones devastadoras lo derrumban todo:

—Tu hermana está viva

—gruñe Lev.

—Y está trabajando con nuestros enemigos.

Ahora estoy dividida entre:

La hermana que pensé que estaba muerta

La familia en la que nací

Y el hombre del que no puedo evitar enamorarme

Pero aquí está la verdad más letal de todas...

Uno de nosotros no saldrá vivo.

Y hay algo sobre Lev...

Él no solo protege.

Él quemará el mundo para salvar lo que es suyo.

Nota del lector: Este romance mafioso y apasionado presenta a una chica universitaria rebelde, su peligroso guardaespaldas y suficiente calor para derretir tu e-reader. Solo para mayores de 18 años.

1

LEV

No veo la hora de estar en casa.

Con cada kilómetro que Rurik conducía por las congestionadas calles de Nueva York, mi anticipación crecía. Demonios, a este ritmo de tráfico, era más bien cada centímetro que lograba mover el coche, pero no me quejaría. Porque por fin me dirigía a casa.

Mi misión había terminado. Finiquitada. Acabada. Esa tarea interminable de vigilar a Yusuf Ilyin era una entre muchas. No era el primer trabajo que hacía como miembro de la Familia Baranov, y no sería el último.

—Gracias a Dios que todo ha terminado —dije antes de suspirar de nuevo, dejando que mi pecho se llenara y luego liberando todos los hilos de tensión restantes con los que había vivido. Durante dos meses, estuve ahí fuera: en el bosque, la ciudad y de vuelta al bosque otra vez. Acechar a Yusuf no fue tan simple como debería haber sido, pero lo logré. Siempre salía victorioso en cualquier cosa que el Jefe me pidiera.

—Sí, es bueno tenerte de vuelta, tío —Rurik me miró mientras conducía, casi como si tuviera que examinarme de nuevo—. ¿Estás *seguro* de que no debería llevarte a la casa del Jefe para que uno de los médicos revise esas heridas?

—No —Negué con la cabeza, nada entusiasmado con otro obstáculo para llegar a casa—. No es tan grave.

—Parece grave.

Sonreí con suficiencia, poniendo los ojos en blanco mientras levantaba la camisa ensangrentada que llevaba puesta. Me había quedado sin repuestos para cambiarme. Acampar y sobrevivir en la naturaleza le hacía eso a un hombre. Debajo de la superficie innegablemente sangrienta de la tela, mi piel se veía saludable, aunque en carne viva. Dos cortes cruzaban mis abdominales, pero los había cosido lo suficientemente bien. Nada parecía infectado—. Me recuperaré.

No pareció convencido, frunciendo el ceño mientras se concentraba en conducir.

—Eso es todo lo que pretendo hacer. Recuperarme. Relajarme.

—¿Relajarte? ¿Qué es eso? —bromeó con ironía—. ¿*Relajarse*?

Me permití una pequeña sonrisa. Los soldados dentro de la Familia Mafiosa Baranov no podían afirmar poseer esa habilidad. O ese lujo. La vida en un grupo del crimen organizado a menudo estaba llena de peligros, amenazas y caos. Pero podía estar seguro de que el Jefe no tendría que preocuparse por ningún peligro que nos llegara de los Ilyin en un futuro próximo.

—Me alegro de que hayas vuelto —dijo Rurik—. Durante un tiempo, pensamos que te habíamos perdido.

—Oh, qué poca fe tienes —me burlé.

—El Jefe calculó que estarías en esta tarea durante un mes. Sin embargo, estuviste fuera dos.

Me encogí de hombros, perdiendo la batalla contra un amplio bostezo. El arrepentimiento me golpeó de inmediato cuando estiré el cuello. Los dolores y la rigidez punzante de un fuerte golpe en mi hombro aún no habían desaparecido.

Sí, realmente *estoy deseando relajarme y no hacer nada durante un tiempo.* Me merecía un descanso.

—Si hubiera sido una simple vigilancia de un líder criminal, habría terminado en las primeras dos semanas —respondí—. Pero Yusuf debe haber recibido la noticia de que alguien había puesto precio a su cabeza —Esa era la única explicación que se me ocurría. Yusuf Ilyin era un bastardo paranoico en sus mejores días, pero desde el primer día que asumí la misión de acecharlo y matarlo, había sido casi imposible de alcanzar. Había triplicado sus fuerzas de seguridad. Se escondía y se atrincheraba durante largos períodos. También se había mudado de una casa de seguridad a otra, dejándome demasiados pasos atrás para encontrarlo de nuevo. Durante tres semanas seguidas, se había refugiado en una cabaña con demasiadas capas de guardias, cámaras y perros patrullando como para que yo pudiera entrar y eliminarlo.

—¿Quién, sin embargo? —adivinó Rurik—. ¿Quién le habría informado sobre un golpe?

Le lancé una mirada de reojo, incrédulo de que tuviera que preguntar eso. Rurik había sido soldado en la organización tanto tiempo como yo. Sabía cómo funcionaba este mundo.

Después de que la Familia Ilyin intentara tendernos una trampa y culparnos por un acuerdo de tráfico de drogas que salió mal, no debería haber sido una sorpresa para nadie en este mundo criminal que tomaríamos represalias. Nadie se metía con los Baranov y se salía con la suya. Yo no nací Baranov, pero desde que Oleg Baranov me acogió cuando era un joven huérfano, los consideraba mi sangre. Yusuf Ilyin pensó que podía jugar con nosotros y, en consecuencia, había firmado su propia sentencia de muerte.

—No habría necesitado adivinar quién iba a por él. Había atacado contra nosotros con ese tráfico de drogas fallido. Tenía que saber que iríamos a por él.

—Pero los Petrov también se vieron afectados por ese acuerdo que se vino abajo —me recordó Rurik.

Apenas me importaba lo que la otra Familia Mafiosa sintiera sobre un acuerdo de drogas que salió mal. Podían recuperar sus propias pérdidas, pero no parecía que hubieran sufrido muchas —. Creía que teníamos información de que los Petrov no habían sufrido cuando ese contrato se vino abajo.

Fue su turno de encogerse de hombros—. Tuvieron que haber perdido algo. Tal vez no obtuvieron tantos beneficios como esperaban, pero aún era una situación salvable. Quizás sospecharon que los iban a joder y se retiraron antes de que Yusuf pudiera interferir el día del gran envío.

—No vi a ningún Petrov intentando eliminar a Yusuf —dije. Si los Petrov buscaban castigar a los Ilyin matando a Yusuf, uno de sus líderes más importantes, entonces habrían ido tras él igual que yo.

—¿Quizás eso significa que los Petrov se han alineado con los Ilyin? —adivinó Rurik.

—No tengo ni idea —Y tampoco me importaba una mierda. Oleg me encargó cazar a Yusuf y matarlo, y eso era exactamente lo que había hecho. Me había llevado mucho más tiempo del que había anticipado, pero estaba hecho.

Todas esas semanas de acampar persistían como un recuerdo molesto. Había sobrevivido a base de alimentos no perecederos y barras de proteínas hasta el punto de que una comida real y honesta a Dios con alimentos recién cocinados sonaba como el Nirvana. Había dormido en el frío suelo del bosque y con el mínimo de ropa de abrigo para comodidad, que la idea de descansar en un colchón con una manta sería un sueño hecho realidad.

Las vigilancias podían ser físicamente desafiantes, pero también eran una prueba de aptitud mental. Estar solo y atrapado en la soledad mientras se observaba y espiaba al objetivo se asemejaba al aislamiento. A veces se sentía como un castigo, obligado a permanecer oculto y observante como un depredador esperando para atacar. No era el hombre más sociable del mundo, pero dos largos meses sin hablar con nadie ni nada alterarían la psique de cualquiera.

Era difícil creer que hace solo ocho horas, estaba parado entre los cristales rotos de la ventana de Yusuf, mirando fijamente su cuerpo sin vida. Tres guardias habían caído con él.

Aquí estaba yo, transportado a otro mundo, circulando por el congestionado tráfico de Nueva York. Una llamada a Oleg para confirmar que el trabajo estaba hecho fue todo lo que se necesitó para pasar de mi tarea aislante a arrojarme de vuelta a la sociedad, y fue un cambio brusco. Rurik había sido enviado a recogerme después de mi vuelo desde California, y eso era todo. Trabajo terminado. Regreso completo.

Tarde o temprano, mi mente se pondría en marcha. Me recuperaría del desfase. Una vez que tuviera una buena noche de sueño en mi cama, algo que había echado mucho de menos, casi tanto como mis almohadas de alta calidad, me sentiría "normal" otra vez.

Sin embargo, no era algo rápido. Mirando por la ventana a la multitud de gente ocupada caminando o pedaleando fuera de los rascacielos, tuve que volver a conectar con lo que se suponía que era tan familiar. Todos estos peatones se dirigían a casa desde sus trabajos. Abrigados con abrigos y con el aliento formando nubes frente a sus caras, enfrentaban el trayecto rutinario a casa en la gran ciudad. Muchos más viajaban en metro y autobús. Pero yo era el único mafioso siendo llevado a casa después de mi último trabajo. Nunca sería como ninguno de ellos. Nunca encajaría con la gente "normal" de la fuerza laboral mundial. Después de llegar a sus hogares mundanos, se despertarían a la mañana siguiente para enjuagar y repetir. Para hacer el mismo curro en la carrera de ratas una y otra vez.

Qué vida tan jodidamente miserable sería esa.

Mi tiempo pasado vigilando y luego matando a Yusuf no fue un paseo por el parque, pero no podía imaginar mi vida de otra manera. Nací para esto. Fui hecho para matar y proteger.

Pero...

—No puedo esperar para ducharme, comerme el filete más grande que pueda encontrar y desplomarme en mi cama —dije con un suspiro.

Rurik se rio entre dientes.

—Oye, tal vez incluso puedas encontrar un coño y echar un polvo antes de que el Jefe tenga algo más para que hagas.

—Me dejará tomarme unos días libres —estaba seguro de que lo haría. Me había elogiado por hacer el trabajo difícil, y él nunca, nunca repartía cumplidos sin sinceridad. Por lo tanto, los cumplidos no llegaban a menudo para la mayoría de los soldados Baranov.

—No sé si será así —argumentó Rurik.

—¿Por qué? —fruncí el ceño, odiando pensar en levantarme y salir a otra misión tan pronto—. ¿Qué ha estado pasando mientras he estado fuera? —Mi contacto había sido limitado. Ningún equipo pudo acompañarme para acabar con Yusuf debido a la necesidad de sigilo y ocultamiento para llegar al bastardo.

—Siempre están pasando cosas —respondió—. Todo lo que digo es que no deberías ponerte demasiado cómodo recuperándote de este trabajo.

Sonreí con suficiencia, volviendo a mirar la escena invernal de las aceras abarrotadas. Sin el rojo, verde y dorado de la decoración navideña por todas partes, todo se veía tan oscuro, apagado y gris.

—Oleg no ha estado contento últimamente.

Gruñí.

—¿Cuándo lo está? —El gran jefe no era conocido por su encanto.

—Aunque, ¿por qué lo estaría? —reflexionó Rurik en voz alta—. Demasiados enemigos. Demasiada gente apuñalándonos por la espalda, como Yusuf.

—Sí, pero Yusuf ya no es un peligro —se sentía condenadamente bien decir eso después de todo lo que aguanté para lograrlo. Fui atacado por sus guardias y perros. Me dispararon. Me llevaron en una persecución inútil. Estuve atrapado en el bosque durante semanas tratando de conseguir un tiro limpio sobre él.

—Otros lo serán —dijo Rurik.

Cierto. Me negué a preocuparme, sin embargo.

—Exactamente. Por eso no me hago ilusiones de contar con un descanso ahora. Siempre habrá más imbéciles de los que deshacerse —sonreí, emocionado con un flujo de tráfico más suave. Estaba cada vez más cerca de casa—. Hasta que me necesiten, me daré esa ducha caliente, un

gran filete y al menos diez horas de sueño —me reí—. Demonios, tal vez sí busque un pedazo de culo para pasar el rato.

Nunca tendría sentido establecerme con una novia. Cualquier cosa a largo plazo terminaría mal. Con mi trabajo, mi "horario", era imposible considerar dedicarme a algo que no fuera el Jefe, la Familia.

—Yo...

Mi teléfono sonó, interrumpiéndome. Una mirada a la pantalla mostró que era el gran hombre en persona. El Jefe. Oleg Baranov. El líder que me daría un descanso por un trabajo bien hecho.

No iba a hacer nada todavía. No si me estaba convocando. La tranquila calma de saber que no estaba obligado a estar en ningún lado se desvaneció.

—¿Sí, señor? —contesté, como se esperaba.

Tal vez quiere celebrar un trabajo bien hecho conmigo. Personalmente con una cena en la mansión. Ahora, *ese* sería el mejor filete de la ciudad.

—¿Lev? —preguntó, aunque sabía perfectamente que era yo—. Es urgente que hable contigo sobre tu próxima misión.

Cerré los ojos con fuerza y contuve un gemido.

2

EVA

No veo la hora de irme de casa.

Casa. Como si este lugar pudiera llamarse con un nombre tan amable. Estas cuatro paredes no se parecían a un lugar de amor y comodidad. El lujo podía encontrarse en la mansión Baranov a las afueras de la ciudad de Nueva York. Riquezas. Adornos de opulencia y exhibiciones de alta calidad... en todo.

Mi tío, Oleg Baranov, era *el* Jefe. Bajo su mando, veló por nuestra prominencia en la ciudad. Al igual que se aseguraba de que nunca nos faltara nada. Pero con eso venía algo que se parecía mucho al encarcelamiento. Esto no era un hogar. Era una celda de prisión.

—Eva, ¿por qué querrías renunciar a esto? —preguntó mi padre. Boris Baranov había perdido hacía tiempo su estado de esplendor. Demacrado y cansado, levantó la copa de cristal de vodka. Las líneas de arrugas enmarcaban su boca mientras sorbía su vicio omnipresente. Antes de que pudiera bajar el vaso, dejó escapar otro de esos suspiros exasperados y sufridos. Como si *yo* fuera la razón por la que era un alcohólico.

Me crucé de brazos, demasiado desafiante para perder la esperanza en esta discusión. Aunque mi tío se había ido para atender una llamada, no estaba en posición de rendirme. Rendirse no era una opción. Tan pronto como volviera a esta habitación, reiteraría por qué debería obtener permiso para ir a la universidad.

—¿Por qué no lo haría? —desafié a mi inútil padre.

Él gruñó una débil y única risa.

—¿Qué tiene de malo vivir aquí? ¿Qué hay de terrible en ser una princesa de la Mafia? Tienes todo lo que podrías desear o necesitar. Tu asignación no tiene límite.

Quiero algo que el dinero no puede comprar. Entrecerré los ojos mirándolo, demasiado consciente de que no lo entendería. Mi padre nunca había aspirado a hacer nada más que beber. Nunca le había importado experimentar otra cosa que no fuera la pereza suprema.

—Estás protegida aquí. —Arqueó una ceja, como esperando un desafío a esa afirmación.

Estoy confinada y atrapada aquí.

—No hay nada que puedas ganar yendo a la universidad. —Como cada vez que intentaba argumentar para ir a la universidad, agregó una risita tonta. Como si estuviera pidiendo algo ridículo y frívolo.

—Puedo obtener una educación.

—Bah. ¿Para qué coño, Eva?

Apreté los labios con más fuerza para comprimir el impulso de gritar.

—Porque quiero. —Nunca di por sentada mi riqueza, pero cuando esas palabras salieron de mi boca, escuché el tono de niña mimada en ellas. Ir a la universidad no era una cuestión de querer estudiar Inglés. Se estaba convirtiendo en una cuestión de necesidad de hacer algo por mí misma por una vez en mi vida. Romper este molde y abrazar una pizca de libertad e independencia.

—Tienes un propósito, hija. Uno solo.

Levantando la barbilla, miré hacia un lado. Negarme a hacer contacto visual no era exactamente una demostración de poder aquí. No con él. Por lo arrastrado de su discurso, estaba a cinco minutos de desmayarse, demasiado borracho para funcionar como un adulto lógico.

—Te casarás. Tarde o temprano, Oleg te encontrará un marido. Y después de eso... —Levantó una mano y la hizo girar en un torpe ademán—. Entonces le darás hijos. Con suerte, varones.

La rabia hervía dentro de mí, subiendo más y más caliente mientras me esforzaba por no perder la compostura. Desde que era niña, me habían inculcado ser apropiada y nunca responder. Nunca mostrar mi enojo. Nada de berrinches, jamás. Embotellar mis emociones solo me preparaba para estar cerca de la explosión, sin embargo. Porque mientras dejaba que su familiar recordatorio se hundiera en mi mente, detestaba el futuro que pintaba para mí.

Ser intercambiada en matrimonio. Ser una maldita yegua de cría. ¿Qué había de deseable en ese tipo de cadena perpetua?

Tal vez por eso Sonya se fue. Ella tampoco quería quedarse atrapada en esta vida. Me mordí el labio con más fuerza ante el pensamiento de mi hermana mayor que había desaparecido hace muchos años. La envidia acompañaba mi ira por las palabras de mi padre. Mi corazón latía más rápido con los celos de que ella pudiera haberse librado de una vida tan confinada y sin amor de ser una yegua de cría casada. Mi madre había desaparecido el mismo día, y nunca había llegado a un estado de perdón total. Si se había ido y solo se había llevado a Sonya para salvarla, ¿qué significaba eso? ¿Que no le importaba una mierda yo? ¿Que estaba bien dejarme en la familia Baranov para enfrentar finalmente un matrimonio arreglado y la expectativa de parir bebés?

—Tener un título universitario no me impide casarme y ser madre —argumenté uniformemente. Quería gritarlo, entre muchas obscenidades. Deseaba poder rugir y decirle con todos los decibelios que pudiera reunir la energía.

—¿Un *título*? —Balbuceó en su siguiente sorbo, poniendo los ojos en blanco—. Por el amor de Dios, Eva. ¿Por qué? Pensé que solo querías ir a algunas clases porque estabas aburrida.

Yo *estaba* aburrida, tan condenadamente estancada en mi vida que me estaba obsesionando con la idea de salir de aquí.

—Sí, un título —espeté. Aún no había bajado la barbilla—. No hago nada a medias. Si asisto a clases en la universidad, tengo la intención de hacerlo con éxito y obtener un título.

—¡Pero no harás nada con él! —Se rió entre dientes, lamiéndose los labios mientras su vodka se derramaba. Ya había gotas mojando su camisa que se tensaba demasiado sobre su cuerpo. La grasa, no los músculos, engrosaba su pecho de barril. No estaba segura si se imaginaba a sí mismo como un Dionisio moderno o qué. Todo lo que veía cuando tenía que hacer contacto visual era un desperdicio de espacio.

—Esto es una tontería —balbuceó, nuevamente levantando su mano en ese gesto despectivo—. ¿Por qué molestarse en ir a clases o conseguir un título cuando no puedes usarlo?

—Podría —respondí.

—¿Cómo? ¿Cuándo? —Entrecerró los ojos, como si ya no pudiera entender quién demonios era yo—. Te casarás. Tendrás una familia. ¿Qué harás con ese título elegante que quieres? ¿Eh? ¿Solo para mirar un bonito diploma? —Sonrió mientras levantaba su vaso de nuevo—. Te falsificaremos uno, ¿de acuerdo? Entiendo el atractivo de querer trofeos para admirar. Podemos conseguirte un diploma.

—Quiero *ganarme* un título.

—Para no hacer nada con él. —Sonrió con suficiencia—. En serio puedes imaginarte teniendo un trabajo.

Me abracé con más fuerza. Cruzar los brazos se había convertido en algo más que una postura defensiva. Necesitaba el consuelo de un abrazo a mí misma a estas alturas.

—¿Un trabajo? —María, mi tía, entró en la habitación como una ráfaga, drogada como siempre —. ¿Eva quiere un *trabajo*? —Se detuvo mientras agarraba una botella de vino del bar. Su mirada de arriba abajo fue lenta y calculadora, como de costumbre. Bajo sus cejas arqueadas y finísimas, sus ojos se clavaron en mí buscando defectos—. ¿Por qué? Pronto tendrás uno de todos modos.

Mi padre asintió.

—Eso es lo que le estoy diciendo.

María sonrió con malicia, atrapada en su propia miseria y proyectándola en mí.

—Tendrás el trabajo de recibir la verga de tu marido y darle herederos. —Una vez más, mirándome con desdén, me recorrió con la mirada—. Buena suerte con *eso*.

Casi sentí lástima por ella. Le había dado a Oleg tres hijos y una hija. Y todos esos primos míos estaban muertos. Los hijos murieron en guerras territoriales, y la hija se suicidó cuando tenía solo catorce años. Como María sufrió durante el parto, no había podido concebir de nuevo, para gran molestia de Oleg y probablemente para su gran alegría.

Me dejó con ese oscuro "consejo", saliendo de la habitación con su codiciada botella de vino tan rápido como había entrado.

—¿Ves? —preguntó mi padre—. No tienes ninguna razón para molestar a tu tío pidiendo

permiso para ir a la universidad. Obedecerás, Eva, y esperarás hasta que sea el momento de cumplir tu propósito. —Se enderezó, haciendo una mueca por el claro dolor en su cuerpo debido a la falta de ejercicio o cuidado—. ¿Estás impaciente? Quizás Oleg pueda dedicar más tiempo a localizar un marido digno antes de...

—¡No! —Solté la respuesta instantánea justo cuando Oleg volvía a la habitación—. No, padre —dije en un tono más calmado y firme. Si quería obtener el favor de mi tío y ser bendecida con el permiso para ir a la universidad, solo podría hacerlo si me mantenía fría y serena. A Oleg no le gustaban los ataques de histeria de ningún tipo. Las muestras de emoción lo irritaban.

—Tío. —Aclaré mi garganta mientras me daba la vuelta, dejando a mi padre para enfrentar al Jefe—. Me gustaría pedirle de nuevo permiso para matricularme en la universidad.

—Eva —gruñó mi padre—. Esto es una tontería. Estás siendo una mocosa ingrata y egoísta al seguir insistiendo con este tema. Tu tío tiene cosas mucho más importantes de las que preocuparse que tu pequeña fantasía de ser una estudiante universitaria.

Ignoré el insulto de su comentario. Hice todo lo posible por controlar la frustración que me enfurecía al ver a mi único padre ridiculizándome y haciéndome sentir que mis sueños eran estúpidos. Que yo era una molestia con la que había que lidiar.

Oleg fijó su mirada sombría y estoica en mí, no en su hermano menor. A los sesenta y dos años, Oleg Baranov parecía tan en forma, fuerte y agudo como un hombre de la mitad de su edad. Siempre me había parecido más un padre, y eso tenía sentido ya que era él quien tomaba todas las decisiones aquí. Él solo era el líder de la inmensa Familia Baranov, y yo *sí* respetaba el poder que representaba. Solo quería que extendiera su poder hacia mí en esta petición.

Por favor, por favor di que sí.

—Una fantasía, ¿eh? —preguntó Oleg—. ¿Es eso cierto? ¿Ir a la universidad es tu *fantasía*? —Su tono era serio, pero mientras se sentaba cerca de la chimenea y se frotaba las sienes, tuve la sensación de que se estaba burlando de mí.

—No. No es una fantasía. Es simplemente un deseo. Un impulso. Estoy decidida a estudiar...

—¿Con qué fin? —preguntó.

—Para obtener un título. —Como le estaba hablando a él, no a mi padre, podía perder un poco el filo de mi actitud defensiva y aumentar mi descaro. Moví los brazos y opté por poner las manos en las caderas—. Para superarme. Para ser más sabia. Para experimentar algo más que ir de compras y arreglarme para fiestas y cenas aquí.

No respondió de inmediato, pero me condenaría si mi padre intentaba intervenir de nuevo.

—Quiero aplicarme antes de casarme. No deseo estar ociosa. Preferiría vivir con un hilo de determinación para tener éxito. —Arqueé una ceja, desafiándolo a contradecirme—. Usted no tolera a los tontos, tío, entonces ¿por qué se espera que yo siga siendo una?

Se frotó el labio, mirándome intensamente. Este escrutinio no era nada nuevo. Oleg nunca tomaba decisiones por capricho. Aunque mi padre probablemente tenía razón al decir que mi tío tenía cosas más importantes en las que concentrarse, deseaba poder encontrar una línea de argumentación que lo impulsara a ceder y dejarme hacer lo que yo quería.

Déjame ser libre. Solo por un poco de tiempo antes de que nunca más pueda vivir mi *vida.* No estaba tratando de escapar de mi destino. Por supuesto, él arreglaría un matrimonio para mí. Pero hasta entonces...

—De acuerdo. —Asintió una vez y suspiró.

Parpadeé. Luego otra vez. No importaba cuántas veces levantara y cerrara los párpados, la vista frente a mí seguía siendo la misma. Mi tío aún estaba sentado allí, serio mientras me miraba después de concederme el permiso.

¿Qué?

No podía creerlo. Me costaba asimilarlo.

Durante meses, había insistido en mi caso. Casi cada vez que hablaba con mi tío, era para suplicarle permiso para ir a la universidad. Todo este tiempo, había sido un consistente y rotundo *no*.

Hasta ahora.

—¿Perdón? —pregunté, conteniendo mi emoción.

—Puedes ir a la universidad —respondió sobre el sonido del resoplido de mi padre detrás de mí.

¿Por qué? ¿Qué cambió? Aunque estaba eufórica con la noticia de que de repente me permitiría hacer lo que yo quería, tenía que preguntarme por qué había cambiado de opinión. Mi tío no era propenso a tomar decisiones precipitadas, nunca.

—Gra... —No pude terminar el estallido instantáneo de gratitud, sonriendo demasiado como para hablar bien. Tosí al tomar aire, atónita y sin palabras.

¡Me voy de aquí! ¡Puedo irme! ¡Puedo vivir *bajo mis propios términos lejos de este lugar por una vez!*

—Gracias, tío. —Me arriesgué a molestarlo acercándome a él. Mantuve mi abrazo corto y simple, lo cual no fue fácil de lograr ya que él permanecía sentado, pero juré que estaba luchando contra una sonrisa ante mi gesto. Después de la muerte de mis primos, yo era la única princesa que tenía—. Gracias.

—De nada —respondió con su tono áspero mientras me daba una palmadita en la mano—. Por supuesto, tendrás seguridad.

Me aparté de él, congelando mi rostro en esta expresión de calma.

Mierda.

¿Seguridad?

Aquí, era la norma. La sede de esta familia mafiosa y la residencia del Jefe naturalmente estarían vigiladas. Esos muchos soldados que patrullaban eran una gran parte de por qué quería irme y vivir en algún lugar donde no fuera observada y mantenida en mi lugar las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana.

—Un guardaespaldas —añadió Oleg, observándome atentamente—. Si desea ir a la universidad,

tendrá seguridad con usted.

Maldita sea. Asentí, aunque obediente en apariencia. Podría enviar a un soldado para vigilarme en el campus.

Pero eso no significa que no pueda intentar perderlo de vista mientras esté allí...

3

LEV

Tenía más sentido que Rurik nos llevara a la mansión Baranov donde vivía el Jefe. Él había convertido la enorme residencia, decorada con lujo y exquisitamente mantenida, en su espacio de trabajo también. El estudio cerca de la parte trasera de la mansión era donde a menudo recibíamos nuestras órdenes. Llamar a Oleg Baranov un casero sería un insulto, pero parecía la mejor descripción para el hombre que me había acogido cuando era huérfano.

—¿Una misión? —preguntó Rurik, confundido cuando le dije que cambiara la ruta de mi casa.

Parecía que mis planes se habían ido al traste. Ir a casa, a mi apartamento, tendría que esperar. Esa ducha caliente, un buen filete y una noche de sueño profundo en mi cama con las almohadas que prefería no ocurrirían todavía.

Maldita sea.

Suspiré, dejando que mis hombros se hundieran con la exhalación.

—Eso es lo que he dicho.

—Vaya —se compadeció, riendo un poco.

Cuando el gran jefe llamaba, corrías a seguir sus órdenes. No importaba qué posición ocupara un hombre en esta organización. Tenías que escuchar al Jefe. Cuando él decía salta, tú saltabas, joder. Había visto de primera mano lo que sucedía cuando los nuevos reclutas pensaban que podían tomarse su tiempo para obedecerle. Nunca terminaba bien.

—Me parece que te has gafado tú solo —se burló Rurik—. Tanto hablar de tomártelo con calma.

—Ah, cállate.

—Supongo que aún pasará un tiempo antes de que consigas algo.

—¿Paz?

—Y lo demás —bromeó.

—Muy gracioso —repliqué secamente.

La euforia de haber hecho un buen trabajo ya no me mantenía en un estado de ánimo optimista.

¿Qué querría el Jefe? ¿Por qué me llamaría con una misión tan pronto? Ni siquiera había vuelto completamente de la última. Y yo era uno entre muchos que trabajaban para la familia. No podía ser una cuestión de falta de personal.

Las expectativas para los soldados podían cambiar de un día para otro. Como miembro leal de la organización Baranov durante casi veinte años, había pasado de una misión a otra antes. Las tareas consecutivas no eran algo inaudito. Sin embargo, tenía la esperanza de que la duración y las dificultades de mi misión para acabar con Yusuf me hubieran concedido algo de margen.

—¿Qué decías que estaba pasando últimamente en el frente interno? —le pregunté a Rurik, tratando de aferrarme a una conjetura en todas estas reflexiones.

—Nada. Nada fuera de lo común —respondió—. La misma mierda, diferente día.

—Hmm.

La mayoría de los hombres que trabajaban para la familia estaban estacionados en diferentes partes de la ciudad. Algunos de los supervisores y jefes de equipo podían tomárselo con calma haciendo que sus soldados designados hicieran el trabajo sucio. Oleg siempre me había mantenido como un operador solitario. Lo prefería, en realidad, aunque al principio me preguntaba si me había mantenido separado pero dentro de la familia como un hermano porque no era de sangre.

Rurik era el "amigo" más cercano que tenía en la organización, y a menudo se nos asignaba ser el respaldo del otro. Aparte de él, sin embargo, no tenía medios para recopilar información o chismes. Sin él, era imposible tener una buena idea de lo que estaba pasando con todos los demás. Esto me llevaba a esta ignorancia sobre lo que el Jefe podría querer de *mí*.

—¿No ha habido peleas internas? —pregunté—. ¿Ningún ataque a nuestros negocios?

Negó con la cabeza.

—No, nada de eso en los últimos dos meses que has estado fuera. Ha sido más o menos la vida normal desde que esa operación de drogas se vino abajo porque Yusuf nos jodió.

Y me he encargado de eso. Me he encargado de él.

—Entonces, ¿por qué quiere el Jefe que me encargue de una misión tan pronto? —me pregunté en voz alta. Podía especular todo lo que quisiera, pero no obtendría respuestas durante este viaje. No me enteraría hasta que hablara con el Jefe.

—¿Dijo que fueras ahora mismo? —me preguntó Rurik, haciendo una mueca mientras me miraba—. No te vendría mal asearte un poco primero.

—No realmente —me encogí de hombros. Oleg podría perdonarme por estar sucio y desaliñado así. No le gustaban los niños bonitos, aunque esperaba una apariencia profesional. Sabía que acababa de regresar de una misión, así que casi sería de esperar—. Entraré por la puerta trasera —le dije. Esa era la forma en que la mayoría de los soldados entraban a la extravagante mansión. La idea de dejar huellas de barro o que se desprendieran restos de mis ropas no me sentaba bien.

Habían pasado décadas desde que había demostrado mi valía a la Familia Baranov, pero aún así, una profunda e innata necesidad de complacer siempre al Jefe residía tan fuerte como siempre.

Me habían acogido, y yo quería seguir dentro.

Diez minutos después, estábamos allí. Rurik aparcó junto a los otros vehículos negros con ventanas tintadas, y salimos del coche juntos. Oleg me había llamado a mí, pero si esto era algo tan confidencial que Rurik no podía acompañarme, él podría despedirlo como considerara conveniente.

Los soldados y guardias nos saludaron con un gesto de reconocimiento mientras pasábamos por la casa. Ignoré el leve dolor en mi costado con cada paso que daba, decidido a llegar al estudio del Jefe lo más rápido posible. Una vez que recibiera mis órdenes, *entonces* podría asearme y relajarme antes de comenzar.

Tal vez no sea nada. Quizás sea una tarea simple que pueda hacer cuando me plazca.

No tendría que preguntármelo más. Rurik abrió las puertas dobles de su estudio, y allí estaba. Lo encontramos sentado detrás de su enorme y monstruoso escritorio. La superficie pulida estaba limpia y ordenada, sin desorden, como siempre. Oleg Baranov, había llegado a aprender, era un hombre meticulosamente ordenado.

Levantó la cara de un puñado de papeles, alzando su poblada y canosa ceja ante nuestra llegada.

—Pareces bastante desgastado —comentó a modo de saludo.

Asentí, cuidando mis modales para no poner los ojos en blanco. *Gracias por señalar lo obvio.*

—Un poco, señor —respondí con una inclinación de barbilla.

Su seria mirada azul se iluminó con un indicio de diversión. A pesar de su edad, el hombre trajeado estaba tan alerta como siempre. De vez en cuando, daba la impresión de tener la capacidad de relajarse. De lo contrario, era taciturno y todo negocios. Este sentido del sarcasmo que compartíamos ayudaba a que pareciera más un hombre y no un robot.

—Bienvenido a casa —dijo Oleg sin perder el ritmo. Eso era todo lo que permitiría para introducciones o cortesías—. Tus próximas órdenes son supervisar la seguridad de mi sobrina.

Fruncí el ceño, inmediatamente confundido. ¿Eva? ¿Eva Baranov? Era la única sobrina que podía reclamar. La hermana mayor de la distante morena, Sonya, había desaparecido hace muchos años.

—¿Su sobrina?

¿Quién vive aquí?

—¿Ha habido algún problema de seguridad en las instalaciones? —Miré a Rurik, quien me había dado la impresión de que nada serio había estado ocurriendo por aquí en mi ausencia. Se encogió de hombros ligeramente, también mostrando una expresión de confusión.

—No. Ella desea inscribirse en cursos universitarios —respondió Oleg, pragmático mientras juntaba las manos sobre su escritorio.

—¿Universidad? —resoplé, casi convencido de que esto era una broma—. ¿Quiere que yo...?

—Te estoy ordenando que la acompañes y proporciones seguridad en el campus. Tendrá una

habitación en la residencia, pero quedará a tu discreción si debe residir allí o no.

—¿Me está ordenando que cuide a Eva?

Su rostro permaneció tan estoico como siempre.

—¿*Cuidar*? —desafió.

—Ser el guardaespaldas de Eva. ¿En la *universidad*? Vamos —sonreí, mirando a Rurik. Esto tenía que ser una broma.

—Sí —dijo el Jefe.

—¿Yo? —señalé mi pecho, como si necesitara enfatizar quién era yo. ¿Quería que *yo*, un asesino letal y espía entrenado, me quedara de brazos cruzados mientras su malcriada sobrina fingía ser inteligente en la universidad?—. ¿No puede hacerlo alguien más? —Quería burlarme ante la mera sugerencia—. ¿Qué tal él? —señalé a Rurik.

—¿Necesito recordarte que careces del privilegio de rechazar órdenes, Lev?

Suspiré.

—No, señor —Por supuesto, haría lo que me pedía, pero esto era una estupidez. Era una broma. Pedirme que cuidara a Eva en un maldito campus universitario era un insulto a las cualificaciones que aportaba. Sería un desperdicio de mis habilidades.

—Ella comenzará con el semestre de invierno —continuó Oleg—. Tendrás unos días para poner tus asuntos en orden.

Vaya, un par de días para "relajarme" entonces.

Aun así, me costaba comprender el porqué de esta asignación. ¿Por qué yo? Sospechaba que tenía que haber más de lo que se veía a simple vista. Oleg Baranov no era el Jefe por nada. A menudo combinaba motivos, y algunos no eran claros a primera vista.

—Pensé que usted estaba en contra de que ella se inscribiera —dijo Rurik—. Quiero decir, realmente no tiene sentido estudiar nada una vez que esté casada...

—He cambiado de opinión —dijo Oleg, levantándose para encontrarse con nosotros al otro lado del escritorio—. Y he cambiado de opinión por una razón específica. He oído que otra estudiante asistirá a esta institución —hizo contacto visual directo conmigo, serio como siempre—. La segunda hija mayor de la Familia Petrov. Irina Petrov. Espero que la espíes a ella y a la seguridad de los Petrov que la acompaña.

Ajá. Ahora estamos llegando a alguna parte.

—Ya veo —respondí.

—Lo dudo —replicó Oleg sin emoción—. Mientras seguías tus órdenes y te encargabas de Yusuf Ilyin, me preguntaba si los Petrov están conspirando contra nosotros. Como sabes, no podemos determinar claramente cuál fue su papel en el fracaso de ese acuerdo de drogas.

—De acuerdo —No me ofendería por su insinuación de que yo no podía ver esto desde una perspectiva general. Por supuesto que lo hacía. Era "solo" un soldado en la familia, pero tenía

ojos y oídos. No era un trabajador estúpido.

La idea de cuidar a Eva en un campus universitario no me atraía. Rara vez tenía que tratar con ella para saber más de lo que otros soldados comentaban. Sexy pero descarada. Educada pero distante. Ya sonaba como un dolor de cabeza, pero espiar era un mejor trabajo que hacer de niñera. Recopilar información sobre los Petrov era una causa digna.

Pero aun así apestaba que me perdería un verdadero descanso después de todo.

—¿Entiendes tus órdenes? —me preguntó Oleg después de unos minutos más compartiendo vagos detalles sobre el trabajo.

Desafortunadamente, sí...

—Sí, señor —Me contuve de soltar otro gruñido por no poder dormir en mi propia cama.

O relajarme.

4

EVA

En cuanto mi tío me dio permiso para ir a la universidad, no lo dudé ni un segundo. Me había llevado meses conseguir que dijera que sí. Aún no estaba segura de por qué lo había hecho. El motivo por el que cambió de opinión seguiría siendo un misterio para mí. Lo único que importaba era que *había* cambiado de opinión.

Había empezado a prepararme para inscribirme y matricularme meses atrás. Exploré los sitios web. Me puse en contacto con el personal de la universidad y envié correos electrónicos al registro y a los asesores académicos. Aunque aún no había recibido su permiso, comencé el proceso actuando como si fuera a ser una estudiante universitaria con la esperanza de que mi esfuerzo se viera como una prueba de que estaba decidida a hacer esto. Que no era un capricho pasajero. Hacer todo ese trabajo previo con bastante antelación y hacer todos los planes podría mostrarle al tío Oleg lo en serio que me tomaba esto, lo lógica y práctica que era al perseguir mis sueños de obtener un título universitario.

Sabía que no era como cualquier otra joven de veintidós años. Me arreglarían un matrimonio. Se esperaría que fuera la esposa de un mafioso. No podía escapar de ese destino, pero eso no significaba que no pudiera vivir en absoluto antes de que empezara. Antes de quedar atrapada en un matrimonio y en la maternidad, podía *intentar* vivir, experimentar algo parecido a una vida fuera de esta mansión.

Casi parecía frívolo obtener un título sabiendo que no podría hacer carrera con él, pero eso no importaba. Me aplicaría. Trabajaría duro. Pero cuando no lo estuviera haciendo, simplemente podría *ser*. Podría vivir como una joven adulta normal lejos de esta prisión que llamaba hogar.

La libertad estaba en el menú, y no podía esperar para probarla. Solo obtendría una muestra. Una probada de independencia era todo con lo que podía contar, pero la aceptaría.

—Cualquier cosa para salir de *aquí* —murmuré mientras caminaba desde la cocina para volver arriba y reanudar el empaquetado. En el camino, pasé junto a no menos de seis guardias, todos rígidos y sin sonreír, casi fulminándome con la mirada mientras pasaba.

Estas... gárgolas siempre habían estado presentes en mi vida, y aunque rara vez me hablaban, sentía las quemaduras de sus miradas. Me juzgaban. Lo sabía sin que tuviera que haber ninguna comunicación entre nosotros. Sus auras, sus vibraciones, su mera presencia siempre me hacían sentir incómoda. Nunca familia, sino centinelas. Nunca amigos, sino empleados violentos y

enojados con el mundo.

—No, señora. —Uno se mantuvo con la columna recta como una vara mientras María jugueteaba con las solapas de su chaqueta—. No puedo.

Ella no escuchó, sorda a su rechazo mientras bajaba la mano para acariciar su pene a través de los pantalones. Besándole el cuello, gimoteó y hizo pucheros.

—Rápido —suplicó—. Antes de que él llegue a casa.

—No, señora.

Puse los ojos en blanco, mordiendo la manzana que había bajado a buscar mientras subía las escaleras. Aunque ese guardia en particular era nuevo, joven y apuesto, debía haber sido aleccionado por los soldados veteranos de la organización. Ceder a los actos seductores de María nunca auguraba nada bueno. Los últimos tres hombres de los que se había aprovechado para un polvo rápido habían sido castigados a pesar de que ella se les había insinuado a *ellos*.

No puedo esperar para salir de aquí. Toda la testosterona. Los grandes egos. La masculinidad tóxica. Era asfixiante la mayoría de los días, y ansiaba poder respirar, bajar la guardia sin tantos soldados rodeándome y vigilando cada uno de mis movimientos.

Quien fuera que mi tío ordenara que fuera mi guardaespaldas tendría que ser manejado. No me conformaría con algún imbécil de soldado cerniéndose sobre mi hombro.

—Pero primero —me susurré a mí misma al llegar a mi habitación—, empacar. —Una amplia sonrisa cruzó mi rostro mientras anticipaba estar fuera de aquí en unos días. Ya me encargaría de deshacerme de mi guardaespaldas cuando llegara el momento.

Tampoco sería estúpida al respecto. Nacida en la Mafia, había tenido que crecer con y respetar el peligro inherente que siempre tendría que considerar. No había elegido esta familia, y nunca podría deshacerme del estigma y la asociación de ser la princesa en la organización Baranov. Era lo que era. La saludable dosis de miedo con la que me habían entrenado me serviría de todos modos. La defensa personal se me había enseñado desde una edad temprana. La práctica en el campo de tiro había sido un requisito constante a lo largo de mi juventud. A mi padre nunca le importó, pero fue el tío Oleg quien insistió en asegurarse de que al menos fuera competente para defenderme en caso de que las capas de seguridad fallaran alguna vez. Yo era un activo, una novia virgen para ofrecer como negocio algún día. Mi propósito era frío y sin amor, pero era la razón por la que tenía tanta protección.

Estaré bien. Un campus universitario sería razonablemente seguro. No era como si me estuviera dirigiendo a una maldita zona de guerra.

Aun así, mientras finalizaba el empaquetado de las cosas que quería llevar a mi dormitorio, me preguntaba si *estaba* siendo demasiado descuidada al dejar este lugar. Odiaba la claustrofobia de estar siempre vigilada aquí, con guardias siempre presentes, pero no podía saber cómo era fuera de estos muros.

Sonya lo sabría. Fruncí el ceño mientras pensaba de nuevo en mi hermana. Nunca había creído que estuviera muerta. Ni mi madre. Mi suposición de que estaban vivas en el mundo "real" plantó una semilla de resentimiento. Yo también quería esa libertad, pero ¿y si la habían

conseguido a un precio, si habían sido secuestradas en lugar de simplemente huir una noche?

Nadie había tenido noticias de Sonya o de mi madre. Después de la investigación inicial —que ocurrió hace tantos años cuando yo era demasiado joven para entender realmente mucho de lo que estaba sucediendo— mi padre y mi tío dejaron de hablar de ellas. Los chismes se desvanecieron. Los rumores disminuyeron y cayeron en el silencio. Habían pasado años desde sus partidas, pero nunca las olvidé. Durante todo ese tiempo, me había preguntado y especulado. Había tratado de adivinar e imaginar cómo se sentiría tal libertad. La capacidad de hacer lo que quería era la verdadera raíz de mi deseo de ir a la universidad, y no podía esperar a que comenzara. Era una lucha constante no odiar a mi madre por no llevarme con ella, y era un ejercicio regular no guardar rencor a mi hermana por escapar.

Pero ahora tengo una oportunidad.

Tendría un pequeño sabor de libertad. Levantarme y acostarme cuando quisiera. Caminar por el campus solo para pasear, encontrar pequeñas cafeterías y comer o beber lo que deseara. Podría mirar a mis compañeros de clase sin tener que preocuparme de que alguien me acusara de hacer o amenazar una alianza. Podría hacer amistad con personas comunes no afiliadas a líderes criminales o políticos. Por primera vez en mi vida, podría conocer a alguien como Eva, no como la señorita Eva Baranov, la única sobrina del Jefe. Las amistades podrían formarse en mis términos. Se podrían encontrar y fomentar conocidos sin la presión de mi padre o mi tío sobre mí. Mi nombre y mi origen no me definirían, y era un sueño tan embriagador que pasé los días restantes en la mansión con mis esperanzas en alto y la cabeza en las nubes.

No podía esperar.

Finalmente, llegó el día de mudarme, y lo hizo con más drama del que me hubiera gustado.

—Esto es una pérdida de tiempo —dijo mi padre mientras agarraba mi bolso para salir con el conductor. Otro SUV estaba cargado con las cosas que quería en mi dormitorio.

—Me doy cuenta de que tu opinión seguirá siendo la misma —le dije—. *Pero todo lo que me importa es lo que dice tu hermano*. El tío Oleg me dio permiso, y eso es lo que importa.

Entrecerró los ojos, acercándose a mí amenazadoramente. —Si crees que esta es una oportunidad para acostarte con cualquiera y ser una zorra, piénsalo de nuevo. —Su dedo regordete me señaló mientras gruñía—. Si quieres tratar de actuar como tu madre y abrir las piernas para cualquier hombre común...

¿Qué? Nunca había comentado que mi madre fuera una zorra o que se acostara con cualquiera. Estaba aturdida por esta nueva información, pero no podía dejar que viera cómo me afectaba.

¿Es por eso que se fue? ¿O la echaron? ¿Qué significa esto?

—Soy consciente de lo que se espera de mí —respondí en su lugar, embotellando el shock y la confusión sobre su comentario que tendría que guardar para analizarlo en otro momento. Ahora mismo, me iba de aquí.

Me di la vuelta, sin molestarme en despedirme de él. Si mi tío no estuviera ocupado en una reunión, le habría dado otro agradecimiento y un adiós.

Tal como estaban las cosas, simplemente salí de la mansión y me acerqué al coche. Cada

inhalación se sentía más dulce, y mientras caminaba por el suave sendero, sonreía con más facilidad.

Suspirando, me acomodé en el asiento trasero y miré por la ventana. Oficialmente estaba en camino hacia la libertad. Esto era todo.

¡Por fin!

Durante el trayecto, fantaseé sobre cómo sería mi dormitorio. Quién sería Kelly Garnet, mi compañera de cuarto asignada. Me imaginé desempacando y acomodándome, aclimatándome al nuevo entorno antes de encontrar mis clases en el campus. Para pasar las horas del largo viaje, alternaba entre revisar mi horario de clases, estudiar el mapa del campus, leer mi último thriller y mirar el paisaje por la ventana. No estaba aburrida, ni mucho menos. No podía estar aburrida cuando la primera aventura de mi vida estaba a punto de comenzar. Emoción y entusiasmo. Eso era lo que me llenaba.

Pero a medida que nos acercábamos a la ciudad donde se ubicaba el campus universitario, la confusión se apoderó de mí.

—¿No vas directamente a los dormitorios? —le pregunté al conductor.

Parecía estar conduciendo lejos de donde estaba el campus universitario, más cerca del centro de la ciudad.

—Se le ha asignado un alojamiento alternativo —respondió con brusquedad.

Entrecerré los ojos. —¿Qué?

Se aclaró la garganta. —Se espera que resida en una ubicación alternativa.

—Te oí la primera vez, Rurik —espeté, familiarizada con el nombre de este hombre. En realidad era un primo lejano, pero como era un soldado y a menudo estaba fuera de la mansión, éramos más extraños que familia—. ¿Qué significa eso? ¿Por qué? ¿Quién decidió hacer este cambio?

—Su protector —respondió, mirando en el espejo para verme—. El encargado de su seguridad consideró que los dormitorios eran demasiado accesibles para su gusto.

—Oh, por... —resoplé, mirando por la ventana con rabia—. Pensé que el guardia asignado a mí solo tendría otra habitación en el piso de los dormitorios. —Y eso todavía habría sido demasiado cerca para mi comodidad. Necesitaba algo de espacio. Por una vez en mi vida, quería estar libre de ser siempre observada.

—Se le ha ordenado supervisar su seguridad, y hará lo que considere necesario para garantizar que permanezca ilesa hasta que regrese a casa.

Fruncí el ceño, dejando que sus palabras calaran hondo. *Hasta que regresara.* Sí, sabía que tendría que hacerlo. Pero el día en que podía salir de esa mansión, quería evitar pensar en el inevitable regreso. Haría que este sabor de libertad se sintiera demasiado limitado. Demasiado corto.

—¿Y quién exactamente ha sido asignado para liderar mi equipo de seguridad? —crucé los brazos, sin molestarme en apartar la mirada de la ventana mientras entraba en el estacionamiento

subterráneo de un edificio alto.

—Alguien en quien su tío confía.

Puse los ojos en blanco. *Obviamente.* Pero esa descripción me tranquilizó un poco. Al menos no estaba asignando a un nuevo recluta inexperto para ser mi guardaespaldas. Siempre se ponían demasiado coquetos, demasiado arrogantes.

Detuvo el coche y un hombre se acercó para abrir la puerta.

El aire fresco se filtró a pesar del refugio de esta zona de estacionamiento subterráneo, y exhalé un largo suspiro exasperado mientras sacaba las piernas del coche. Se suponía que ahora debía estar abrazando la libertad, poniendo un pie en el campus y mirando hacia arriba la antigua arquitectura de una de las estructuras de dormitorios de más de cien años de antigüedad.

No este moderno monolito de edificio más alejado del campus.

Se suponía que debía estar conociendo los ojos de mi nueva compañera de cuarto y compañera de clase mientras me recibían en los dormitorios.

No la mirada seria y fría de uno de los soldados favoritos de mi tío.

—¿Tú? —escupí con más fastidio del que me importaba mostrar.

Mi reacción al ver a Lev Kvashnin mirándome con el ceño fruncido no pudo evitarse.

De todos los hombres a cargo de mi seguridad, ¿tenía que ser *él*?

5

LEV

—¿Tú estás asignado para dirigir mi seguridad? —exigió Eva.

Se irguió todo lo que pudo, pero la parte superior de su cabeza apenas llegaba a mi barbilla. Con la ferocidad de desafío y descaro en sus ojos, apuesto a que odiaba tener que estirar el cuello solo para mirarme directamente.

No respondí. Nunca le había visto sentido a contestar algo que alguien ya sabía. Si quería confirmación de que yo era el soldado que se esperaba fuera su guardaespaldas, entonces mis acciones serían prueba suficiente con el tiempo.

—Maldita sea —murmuró, molesta cuando no seguí su juego y hablé. Sacudió la cabeza mientras pasaba junto a mí—. De todos los malditos guardias, tenía que elegirte a *ti*.

Ahora, sentía curiosidad. Le hice un leve gesto a Rurik para indicarle que era libre de irse con el otro soldado que esperaba para llevarlo a casa. Yo había venido antes en mi propio coche para inspeccionar una vez más el ático que había preparado para que Eva se quedara. Una mirada a ese dormitorio me había convencido de que nunca sería lo suficientemente bueno. Demasiados pasillos, demasiadas salidas. Joder, demasiada gente.

Quedarse en el campus habría facilitado espiar a cualquier hombre de Petrov que estuviera allí para proteger a Irina Petrov, pero sospechaba que tampoco se le permitiría a la mujer residir en ninguno de esos dormitorios.

Mañana por la mañana, llevaría a Eva al campus y luego sería su sombra, le gustara o no. Hasta ahora, *no* parecía complacida, y me preguntaba por qué.

—¿Qué hay de malo conmigo? —pregunté, sin importarme su respuesta, pero intrigado de todos modos. Tendría que aguantarme sin importar qué.

Se volvió para mirarme por encima del hombro mientras la seguía hasta la puerta del ascensor. —¿Qué hay de malo en tener a un tipo corpulento, incomunicativo y ceñudo siguiéndome a todas partes? —Resopló mientras presionaba con el dedo el botón para abrir la puerta. Esta se deslizó y ella entró. Apoyando la espalda contra la pared y cruzando los brazos, me miró de arriba abajo con una mirada fulminante. Parecía estar decidida a protestar contra cualquier guardia de seguridad.

Me uní a ella en el ascensor y presioné el botón del último piso. —Eres más tonta de lo que pensaba si asumiste que no tendrías un guardia contigo.

—¿Acabas de llamarme tonta? —replicó, entrecerrando los ojos.

—¿Lo eres?

Gruñó, apretando los puños mientras bajaba los brazos, manteniéndolos rectos. —Simplemente no hables.

Me encogí de hombros. *Por mí, perfecto.* No estábamos aquí para ser amigos. Era ilusa si pensaba que podía decirme qué hacer, pero tenía razón. Cuanto menos habláramos, mejor. Todo lo que necesitaría comunicarle era lo que podía y no podía hacer. Esto era un trabajo. Una misión. Nada más.

Pero esta curiosidad que se agitaba dentro de mí era un desarrollo extraño.

¿Por qué no *yo, sin embargo?*

No tenía claro cómo me conocía y por qué prefería no tenerme cerca en comparación con cualquier otro hombre de Baranov. Por supuesto, nos conocíamos. Nos habíamos visto en la mansión Baranov.

Sin embargo, no había tratado directamente con Eva en mi tiempo como soldado de Baranov. A menudo era distante y prefería ser reservada. Por lo que había entendido, le gustaba quedarse en su habitación. Cuando no lo hacía, tenía la nariz metida en un libro y rara vez hablaba con alguien. Lo poco que pude averiguar sobre ella vino de los otros guardias, quienes unánimemente afirmaban que era una perra frígida y consentida.

Cuando llegamos a nuestro piso, la conduje al apartamento. Ella tenía su propia habitación, y yo la mía. Una tercera habitación estaba disponible en caso de que necesitara refuerzos. Más guardias trabajarían bajo mi supervisión aquí y allá, y uno siempre estaría patrullando alrededor de las instalaciones.

Desobedecí su mandato de silencio, dándole una breve descripción del lugar. —Tengo una copia de tu horario. Nos prepararemos para salir hacia tu primera clase a las ocho y media de la mañana.

—Mi primera clase no es hasta las diez.

—Tendremos en cuenta el tráfico.

Sonrió con suficiencia. —No habría ningún tráfico si estuviera en mi dormitorio. Como se supone que debo estar.

Negué con la cabeza. —Hay demasiadas variables a tener en cuenta en el dormitorio.

Apretó los labios y miró hacia otro lado.

—¿No es esto más tu estilo? —me burlé, señalando el apartamento que se parecía a una suite en un hotel de cinco estrellas.

—Me importa un bledo lo horrible que pudiera haber sido esa habitación del dormitorio. Se

supone que debo compartir habitación con una mujer llamada Kelly, no con un imbécil sarcástico como tú.

—Puedes conocerla mañana —respondí fríamente—. No confío en que compartas habitación con una extraña que tiene un pasado cuestionable.

—Por el amor de Dios. —Extendió los brazos—. Ella no es cuestionable.

—¿Cómo lo sabrías? Nunca la has conocido.

—¡Tú tampoco!

—Pero he investigado sus antecedentes —argumenté—. Quedan demasiados vacíos en su pasado para saber si es de confianza.

—No todo el mundo es un enemigo —replicó—. Inocente hasta que se demuestre lo contrario. ¿Has oído hablar de eso?

—En este mundo —dije, acercándome y observando la ira brillante en sus ojos azules—, es culpable hasta que se demuestre lo contrario.

No se inmutó, sin retroceder. —Vas a ser un aguafiestas.

La vi girarse y dirigirse malhumorada a su habitación, divertido y molesto por su resistencia a mi presencia. Debía haber sabido que tendría un guardaespaldas, pero daba la impresión de que era un dolor de cabeza que pensaba que no tendría que enfrentar personalmente.

Entrecerré los ojos, anticipando que ella sería la causa de *mis* dolores de cabeza durante un largo tiempo.

Quieres ir a la universidad, lo harás en los términos del Jefe. En mis términos.

Con lo mal que fue nuestro primer encuentro, no me sorprendió cuando se encerró en su habitación durante el resto del día y la noche. Sus cosas ya estaban allí, desempacadas para que las ordenara. Su única aparición fue para ir a la cocina y conseguir algo de comida, llevándosela directamente de vuelta a su habitación sin dirigirme una mirada o una sola palabra.

Como quieras. Cuanto más tiempo se quedara en su habitación y fuera de mi vista, más tiempo tenía yo para sentarme y casi relajarme.

A la mañana siguiente, sin embargo, yo estaba completamente centrado en el trabajo. Ella también, vestida con unos vaqueros ajustados y un suéter bajo un abrigo largo mientras reunía cosas para guardar en su bolso.

Pensé que le llevaría ventaja, habiendo terminado mi entrenamiento, duchado y vestido mucho antes de lo que esperaba que ella saliera de su habitación. Para mi sorpresa, apareció lista para salir antes de las ocho y media. Apenas me había puesto la camisa cuando ella salió de su habitación.

¿Qué demonios?

Entre el ajuste ceñido de sus vaqueros en sus esbeltas piernas, el escote bajo de su suéter blanco que se estiraba sobre sus enormes pechos, y esas gafas de lectura sexy como el infierno que

parecía preferir a los lentes de contacto, se asemejaba a una sirena académica y erudita.

Mierda.

No estaba preparado para sentirme... atraído. No tenía derecho a fijarse en ella de esta manera. Pero no tenía sentido negar que se veía jodidamente sexy sin siquiera parecer intentarlo.

Joder mi vida.

Tendría que pasar la mitad de mi tiempo advirtiendo a los chicos de la fraternidad que miraran hacia otro lado. Ningún hombre iba a tocarla. No necesitaba que el Jefe enfatizara que debía permanecer virgen para cualquier novio que él eligiera para ella.

—Vámonos —dijo severamente, levantando la cara y haciendo que sus largas ondas castañas cayeran sobre sus hombros. Renunciando a mirar su teléfono, me miró por encima de sus gafas.

Miré mi reloj.

—Dije a las ocho y media.

—Y yo digo que nos vamos ahora.

Manteniendo mi rostro inexpresivo, me acerqué a ella hasta invadir su espacio. Suaves notas de lavanda llegaron a mi nariz, pero sabía que era mejor no inspirar más profundo como si quisiera saborear su proximidad.

—¿Lo que *tú* dices? —Incliné la cabeza hacia un lado, mirándola desde arriba y admirando su piel suave y sin marcas. Era quince años más joven que yo, pero su juventud no la hacía parecer juvenil. Solo... pura. *Intacta*—. Tú no tienes voz ni voto, Eva.

Su cuello se tensó al tragar.

—Quiero ir temprano para encontrarme con la compañera de cuarto que me envió un mensaje preocupada cuando no aparecí. Kelly está en mi primera clase, y pensé que tomar un café con ella antes de que empiece la conferencia sería una alternativa aceptable a perder el tiempo aquí bajo tu vigilancia —habló clara y uniformemente, pero capté el descaro en sus palabras.

Vas a ser un dolor en el culo, ¿no? La idea no me molestó. Si acaso, me sentí emocionado por el desafío. Extendí mi brazo, indicándole que procediera.

Con la cabeza en alto, salió del apartamento. Me mantuve justo detrás de ella, enviando un mensaje a Rurik sobre la actualización. Él sería mi respaldo, y en estos primeros días de asentamiento y ver cómo se podía manejar la seguridad en el campus, sería los ojos y oídos en los que confiaría.

Lev: *Nos dirigimos al campus ahora.*

Rurik: *Entendido. ¿Por qué ahora, sin embargo?*

Él ya estaba allí, examinando el lugar. Cuando no estuviera haciendo vigilancia como esa, se esperaba que llevara información y noticias de vuelta a Oleg.

Lev: *Quiere conocer a la compañera de cuarto de la que la "privé" de vivir.*

Rurik: *¿Garnet? Está en la cafetería en la planta baja de su sala de conferencias.*

Fruncí el ceño. Eso era... preciso. Rurik estaba allí como una extensión de la seguridad de Eva. No para fijarse en su posible compañera de cuarto.

Aunque no es irrazonable. Mantener un ojo en Kelly Garnet estaba incorporado en la agenda de protección de Eva.

Eva no habló durante el viaje. Yo tampoco. Incluso en silencio, sin embargo, ella era igual de combativa. Mirando ceñuda por la ventana. Frunciendo el ceño. Probablemente deseando que yo no estuviera allí en absoluto.

Qué lástima, mocosa.

Cambió de actitud cuando llegamos.

—Buenos días —saludó Rurik, asintiendo hacia mí mientras nos encontrábamos en el área de estacionamiento.

—Oh, ahora tengo dos sombras enormes —comentó Eva con ironía.

—¿Oh? ¿Enormes, dices? —bromeó Rurik juguetonamente mientras flexionaba su brazo, mostrando su bíceps.

Ella sonrió ligeramente, suspirando mientras pasaba junto a nosotros.

—Dios no permita que infle tu ego, Rurik.

Fruncí el ceño hacia ellos. *¿Qué demonios es esto?* Una vez que ella nos dio la espalda, Rurik frunció el ceño y se encogió de hombros.

Negué con la cabeza, colocándome detrás de ella. *¿Puede referirse a* él *por su nombre? ¿Y relajarse para bromear? ¿Qué pasa?* Quería saber por qué sería tan agresiva y confrontativa conmigo pero no con él.

No porque me importara.

Para nada.

No porque quisiera que me aprobara hasta el punto de que se relajara y bromeara conmigo.

En absoluto.

Porque esto era solo otro trabajo. Nada más.

6

EVA

No estaba segura de qué esperar cuando entré en la cafetería. Tener a los hombres de mi tío siguiéndome no era nada nuevo. Había crecido con la expectativa de que la seguridad estaría siempre presente en mi vida.

Tener a Lev detrás de mí era algo completamente diferente.

Tenía que elegir al más sombrío, al gruñón más sabelotodo para ser mi guardaespaldas, ¿verdad? Tan pronto como terminaran las clases hoy, llamaría al tío Oleg y le pediría que cambiara a Rurik por Lev.

—¿Eva? —preguntó una rubia mientras se acercaba a mí en la fila. Su sonrisa era suave pero tímida, y sus cejas se arquearon con el tono inquisitivo e inseguro de su voz.

—¿Kelly? —adiviné, pero sin tanto nerviosismo. *Estaba* nerviosa. Para mi sorpresa, me sentía poco preparada para esto. Nunca había entablado una conversación con alguien que no hubiera sido examinado y asociado con la vida de la Mafia. Prefiriendo ser hogareña y siempre educada en casa con tutores, carecía de la experiencia básica de socializar con personas comunes. Pero nunca mostraría mi vacilación o miedo. Nunca. Mi tío me había enseñado bien a mantener siempre una máscara.

—¡Sí! ¡Hola! —Kelly se animó al instante, transformando su sonrisa en un resplandor completo y brillante. Mientras levantaba su mano para estrechar la mía, la correa de su bolso mensajero se deslizó por su brazo—. Encantada de conocerte.

—Encantada de conocerte también. Lo siento si te hice esperar.

—Oh, no. —Me desestimó con un gesto—. No te preocupes. Aunque, tengo que decir que este lugar está súper cerca de los dormitorios. Bastante práctico.

Asentí, conteniendo un gruñido de molestia. No sufriría por el café o los dulces en el lugar que Lev había arreglado para mí, pero ese no era el problema. Era su prepotencia al hacerme renunciar a la idea de vivir independientemente.

—Um. —Kelly frunció el ceño mientras miraba detrás de mí—. Hola.

Me tragué un gruñido de frustración, mirando por encima de mi hombro. Rurik sonrió,

aumentando su encanto, mientras saludaba a Kelly.

—Hola.

Alternando su mirada entre Rurik y yo, Kelly avanzó en la fila.

—¿Está, eh, contigo?

Negué con la cabeza, tratando de no parecer demasiado molesta. Sin embargo, antes de que pudiera terminar el movimiento, Lev se acercó y rozó mi espalda. No necesitaba darme la vuelta para ver que era el alto imbécil. Lo olí. Los ligeros toques de sándalo y bergamota me llegaron, y detesté lo bien que podía identificarlo.

—Oh. —Kelly frunció el ceño, inclinándose para estudiarlos a ambos—. Oye. Quizás deberían darle algo de espacio a una chica —dijo con firmeza, tirando de mi manga para que avanzara.

Su apoyo instantáneo me dijo todo lo que necesitaba saber sobre su carácter. Ella defendería a otra mujer. No retrocedería ante una amenaza percibida.

Lev deslizó su brazo alrededor de mi cintura, acercándome más a él en lugar de permitirme avanzar con Kelly. El calor me recorrió, y me reprendí por la instantánea oleada de conciencia que vino con su fuerte brazo envolviéndome.

Me aclaré la garganta, bajando mi brazo de los dedos de Kelly y esquivando el brazo de Lev.

—Ellos son... —Un profundo suspiro me dejó. ¿Cómo demonios se suponía que iba a explicar esto? No había ensayado cómo explicar por qué tendría un guardaespaldas conmigo. No estaba familiarizada con tener que explicar que tendría un equipo de seguridad cerca. En mi mundo, era lo esperado. Garantizado. Ahora, sin embargo, no tenía idea de cómo explicar la presencia de Lev.

—¿Están contigo? —adivinó Kelly, claramente confundida mientras nos acercábamos al mostrador para pedir las bebidas.

—Más o menos. Como seguridad.

Sus cejas se elevaron casi hasta la línea del cabello.

—Vengo de una familia influyente —dije sin entusiasmo—. Y como tal, tengo que tenerlos cerca.

—¿Como guardias? —Kelly volvió a mirar a Rurik y Lev detrás de mí—. Vaya.

Asentí, preparándome para su juicio. Rezando para que no pidiera más detalles, particularmente los que no podía darle, estudié su mirada curiosa sobre ellos.

—¿Te siguen a todas partes?

Otro asentimiento.

—¿Es por eso que no vives en el dormitorio conmigo?

Me encogí de hombros, pero terminé el gesto con un asentimiento. *Adiós a la idea de encajar como una persona normal aquí.*

—Hmm. —Kelly levantó un hombro y lo dejó caer—. Eso debe ser interesante.

—¿Interesante? —Miré a los dos hombres detrás de mí—. Más bien un dolor en el trasero.

—Me lo imagino. Es decir, no tienes privacidad, ¿verdad?

Retrasé mi respuesta mientras ambas pedíamos nuestras bebidas y tomábamos un soporte de plástico para colocar en nuestra mesa. Sin mirar a los hombres asignados a mí, busqué una mesa que no tuviera una vecina libre para que ellos la tomaran y me vigilaran por encima del hombro.

—La privacidad es un privilegio que aún no he encontrado —respondí cuando me senté.

Lev me fulminó con la mirada desde cuatro mesas más allá. Todavía estaba dentro de su campo de visión, y eso sería suficiente.

—Yo tampoco —admitió Kelly—. No vengo de la mejor familia. Bueno, en realidad, de ninguna familia. Pasé la mayor parte de mi vida rebotando en hogares de acogida, así que sí, te entiendo con lo de la falta de privacidad.

¿Hogares de acogida? Tal vez ese es el "pasado cuestionable" que preocupa a Lev. —Ah. Lo siento mucho.

—Es lo que hay. Me alegro de haber salido del sistema y haber conseguido una beca para venir aquí a estudiar. —Se encogió de hombros, observando cómo nos entregaban nuestros cafés negros.

Eso fue rápido.

Ambos sorbimos nuestras bebidas calientes, y odiaba el extraño silencio que se extendía entre nosotros. No tenía ni idea de cómo continuar después de su comentario. De una manera extraña, sentía como si yo también hubiera tenido que solicitar una beca. Una beca de permiso del tío Oleg, pero no podía decirle eso. Decir lo menos posible sobre mi familia sería lo mejor. Además, era condenadamente deprimente verbalizar y admitir lo protegida que se suponía que debía estar. Cuán poca libertad podía tener.

Cuando volvimos a hacer contacto visual de manera incómoda, ella soltó una risa. —No me di cuenta de que nos sumergiríamos directamente en información de fondo extraña pero profunda así de repente.

Casi sonreí. —No estoy acostumbrada a conocer gente nueva —respondí—. Y tampoco estoy acostumbrada a tener que explicar por qué tengo un guardaespaldas conmigo.

—Bueno, oye. Ya somos más parecidas que diferentes. —Sonrió mientras levantaba su taza—. Yo no estoy acostumbrada a hacer nuevas amigas.

—Entonces tropezaremos juntas en esto. —Alcé mi taza más alto, como en un brindis.

Ella también levantó su taza. —Brindaré por eso.

Aliviada de haber forjado un camino para hacer una amiga, me relajé en mi asiento y juré no dejar que mi guardaespaldas arruinara esta experiencia. Mientras pudiera hacer que siempre rondara por el perímetro de la habitación, tal vez podría tener una sensación de privacidad.

Durante las siguientes dos semanas, lo logré. Rurik no siempre se mantenía cerca, pero Lev lo hacía dentro de lo razonable. No estaba *justo* a mi espalda. Durante las clases, se sentaba hacia el final de la fila o un par de filas más atrás de mí. Cuando caminaba por el campus de una clase a otra, con Kelly a mi lado, él se mantenía a una distancia decente detrás de mí.

No era una presencia sofocante que tuviera que soportar, pero nunca olvidé que estaba allí y "conmigo".

—¿No te cansas de que lo miren? —preguntó Kelly mientras nos sentábamos en nuestra clase un viernes. Como ella también iba a estudiar un programa de inglés, compartíamos muchos cursos. Echó un vistazo a Lev, sentado rígido y con el ceño fruncido a un lado. Mientras se acomodaba en su silla, hice una mueca al ver a todas las chicas sonriéndole. Varias lo miraban descaradamente. Quisiera yo o no, él atraía mucha atención.

—No me importa —le dije a mi nueva amiga.

—¿No te importa? —Me sonrió, pareciendo estar de un humor excepcionalmente juguetón hoy. Cada día que pasábamos conociéndonos mejor, ya fuera estudiando o simplemente pasando el rato, nos sentíamos más cómodas. Como verdaderas amigas.

Fruncí el ceño. —No. ¿Por qué habría de importarme?

—Oh, vamos. —Puso los ojos en blanco—. No me digas que no puedes admitir que está bueno.

No podía. No podía decirle a Kelly que Lev era un hombre feo. Era un dios entre los hombres, rudo y tan masculino. Era sexy, pero eso apenas importaba.

—Es un idiota sarcástico, Kelly.

—Un chico malo, entonces —bromeó—. Aún mejor.

—¿Lev? ¿Un *chico*? —Me burlé.

—Sabes a lo que me refiero.

Lo sabía. Era muy consciente de que ella había notado lo sexy que era. Había sido testigo de cómo casi todas las mujeres en nuestras clases se fijaban en el soldado taciturno que acechaba al fondo. Incluso las profesoras probablemente casadas parecían sonrojarse al verlo. Simplemente tenía ese efecto en la gente. Yo no era inmune a reconocer lo condenadamente atractivo que era, pero eso no significaba que mis opiniones sobre él fueran a cambiar.

—Él representa un brazo de control en mi vida —le susurré—. Es una señal de que nunca seré realmente libre para vivir la vida que quiero. Para simplemente *ser*.

Ella asintió, sacando sus libros de la mochila. —Lo sé. —Estaba al tanto de cómo yo carecía del poder de decidir qué hacer con mi tiempo libre. Aunque respetaba que yo estuviera sujeta a expectativas y limitada a los caprichos de mi maldito guardaespaldas, parecía saber que era mejor no pedir detalles—. Recuerdo lo decepcionada que estabas anoche.

—¿Qué, cuando le dije ayer que queríamos ir a ese pub a cenar? ¿Y se negó a dejarme acercarme? —Miré con enfado la pared frente a mí, esperando que llegara el profesor.

—Bueno... —Se encogió de hombros.

La miré boquiabierta. —Oh, ¿te pondrás de su lado?

—No. Es solo que, bueno, el Rocky's *es* un poco sórdido. He oído que no es un buen lugar.

—¿Rocky's? —dijo un hombre mientras se deslizaba de repente en la silla a mi izquierda en el auditorio—. ¡Rocky's es el mejor! Me encanta su hora feliz.

Kelly y yo nos giramos para mirar a Bryce mientras se acomodaba en la silla junto a mí.

—Por supuesto que *tú* dirías eso —replicó Kelly.

—Hola, Bryce —saludé tardíamente.

—Hola, Eva. ¿Cómo estás hoy? —respondió, intensificando su sonrisa mientras se inclinaba hacia mí. Nos habíamos conocido el segundo día de clases, y era obvio desde el principio que era uno de esos chicos, tonto y encantador, extrovertido y lleno de una emoción que solo él parecía ver en la vida.

Así como no podía mentir y decir que Lev no estaba bueno, me faltaba la capacidad de encontrar un defecto en Bryce. Era guapo. Tenía carisma. Pero...

No se parecía en nada a los hombres que yo conocía. Soldados y jefes eran los tipos de hombres con los que me había familiarizado, y Bryce carecía de esa dureza con la que nacen los hombres de la Mafia.

Justo detrás de él, vi a Lev hirviendo de rabia mientras me observaba. Para empeorar las cosas, Bryce se acurrucó más cerca, poniendo su brazo alrededor de mis hombros.

—Rocky's es un excelente lugar para pasar el rato —dijo, ajeno al soldado de la Mafia que nos miraba con el ceño fruncido.

¿Oh, no te gusta esto? Le sonreí a Lev, sintiendo una pequeña satisfacción por su molestia. El imbécil era tan condenadamente estricto. Sobreprotector hasta el extremo. Me obligaba a vivir en un apartamento fuera del campus en lugar de en la residencia con Kelly. Dictaba de dónde podía pedir comida. Me impedía tener cualquier tipo de vida nocturna, incluso para malditas salas de estudio, porque no tenía suficiente aviso previo para que revisaran los lugares primero.

Por supuesto que se erizaría al ver a Bryce tocarme. Y por supuesto que parecería estar a dos segundos de hacer que el tipo retrocediera.

Qué lástima.

Mientras fuera estudiante aquí, viviría intensamente. Haría lo que *yo* quisiera. La atención de Bryce no era una amenaza. No era como si estuviera reclamándome o arruinándome para un matrimonio arreglado.

No importaba que yo no estuviera interesada. No realmente. Bryce era demasiado guapo. Demasiado suave. Podía actuar como un rebelde y un chico malo, pero en comparación, era más infantil que despiadado. La ligera barba incipiente en su mandíbula lo hacía verse sexy, pero no le daba ese aspecto pícaro y rudo como la barba de Lev. Los ángulos delgados de su rostro lo hacían atractivo, pero carecía de la dureza que Lev mostraba con cicatrices y evidencias de la vida violenta que había sobrevivido. Los músculos de Bryce presionaban contra mis hombros

desde su brazo, pero eran más pequeños, resultado de ir al gimnasio de vez en cuando, no una señal de pura fuerza masculina como la que Lev obtenía de patear traseros.

Basta. Deja de compararlos.

—Puedo conseguirte entrada cuando toquemos la próxima vez —los dedos de Bryce apretaron mi hombro opuesto, devolviéndome al presente.

Parpadeé, abstraída de lo que fuera que estuviera diciendo.

—No sé —susurró Kelly cuando el profesor comenzó a hablar—. Ir a Rocky's a ver a tu banda no es algo que deberíamos hacer con un examen la próxima semana.

Asentí. —Sí.

—Nerds —bromeó Bryce ligeramente.

Me encogí de hombros, prefiriendo esa etiqueta a las otras que había sufrido. Princesa de la mafia. Perra frígida. *Nerd* sonaba bien. Sonaba normal, incluso si me sentía desilusionada de pensar que podría ser cualquier tipo de normal.

Tan pronto como la clase terminó, Kelly se apresuró a su siguiente clase, en la que yo no estaba. Y, efectivamente, Lev estaba allí.

—No le di permiso a ese punk para tocarte —gruñó mientras se ponía a mi lado camino al estacionamiento.

Suspiré, sin hacer contacto visual. —Era su brazo sobre mis hombros. Nada más.

—Eso no importa.

—No importa, tienes razón. —*Y de todos modos lo quitó.*

—No tienes el privilegio de dejar que ningún hombre aquí asuma posesión sobre ti.

—Mira a tu alrededor, Lev —solté—. Esto es un campus universitario. Nadie importante está viendo lo que hago.

Sin embargo, tan pronto como las palabras salieron de mis labios, Irina Petrov pasó caminando con algunas amigas. La había notado, la única otra persona aquí que se movía en los mismos círculos que yo cuando me veía obligada a socializar por mi tío, pero aún no nos habíamos cruzado ni hablado.

—Alguien siempre está observando.

—No me importa. —Levanté la correa de mi bolso más alto sobre mi hombro—. Tengo otras cosas de qué preocuparme.

Él se burló.

—Tengo un examen la próxima semana y necesito estudiar para mi laboratorio de química.

—¿Para qué molestarse?

Apreté los labios y contuve un grito.

—¿Para qué molestarse en estudiar algo o estar aquí?

Te odio. Él nunca entendería. Nunca se molestaría en entender o respetar que yo pudiera querer independencia de la vida que él siempre había codiciado. Lev había entrado en la organización Baranov como huérfano. No había nacido en ella como yo.

—De todos modos te casarán y te pondrán a criar pronto —me recordó secamente.

—Lo sé —respondí entre dientes.

—Entonces, ¿por qué tratar de escapar del destino? ¿Por qué insistes en desperdiciar el tiempo y los hombres de tu tío para estar aquí?

El juicio en su tono me irritaba sin fin. —Porque —gruñí. Esa era toda la respuesta que obtendría de mí. Llegando a la puerta del coche antes que él, agarré la manija y tiré de la puerta para abrirla.

Deslizarme dentro del coche y cerrar la puerta de golpe fue el único medio de desahogar mi ira. Tan pronto como él rodeó el vehículo, entró y me miró furioso por el espejo.

Por esto se fueron. Por esto madre sacó a Sonya. Las lágrimas amenazaban detrás de mis párpados, pero respiré a través de la ira. *No* le daría a Lev la satisfacción de verme llorar.

Mi madre y mi hermana habían escapado de este mismo destino, de que siempre se les dijera qué hacer. De carecer de un futuro real en el que contar más allá de ser forzadas a follar con un marido y abrir las piernas para producir un heredero.

Las odiaba por dejarme atrás. Odiaba a mi tío por esperar que me quedara en la familia. Los odiaba a todos. Pero mientras sentía la quemadura de la mirada de Lev sobre mí a través del reflejo en el espejo, decidí descargar mi furia sobre *él*.

Escapar de él no sería fácil. Nunca me quitaba los ojos de encima, siempre al alcance.

Pero encontraría una manera. La profunda satisfacción de verlo hirviendo de rabia por el brazo de Bryce alrededor de mis hombros era la brasa de un fuego en cuyo calor quería volver a regocijarme.

Había soñado con ir a la universidad como una vía de escape, pero mientras me llevaban fuera del campus al apartamento que compartía con mi señor, me di cuenta de que ni siquiera había empezado a intentarlo.

Observa. Miré al espejo, encontrando al malhumorado imbécil prestando atención a la carretera. *Júzgame todo lo que quieras y observa, Lev. Observa cómo me rebelo contra tu culo sobreprotector mientras intento vivir un poco antes de que mi maldito destino sea la sentencia que nunca he querido.*

Si podía ponerse tan molesto por un chico que me rodeaba con su brazo...

No has visto nada todavía.

Una lenta sonrisa se dibujó en mis labios mientras miraba por la ventana y me preguntaba cuánto más podría presionar para obtener otro sabor de lo que quería llamar libertad.

7

LEV

El humor de Eva empeoró durante el fin de semana. Desde que la pillé sonriéndole a ese maldito punk que intentaba parecer un tipo duro con su ropa de niño pijo y esas sonrisas petulantes, me propuse acabar con su rebeldía.

Su actitud de odio hacia mí persistió hasta el lunes por la mañana cuando tomó asiento en el aula magna.

—Ya es bastante malo que me hagas vivir contigo...

—Estás atrapada conmigo sin importar dónde duermas —murmuré mientras me sentaba justo detrás de ella.

—...y me prives de vivir con Kelly en la residencia —continuó sin pausa, como si yo no hubiera hablado—. Pero encima no me das ni una maldita buena razón por la que ella no pueda pasar el rato conmigo en el apartamento durante el fin de semana.

—Porque no puedo responder por ella. Nadie puede responder por ella. —El pasado de Kelly seguía siendo demasiado vago para mí. Claro, haber pasado por el sistema de acogida podía justificar algunos vacíos, pero me negaba a bajar la guardia. Incluso si hacer de niñera era una burla de trabajo para alguien como yo.

—*Yo* puedo. —Se giró en su asiento para fulminarme con la mirada—. Yo puedo responder por ella. Por el amor de Dios, Lev, la has visto conmigo durante las últimas tres semanas.

Me limité a devolverle la mirada, tratando de no fijarme en lo suaves que eran sus mejillas, ahora ligeramente enrojecidas por la ira. Cada vez me resultaba más difícil ignorar lo hermosa que era cuando realmente se soltaba y mostraba una o dos emociones. Especialmente la ira.

—¿No dejas que Kelly me visite en el apartamento como castigo?

La comisura de mis labios se curvó hacia arriba.

—¿Castigo?

—Sí. —Arqueó una ceja, sexy como el infierno con esa arrogancia—. Porque viste a Bryce poner su brazo alrededor de mí el viernes.

—Créeme, Eva. Lo sabrías si me propusiera castigarte. —Fantasear con darle nalgadas en su redondo trasero para conseguir su sumisión era mi favorito. La visión que quedaba en segundo lugar era llenarle su boca descarada con mi polla y sentirla gemir.

Sus ojos se entrecerraron.

—Tú...

—Oh. Vaya. —Kelly se deslizó en la fila pasando junto a Eva, quien volvió a mirar al frente—. Mira. Es la pareja discutidora de nuevo.

Eva la señaló con un dedo.

—No somos pareja.

—Pues me habéis engañado. —Kelly puso los ojos en blanco mientras se sentaba—. La forma en que discutís sin parar sugeriría lo contrario.

—*Estoy atrapada* con él. Eso es todo.

La idea de que pudiera ser visto como la mitad de una pareja con Eva era risible. Ella nunca sería mía. A pesar de que mis pensamientos se volvían sucios y caían directamente en la cuneta cuando se trataba de ella, Eva nunca sería mi mujer. Yo estaba aquí para garantizar su seguridad *y* pureza, para quien terminara siendo su marido.

A medida que el aula se llenaba, quedó claro que los asientos serían un problema. Ese pequeño cabrón de Bryce tomó el asiento a la izquierda de Eva, dejándola atrapada con Kelly a su derecha. Cuando un estudiante me miró con el ceño fruncido, le devolví la mirada sin que mi expresión se alterara lo más mínimo.

—¿Eres siquiera un estudiante? No puedes estar matriculado en esta clase. Nunca te veo tomar apuntes. —Cruzó los brazos, malhumorado e impaciente.

Aunque Eva no se giró para mirarme, pude ver cómo su mejilla se elevaba en una sonrisa.

—Si no estás en esta clase, muévete. —El tipo miró hacia donde el profesor se preparaba para comenzar—. No quiero perderme la clase.

Me puse de pie, manteniendo un contacto visual directo con él. Luego caminé alrededor hasta la fila de Eva y agarré la parte delantera de la camisa de Bryce.

—¡Oye! ¿Qué...? —Casi se cayó a la fila de abajo cuando ocupé su lugar a la izquierda de Eva.

Ella estaba furiosa. El calor de su ira prácticamente vibraba durante toda la clase. Y su furia siguió ardiendo a fuego lento durante el resto del día también.

Si las miradas mataran... yo habría estado dos metros bajo tierra.

Durante el almuerzo, Kelly dejó claro que no le gustaba el mal humor que nublaba a Eva. Aún no había hablado mucho con la rubia, pero no me molestaba. No como lo hacía Eva. Kelly podía ser dulce y de voz suave. Incluso tímida, y carecía de la rebeldía que Eva quería canalizar hacia mí.

—¿Vas a pedir algo? —preguntó Kelly antes de tocar la pantalla para hacer el pedido en la cafetería.

Eva se enderezó.

—No le preguntes eso.

Kelly suspiró, dejando caer los hombros.

—¿Por qué no? Está sentado aquí. Nosotras vamos a comer. Sería descortés...

—Ignóralo.

Kelly resopló.

—Es más fácil decirlo que hacerlo.

—Ignóralo —insistió Eva, mirándome con desdén—. Él solo está ahí. No como amigo. No como invitado. Solo como una *cosa*. Una cosa grandullona y gilipollas.

—Mira, ni siquiera quiero saber por qué tiene que estar aquí o por qué necesitas una protección que claramente no quieres, pero ¿no podéis fingir que os lleváis bien? —Alzó las cejas mirándome—. ¿O no puedes sentarte en otra mesa como sueles hacer?

No. Podría, pero quería plantarme firme con Eva. Se estaba volviendo demasiado testaruda, tratando de hablar con cualquier hombre que pudiera, y yo sabía que lo hacía solo para cabrearme.

—Sí. Vete, Lev. —Eva me hizo un gesto con las manos—. Fuera.

Respondí agarrando el brazo de su silla por debajo de la mesa y arrastrándola más cerca.

—No.

Eva apretó los labios, casi temblando de rabia. Apenas comió, moviendo la comida de un lado a otro incluso después de que Rurik se uniera a nosotros. Kelly se desconectó, desplazándose por su teléfono, y no podía culparla.

—Voy al baño —anunció Eva mientras empujaba su silla hacia atrás. Cuando me moví para seguirla, Kelly murmuró—: Oh, vaya.

—Y *tú* no me vas a seguir —Eva se puso de pie y me fulminó con la mirada.

—Tú no me dices lo que puedo o no puedo hacer —repliqué.

—Oye —Rurik se levantó, poniendo su mano en mi hombro—. Yo la acompañaré.

Una vez que se fueron, encontré la mirada de Kelly. Ella negó con la cabeza.

—No voy a decir nada.

—No te pedí que hablaras.

—¿*Todas* las mujeres necesitan permiso en tu mundo? ¿Para respirar? ¿Para hacer cualquier cosa? —Se burló mientras miraba a un lado.

—Tus comentarios no son bienvenidos. Ni necesarios.

Se encogió de hombros y recogió sus envoltorios para tirarlos.

—Supongo que es una maldita suerte que no sea una mujer en tu mundo, ni en el de ella.

No la detuve cuando dejó la mesa y se dirigió a su siguiente clase. En lugar de sentarme solo en una mesa donde no estaba comiendo, me levanté para unirme a Rurik en el pasillo.

Lo encontré más adelante, hacia el final del corredor, con el teléfono en la oreja y el rostro lleno de preocupación. Levantó un dedo hacia mí en la señal universal de esperar, pero luego señaló hacia donde estaba mi protegida.

Eva ya había salido del baño. Estaba de espaldas contra la pared mientras Bryce se paraba frente a ella. Él sonreía, frotando su mano en el codo de ella. Los dedos de Eva agarraban las solapas de su chaqueta de cuero mientras le sonreía astutamente.

No necesitaba estar más cerca para saber lo que estaba haciendo. Una mujer solo mira a un hombre así cuando quiere ser besada. O follada. Eva estaba buscando su completa atención, y fue más que suficiente para hacerme estallar.

Sin dudarlo, me acerqué y lo aparté de ella.

Era la segunda vez hoy que lo había alejado físicamente de Eva, y si tenía que hacerlo diez veces más, lo haría.

—¿Qué carajo, tío? —Bryce se arregló la chaqueta, frunciéndome el ceño.

Le di una mirada, ocupando el lugar de Eva, y eso fue todo lo que necesitó para negar con la cabeza y alejarse, murmurando algo.

Cuando miré a Eva de nuevo, no dejé que la frustración se deslizara de mi rostro.

—¿Era necesario eso? —preguntó ella, inexpresiva.

—¿Era necesario *esto*? —Di un paso más cerca, acorralándola contra la pared con mi pierna entre las suyas mientras agarraba su codo.

Sus cejas se fruncieron mientras hacía una mueca.

—¿Coquetear con ese patético pedazo de mierda? ¿Es *eso* necesario, Eva?

Se lamió los labios, manteniendo la mirada baja en el escaso centímetro entre nosotros. Aunque sabía que rompía el contacto visual porque estaba furiosa, probablemente deseando poder estrangularme, ese movimiento coqueto me excitó.

Más que nunca en las tres semanas que había estado conmigo día y noche, estaba tentado. De empujarla contra la pared con más fuerza y besarla. De ponerla en su lugar y mostrarle lo que sucedía cuando una mujer realmente quería la atención de un hombre. De demostrarle que no estaba lista para manejar la pasión de un hombre. Luchando contra el deseo que ella incitaba, me aferré al hecho que no podía descartar.

Ella no es mía. No será mía.

Esto es solo un trabajo.

Solo un maldito trabajo.

Sus ojos azules brillaron con ira mientras levantaba la barbilla.

—Yo no estaba...

—No me mientas —le advertí mientras agarraba la parte posterior de su cuello.

Podría hacerlo. Podría inclinarme, sostenerla cerca y cubrir sus labios con los míos. Estaba justo ahí. Al alcance.

No puedo.

—Sabías muy bien lo que estabas haciendo. —Empujé mi pierna contra ella, inmovilizándola con un poco más de fuerza donde lo sentiría entre sus piernas—. No juegues estos jueguecitos de seductora como lo hace Maria con los soldados. No con pedazos de mierda como ese desperdicio.

—Oh —Fingió sorpresa—. Ahora me dirás con quién puedo jugar, ¿eh?

—Con él no.

Y conmigo tampoco. Este deseo me empujaba al borde de tambalearme en una línea tan fina de control. Ella me estaba provocando, rogándome que la regañara y la disciplinara, y yo seguía prohibiéndome actuar en consecuencia. Incluso esta postura con ella era un riesgo.

—Juega juegos estúpidos y gana premios estúpidos —le advertí—. Si vas a actuar como una coqueta e intentar conseguir la atención equivocada aquí, solo bastaría una llamada al Jefe y tu aventura se acabaría.

—¿Cómo te atreves a amenazarme? —me desafió, empujando mi pecho. Seguí el impulso de su empujón, no porque tuviera la fuerza suficiente para moverme, sino porque Rurik se sumó a la sugerencia de que me apartara. Me agarró del brazo y me alejó de ella, de la pared.

—¿No tienes otra clase a la que ir? —preguntó, frunciendo el ceño hacia mí.

Eva gruñó, girando sobre sus talones y alejándose.

Nos pusimos a caminar detrás de ella. Por supuesto que lo hicimos. Una vez que la acompañamos a su laboratorio de química, me coloqué fuera de la puerta cerrada. A diferencia de las salas de conferencias y las clases más grandes, estos pequeños laboratorios eran demasiado rígidos con los asientos como para que pudiera cernirme sobre ella como quería.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó Rurik tan pronto como ella entró en el laboratorio —. ¿Por qué la estás provocando así?

—No la estoy provocando.

—Joder, Lev. —Se rio una vez mientras negaba con la cabeza, incrédulo—. Veo cómo pelean ustedes dos. Lo entiendo. Ella está a la altura de su personaje de perra fría, pero este antagonismo es como un maldito juego entre ustedes. —Levantó las cejas—. Olvídalo, hombre.

Apreté las muelas, molesto porque incluso pensara en llamarme la atención sobre esto.

—Te estás imaginando cosas. —Me agarré el cuello y masajeé el dolor allí por otra noche terrible de sueño con las almohadas más incómodas de la tierra.

—Mentira. Parecía que estabas listo para follarla contra la pared allá atrás.

Le lancé una mirada severa.

—Olvídalo. ¿Tú, enredándote con la sobrina del Jefe? —Se rio de nuevo, amarga y sarcásticamente mientras me daba una palmada en el pecho—. Olvídalo. Eso nunca va a pasar.

Miré fijamente la puerta cerrada de su laboratorio.

Por primera vez, odiaba que tuviera razón.

Eva Baranov estaba prohibida.

Pero cuanto más me devolvía cada golpe, más se rebelaba e intentaba empujarme a actuar sobre esta lujuria que no podía apagar, más me hundía en un pozo de necesidad que me ahogaba.

Este era solo otro trabajo, otra misión de Oleg Baranov.

Estaba aquí únicamente para mantenerla a salvo y pura, y eso incluía protegerla de mí y de lo que *yo* deseaba.

8

EVA

Ocupé mi asiento asignado en el laboratorio de química, apoyé los codos en la mesa y acuné mi rostro entre las manos.

Dios. Mío.

Las clases de laboratorio eran mis favoritas. Aunque solo tenía dos —química y biología—, podía tener un respiro de Lev. Había una pared entre nosotros. No podía entrometerse en la sala como lo hacía en todas partes. Los asientos limitados y asignados en la sala impedían que su presencia abrumadora invadiera este espacio.

Y necesitaba ese descanso.

Después de la intensidad de su mirada y la firmeza de su agarre en mi cuello...

Mierda.

Acalorada y perturbada con solo el recuerdo de su pierna presionando entre las mías, disfruté del secreto de mantener mi rostro entre mis manos. Nadie podía ver el rubor desenfrenado en mis mejillas. Nadie podía ser testigo del fenómeno de verme tan desconcertada. Tan nerviosa.

Tan... excitada.

Lev era atractivo. No podía ni quería negarlo. Pero me negaba a actuar al respecto. Desafortunadamente, tampoco podía ordenarle a mi cuerpo que se resistiera.

Bajo su mirada oscura y atrapada entre su cuerpo duro y la pared, me reduje a una mujer necesitada y cachonda. Si había hecho ese pequeño acto para mostrarme la diferencia entre un hombre como él y un chico inmaduro como Bryce, bueno, lo había logrado.

Ese cabrón.

Al zumbido de mi teléfono, me incorporé, lista para salir y estrangular al hombre si esa vibración indicaba un mensaje de él.

Necesitaba un descanso. Necesitaba unas vacaciones de él después de esa jugada.

¿Fue una jugada?

Me estremecí, mirando mi teléfono antes de que comenzara el laboratorio.

Kelly: *¿¿¿Qué demonios estabas haciendo en el pasillo????*

—Maldita sea —no quería enfrentarme al interrogatorio de ella.

Kelly: *Insistes en que él está ahí solo como tu guardaespaldas. Sigues diciendo que no lo soportas.*

Kelly: *Así que imagina mi confusión cuando retrocedí en el pasillo y te vi con Lev acorralándote.*

Envió un GIF de un hombre apoyado en el marco de una puerta.

Kelly: *Y tú con esta cara*

Luego vino un GIF de una mujer babeando.

Eva: *No me veía así.*

Kelly: *Tienes razón. No te veías así. Te veías así.*

Llegó otro GIF. Este era de una mujer apresurándose a quitarse la ropa y siendo demasiado torpe para lograrlo.

—Oh, cállate —murmuré en voz alta. Una sonrisa ganó la batalla, sin embargo, y me sentí estúpidamente alegre pensando en cómo responderle.

—Bueno, sé que esa sonrisa no es porque estés mandando mensajes a tu novio —dijo irónicamente mi compañera de laboratorio.

Bajé el teléfono mientras bloqueaba la pantalla, girándome para enfrentar a Irina Petrov. Ella se echó hacia atrás su largo y liso cabello castaño mientras me daba un frío vistazo de arriba abajo.

—Porque sé que no puedes tener uno —concluyó.

No respondí, perdiendo esa sensación de alegría que me hacía querer sonreír y reír con algo que parecía mucho a una charla de chicas con Kelly.

No me había encontrado directamente con Irina en el campus. La había notado, al igual que Lev y Rurik. Los Petrov eran nuestros rivales, y aunque la violencia y las peleas nunca me alcanzaron personalmente, me habían criado con el entendimiento de que nunca habría una alianza entre Petrov y Baranov. Mucho menos una amistad.

Aunque Irina no estaba sugiriendo que nos hiciéramos amigas, no estaba segura de cómo interpretar su comentario. Por un lado, tenía razón. No tenía novio, y nunca lo tendría. Solo pasaría de ser una don nadie virgen a una novia a través de un matrimonio arreglado. Salir y conocer hombres no sucedería para mí. Y tampoco para ella.

Casi podría unirnos, hermanadas en el sentido de que nuestros destinos eran idénticos, solo que en diferentes Familias de la Mafia, pero yo estaba demasiado en guardia para simpatizar con ella.

—¿Qué haces aquí? —pregunté en su lugar, sin ser abiertamente grosera, sino inquisitiva—. No te he visto antes en mi laboratorio.

—Tuvieron que mezclar los laboratorios esta semana. Mi ayudante de cátedra no está —se encogió de hombros, ya perdiendo el interés mientras bajaba la atención a su cuaderno de laboratorio, garabateando en los márgenes de la página.

—Hmm —bajé mi teléfono boca abajo, sin estar ni cerca de preparada para mirar la pantalla mientras ella pudiera ver. El hecho de que no se nos permitiera tener novios era algo extraño que teníamos en común, pero no era suficiente para hacerme querer ser su amiga. No se había establecido ninguna confianza con su comentario de que estábamos igualmente atrapadas en nuestras vidas.

Para cualquier otro que observara, éramos frías la una con la otra, sin invitar a más conversación. Irina no insistió en preguntar qué me hacía sonreír o con quién podría estar mandando mensajes en mi teléfono. No era asunto suyo, pero podía darle crédito donde era debido. No era entrometida, aunque, de nuevo, sabía mejor que meter las narices donde no le correspondía. Nuestras familias tenían líneas entre nosotras por una razón.

Incluso si estuviera tratando de iniciar una conversación y hacerse mi amiga, no sabría cómo manejarlo. No hacía amigos fácilmente, excepto Kelly. Ella y yo nos habíamos llevado bien sin esfuerzo, y era otra razón por la que detestaba que Lev me hubiera impedido compartir habitación con ella en los dormitorios.

Me sentía cercana a Kelly, casi como si fuera la hermana que siempre había deseado tener. Sonya ya no era una hermana. Dondequiera que estuviera, si es que estaba viva, era una separación demasiado grande para que yo pudiera reconciliarme.

Suspiré cuando el asistente de enseñanza, o AE, entró en el aula. La práctica comenzó, pero al haber leído el material con antelación, estaba preparada para que esta fuera aburrida. Una práctica lenta. Por eso, mi mente divagaba y volvía una y otra vez a lo que Kelly me había enviado por mensaje. No se permitían teléfonos durante las prácticas, pero como hoy era un ejercicio por ordenador, no algo con químicos y materiales reales, varios estudiantes rompieron esa regla y sacaron sus móviles. Yo también lo hice, y vi que Lev y Kelly habían vuelto a escribir.

Lev: *Irina Petrov entró en tu laboratorio.*

Puse los ojos en blanco. *Pues claro. ¿Y qué?* Estaba aquí para estudiar, no para prestar atención a lo que hacía mi compañera de una familia rival. Resultó ser mi compañera de laboratorio asignada, pero habíamos hecho nuestros ejercicios en nuestros propios portátiles, sin colaborar siquiera.

El mensaje de Kelly era mucho más interesante.

Kelly: *Vale, vale. Dejaré de burlarme. No te enfades y no mates al mensajero que te trae la noticia de que estás loca por Lev.*

Eva: *No estoy enfadada.*

Nunca había escrito una respuesta tan rápido. No quería que pensara que estaba enfadada con ella. Aquí estaba yo, abrazando nuestra amistad, y ella estaba preocupada por ser ignorada.

Eva: *Perdona que no pudiera contestar antes. Práctica de química.*

Las opiniones de Kelly importaban. Era una amiga y estaba observando cómo Lev y yo no nos llevábamos bien. Dejar que me viera claramente excitada era un defecto que no podía controlar, pero me preguntaba lo útil que podría ser ofreciendo consejos sobre cómo manejar este dilema.

Rebelarme contra Lev se había convertido en un hábito. La emoción de provocar al gruñón imbécil era demasiado irresistible para parar. Me mordí el labio, retrasando mi salida del laboratorio aunque mi trabajo estuviera terminado.

Todavía no podía enfrentarme a Lev.

No cuando estaba llegando a la plena comprensión de cuánto disfrutaba rebelándome y peleando con él. Los guardias nunca me habían inspirado a discutir o responder antes. Pero algo en recibir esa mirada ardiente de Lev simplemente... me volvía loca por más. Estaba mal. *Sabía* que estaba prohibido desear a un hombre que trabajaba para la familia, especialmente porque mi tío aún no había determinado quién sería mi novio.

Irina suspiró, moviendo el dedo sobre el panel táctil mientras se sentaba más erguida para desentumecer la espalda y el cuello. Sin embargo, su movimiento llamó mi atención, y no pude evitar preguntarme si alguna vez se había enfrentado a este problema. Si alguna vez había deseado a uno de los soldados Petrov. Los tenía con ella en el campus en algún lugar, pero no me daba la impresión de que estuvieran en su cara y siguiendo su sombra por todas partes como Lev lo había estado conmigo.

Finalmente, tuve que irme. La práctica había terminado, así que salí hacia Lev. Sin embargo, él no me habló, demasiado ocupado con su teléfono.

Gruñidos y sonidos de afirmación eran todo lo que hablaba o compartía con quien fuera que estuviera al otro lado de la línea, y me entró la curiosidad. Los asuntos de negocios de la familia no eran algo de lo que tuviera que preocuparme, pero se veía tan severamente serio que me intrigó.

Si algo podía molestar a *él*, el formidable e impasible bruto de un hombre que mostraba poca emoción, tenía que ser algo significativo.

Y esa no fue la única vez que estuvo en su teléfono. Toda la noche recibió llamadas. Y el resto de la semana también. Cada vez que estaba preocupado con quien fuera que lo llamaba, me libraba de su juicio directo, sus burlas o sus órdenes de no alejarme. Estaba conmigo, siempre cerca y diligente en asegurar mi seguridad, pero no me hablaba.

Lo cual es bueno, ¿verdad? El primer día, le dije que no hablara. No había asumido que pudiera ordenarle que se quedara mudo, pero ahora que no me hablaba y estaba ocupado con su teléfono, tenía que sufrir la ironía de querer que su atención volviera a mí.

¿Y si lo van a sacar de mi equipo de seguridad? ¿Y si el tío Oleg va a hacer que se ocupe de otra cosa? ¿O de alguien más?

No estaba al tanto de los asuntos de negocios. No quería conocer los detalles. Pero no era difícil imaginar que un hombre fuerte y serio como Lev podría ser más útil de otra manera.

Al comenzar mi "gran escape" de la mansión, había deseado que cualquier otro soldado que no fuera Lev estuviera conmigo sin parar.

Después de llegar a experimentar una pizca de la emoción que me hacía sentir con sus manos sobre mí, su cuerpo tan cerca y atrapando el mío en su lugar, no podía soportar la idea de perderlo en esta proximidad.

Quería a Lev. A nadie más.

¿A quién quiero engañar?

No es como si pudiera actuar alguna vez sobre este deseo. Todo lo que podía hacer era soñar con algo diferente de lo que se me permitiría tener: un marido que no querría y una vida sin pasión.

9

LEV

Cada llamada que recibía me alejaba más de Eva.

Se suponía que ella era solo un trabajo. Las expectativas del Jefe sobre mí eran que la supervisara mientras asistía a sus clases en el campus. Ser su sombra, advertirle que no considerara ningún comportamiento arriesgado y descartar cualquier amenaza. Esas eran mis tareas principales, y sin nada sustancial que informar como inteligencia sobre la estudiante Petrov aquí, era en lo único en lo que me concentraba.

Aun así, estaba atado a la familia y obligado a atender las llamadas de mis compañeros soldados y otros líderes dentro de la organización. Últimamente, durante la semana desde que encerré a Eva contra la pared y empujé los límites de quererla bajo mi sumisión, me habían llegado innumerables mensajes y llamadas.

Estaba obligado a responderlas todas. Mi misión de acechar, cazar y matar a Yusuf Ilyin había terminado, pero las preguntas y preocupaciones persistentes me mantenían responsable.

—¿Sabes quién era? —preguntó un supervisor. Quería la misma información que otros en la Familia Baranov habían estado indagando.

—No —respondí, sin romper mi paso mientras caminaba con Eva. Ella miró por encima de su hombro, notando mi respuesta de una sola palabra. Siempre tenía cuidado de no hablar sobre detalles específicos en voz alta, y eso incluía vigilar lo que decía a su alrededor. Ella era una persona interna. Eva estaba vinculada a la familia y, de otro modo, estaría a salvo de escuchar cualquier cosa que yo dijera, pero no podía confiar en este campus universitario. En este pasillo abarrotado que conducía a otro auditorio, cualquiera podría estar escuchando.

—¿No tienes ni idea? —preguntó el hombre.

Ya he dicho que no, joder. —No —repetí, manteniendo mi voz nivelada y apagada, sin emociones y sin la frustración que crecía dentro de mí.

Había pasado un mes desde que me había encargado de Yusuf, y parecía que esas cuatro semanas eran todo lo que se necesitaba para que surgieran muchas preguntas. Otro hombre había estado cerca de Yusuf durante mi vigilancia antes de que pudiera llegar a él y matarlo. Y ese hombre era un elemento atípico. No logré identificarlo como un soldado de Ilyin. Tampoco pude

ubicarlo como un hombre de otra organización.

Lo había matado, sin embargo, atrapándolo cerca de la cabaña cuando tuve la autorización para matar a Yusuf. Solo que ahora, llegaban informes de que era un muerto viviente otra vez. Que no había muerto por mi mano. Que no lo había matado ese día.

Eva llegó a las puertas del gran auditorio y me hizo un gesto con la mano. No pude distinguir si era un saludo o un gesto de despedida deseando que la dejara en paz. Desde ese momento cercano en el que le había sujetado el cuello y le había advertido que no coqueteara con nadie aquí, había estado más distante que nunca.

O tal vez solo parece así porque siempre estoy al maldito teléfono. Ser arrastrado en otra dirección con estas crecientes preguntas sobre el día en que maté a Yusuf no estaba ayudando en nada entre nosotros. Había estado distraído y distante.

¿Pero no es eso lo mejor?

Rurik no necesitaba aconsejarme que me olvidara de tener a Eva. Cualquier aventura o intimidad sería mal vista y prohibida. No había perdido de vista mi lugar y sabía cuál era el suyo. Sin embargo, no podía apagar este deseo profundo que afloraba a la superficie cuando presenciaba sus expresiones descaradas y sus pucheros de fastidio conmigo.

—Podemos discutirlo mañana —respondió el líder, claramente molesto porque no podía proporcionarle más detalles o respuestas.

No eludiría responder diligentemente a cualquier pregunta sobre la muerte de Yusuf, pero tampoco podía abandonar mi puesto con Eva. —Sí —respondí de todos modos, sabiendo que otro soldado podría sustituirme mientras yo regresaba a la mansión Baranov para hablar con el Jefe y otros líderes preocupados mañana por la mañana.

El soldado, Marcus, llegó a tiempo, pero fruncí el ceño al darme cuenta de que uno de los soldados más nuevos y arrogantes se haría cargo de la guardia de Eva en mi ausencia.

—No debe ir a ninguna parte. Solo a su clase, con tu presencia —le dije cuando llegó al apartamento. Girando la cabeza de lado a lado, intenté deshacerme del persistente dolor de tensión en los músculos de mi cuello. Las almohadas eran demasiado suaves para ser cómodas.

—Sí, señor —respondió al mismo tiempo que Eva resoplaba y se dirigía a la cocina.

—A ningún lado excepto su auditorio —repetí, dirigiendo la orden a ella esta vez.

—¿Por qué asumiría lo contrario, señor déspota imbécil? —replicó.

Lo que no daría por sacarte esa insolencia a nalgadas... Me mordí la lengua e ignoré a Marcus, que alzaba las cejas sorprendido. Después de dirigirle una última mirada severa, me fui para conducir de vuelta a la casa que ella había querido dejar tan desesperadamente solo para ir a la universidad.

Durante todo el trayecto de vuelta, pensé en ella. Por qué estaba tan empeñada en ir a la universidad. Si realmente creía que podía tener una carrera. Pero sobre todo, cómo parecía feliz de haberse ido. Eva no estaba "feliz" a mi alrededor. Cerca de mí, era grosera e impaciente, pero podía desenmascarar esa actuación y saber que su actitud era una represalia por lo estricto que

era con ella. Cuando no se daba cuenta de que la observaba, notaba lo tranquila y satisfecha que le hacía ser una mujer académica. Estaba en paz cuando leía. Estaba pensativa y parecía intelectual cuando estudiaba.

Por un lado, podía simpatizar con su necesidad de no estar ociosa. Que pudiera sentirse mejor consigo misma al aplicar su inteligencia y tener un objetivo como sacar la mejor nota en un examen. Yo también detestaba estar quieto y sin un propósito.

Pero ¿qué demonios vas a hacer después, Eva? Estaría casada y teniendo hijos mientras su flamante diploma se pudriría y enmohecería en algún almacén.

En la mansión, aparté todos mis pensamientos sobre la sexy listilla a la que se suponía que debía vigilar. Frente a Oleg y algunos de sus líderes principales, me puse en modo soldado puro, listo para responder cualquier pregunta que tuvieran para mí.

—Lo maté. Quienquiera que fuese, está muerto —respondí una vez que comenzó la reunión.

—¿Lo confirmaste? —preguntó un líder.

Asentí, tratando de no irritarme mientras les mostraba la foto en mi teléfono. —Tomé una foto como prueba de la muerte. —Nadie cuestionó la imagen sangrienta y espantosa en la pantalla—. Le busqué el pulso. Después de acabar con Yusuf, revisé el cuerpo de este hombre, así como el de los otros dos guardias de Ilyin que maté para llegar a Yusuf. Todos estaban allí, justo donde los dejé. Muertos.

Oleg asintió. —Investigaremos estos informes sobre la aparición de ese hombre.

—¿Dónde se ha reportado? —pregunté.

—Por toda la ciudad —respondió alguien—. En clubes. Mayormente vistazos al pasar, de los soldados en la calle.

—¿Y nadie puede confirmar quién coño es? —pregunté.

—Tú tampoco lo hiciste —replicó acaloradamente otro líder. Cruzó los brazos, entrecerrando el único ojo que le quedaba. El otro se lo habían quitado mientras lo torturaban hace veinte años.

—No tuve tiempo de dudar y confirmar quién era. Actuaba como un guardia, así que lo traté como tal. Tuve esa única oportunidad de acercarme lo suficiente para matar a Yusuf, y la aproveché, tal como me entrenaron.

—¿Cómo actuaba como un guardia de Ilyin? —preguntó otro.

Me encogí de hombros. —Estaba con los otros guardias. Era consciente de ellos y hablaba con ellos, como si fueran un equipo. En ningún momento los guardias de Ilyin que estaban con Yusuf actuaron como si fuera un intruso o un enemigo.

Oleg se enderezó y se aclaró la garganta. —Eso no significa que no pudiera haber sido un topo. Un infiltrado en su personal.

—¿Pero quién lo habría infiltrado allí? ¿Los Petrov?

Oleg tamborileó los dedos sobre el escritorio. —No fuimos nosotros. —Me señaló—. Tú eras el

único hombre de Baranov que asigné para acabar con Yusuf.

Asentí una vez. Había estado solo en esa misión.

—Hablando de eso —dijo el Jefe—. ¿Qué noticias tienes de los Petrov?

—Ninguna. —Negué con la cabeza—. Ha tenido una clase con ella, una vez. No parecieron hablar mucho, por lo que pude ver a través de la ventana de la puerta. He supervisado todas sus interacciones con compañeros de clase. Eva e Irina Petrov no han formado ninguna alianza o amistad, y ambas parecen mantenerse alejadas la una de la otra.

Oleg asintió. —Bien. Sabe lo que le conviene. No es tan estúpida como para hablar con el enemigo o meterse en política.

—Y los soldados en el sitio son mínimos. Solo uno o dos con ella a distancia. Hay más cerca, como respaldo, pero de manera similar al dispositivo de seguridad que he organizado para Eva.

—Muy bien —respondió Oleg.

¿Bien? No creía que nada de esto estuviera *bien*. No eran buenas noticias que surgieran preguntas sobre alguien a quien tuve que matar para llegar a Yusuf. Oír informes sobre un hombre muerto siendo visto vivo y en movimiento nunca constituiría un desarrollo positivo.

Tampoco era favorable que careciera de información sobre los Petrov en el campus. Aunque mi trabajo principal era ser el guardaespaldas de Eva, también me había pedido que espiara a los Petrov allí. Sin noticias que ofrecerle sobre los movimientos de nuestros rivales, incluso en un campus universitario, sentía que le estaba fallando en eso.

—¿Lo estás manejando? —preguntó Oleg—. ¿Tienes suficientes hombres?

Creo que ni siquiera necesito los hombres que tengo ahora. —Sí, señor.

Sus preguntas, sin embargo, me tocaron un nervio. ¿Qué esperaba que sucediera exactamente? ¿Cuál era su motivo ulterior al permitir que Eva asistiera a sus clases allí? Este hombre nunca hacía nada sin tener al menos uno o dos objetivos más, pero aún no había logrado averiguarlo.

—¿Hay algo de lo que deba ser informado? —pregunté.

—No. —El Jefe negó con la cabeza—. Nada todavía.

¿Todavía? No me gustaba cómo sonaba eso. Si Oleg me tenía vigilando a Eva en el campus porque contaba con que hubiera una amenaza o peligro allí, entonces quería saberlo *ahora*. No después.

La seguridad y protección de Eva eran elementos de mi trabajo, pero cuanto más toleraba su descaro y me preguntaba cómo podría convertir esta lenta acumulación de tensión sexual en algo mucho más satisfactorio, más luchaba con la idea de que la joven pudiera importarme a nivel personal.

Vigilar y matar a Yusuf Ilyin era solo un trabajo. Era un trabajo hecho y terminado, bien ejecutado con su muerte.

Pero ya no era tan fácil convencerme de que la protección de Eva también era solo un trabajo. No

podía serlo cuando ella estaba siempre en mi mente, cuando se apoderaba de mis pensamientos y encabezaba mi deseo de centrarme en ella.

—¿Puedo retirarme? —pregunté media hora después, cuando los temas pasaron del día en que maté a Yusuf a cómo iba la seguridad de Eva en la universidad.

—¿Ansioso por volver? —respondió Oleg en tono burlón, sonriendo mientras se reclinaba en su silla.

Hice lo posible por no cambiar mi peso de un pie a otro. Manteniéndolos separados a la altura de los hombros, con las manos entrelazadas detrás de la espalda que mantenía con perfecta compostura, recta y alerta, me veía quieto e imperturbable.

—Estoy ansioso por reanudar mis deberes y tener éxito —respondí.

—Hablado como un verdadero soldado —comentó otro líder.

—O un lameculos —bromeó otro.

No me estremecí. No me moví. Podían reírse todo lo que quisieran, pero me negaba a perder la calma. No estaba lamiéndole el culo al Jefe. Simplemente era muy consciente de por qué se me permitía estar aquí en su presencia. Oleg había apostado por mí, aceptándome en la familia Baranov. Y siempre cumpliría con mi deber para asegurarme de tener un lugar aquí.

—Eva no te está dando problemas, ¿verdad? —preguntó Oleg, manteniendo aún ese tono burlón.

—No, señor —respondí, sintiendo que eso era solo media mentira.

Pero no puedo decir lo mismo de nadie más.

De vuelta en el coche, hice lo posible por ignorar la preocupación de que Eva hubiera aprovechado la oportunidad de librarse de mi tutela para ir a la biblioteca, el único lugar al que le había indicado a Marcus que le permitiera ir.

Estudiaría allí. Sin embargo, si ese cabrón de Bryce había olvidado la lección sobre acercarse demasiado a ella...

Apreté más el volante, ansioso por haber estado separado de Eva tanto tiempo. Sin embargo, estaba más ansioso al darme cuenta de que este apego hacia ella no podía augurar nada bueno para mí cuando sabía que debía resistirme a ella.

10

EVA

Tan pronto como terminó la clase, me invadió la emoción. Introducción a la Literatura Británica era mi asignatura favorita, y no podía esperar para empezar a investigar para el próximo trabajo. Quizás era una de esas románticas sin remedio, siempre intrigada por las relaciones desgastadas por el tiempo que innumerables eruditos habían leído y analizado. No tocaríamos a Shakespeare hasta el final del curso, pero la rata de biblioteca que había en mí ya estaba satisfecha con el material.

—¿Vas a ir al grupo de estudio en la biblioteca esta noche? —preguntó Kelly. Frunció el ceño, sin embargo, estirando el cuello para ver a través de la multitud—. Espera. ¿Dónde está Lev?

—Tenía una reunión a la que asistir.

—Oh.

—¿Por qué?

—No sé —Se encogió de hombros—. Estoy acostumbrada a verlo contigo.

—Incluso si no me presta atención —Puse los ojos en blanco, molesta por lo a menudo que estaba en su teléfono y más gruñona por su humor distraído.

—Ah... —Kelly se burló con voz cantarina—. Así que sí quieres que te note.

Sabiamente no respondí. —Bueno, él no necesita estar enfocando su atención en esa pelirroja que cree que chocar contra los hombres es una forma de acercarse.

Ella se rió, sacudiendo la cabeza. —Eva Baranov. Estás celosa.

Una vez más, sabiamente mantuve la boca cerrada. No me había estado molestando demasiado con esta teoría del "flechazo" que ella afirmaba que estaba desarrollando por mi guardaespaldas, y no quería avivar las llamas de esa teoría.

¿Por qué debería perder el tiempo haciéndome ilusiones con una bestia sexy como Lev cuando mi destino seguiría siendo el mismo? No se me permitiría casarme con él. Me intercambiarían con alguien por un juego de poder. Venir aquí a la universidad era lo suficientemente agridulce. Estaba persiguiendo un sueño que ni siquiera podía ver terminando. Si me dejara llevar por la lujuria hacia Lev, solo me decepcionaría al no conseguir lo que quería en lo que a él se refería.

Viendo a Marcus a lo lejos, caminé con Kelly entre la multitud de gente que salía. —De todos modos, tengo un reemplazo. Mi tío no me dejaría completamente sin supervisión.

—¿Supervisada? Yo me ofrezco voluntario para 'supervisarte' —dijo Bryce mientras se insertaba entre Kelly y yo. Ella dio un paso torpe al lado por lo forzadamente que se acercó, pero él no notó su ceño fruncido.

Otra vez no...

Pasó su brazo alrededor de mis hombros, y no pude ocultar el profundo suspiro de exasperación que se me escapó. Sin embargo, esperaba haber hecho un mejor trabajo ocultando mi irritación. Fijando mi cara en la expresión neutral habitual que Kelly llamaba mi cara de perra en reposo, una que ella envidiaba, lo reconocí. —Hola, Bryce.

Desde que Lev me mostró la diferencia de cómo se sentía tener *su* cuerpo cerca y personal contra el mío, no tenía ningún interés en Bryce.

O... en ninguno de los hombres del campus. Tenían mi edad. Se suponía que eran mis compañeros. Pero solo podía "entender" o relacionarme con Lev y los otros soldados. Todos los jóvenes aquí como estudiantes eran inocentes, extraños aleatorios que existían fuera de la esfera del crimen organizado, y esa distinción no era fácil de cruzar.

—¿De qué están hablando, señoritas? —preguntó. Sonriendo a Kelly, trató de pasar su brazo alrededor de sus hombros, pero ella se lo quitó de encima. Me mordí una sonrisa, sin tener la energía para hacer lo mismo. Cuanto antes dijera lo que tenía que decir, antes se iría.

—Nada —respondí—. Solo nos preguntábamos sobre el grupo de estudio en la biblioteca más tarde.

—¿Van a ir? —preguntó—. Yo quizás vaya.

Arqueé las cejas, sonriendo. —¿Tú?

—Oye, ¿por qué actúas tan sorprendida? —Fingió una herida en el pecho—. Yo estudio.

Puse los ojos en blanco, siguiéndole el juego. —No lo haces. O te duermes en clase o las faltas la mitad del tiempo.

—¿Qué puedo decir? La vida es corta.

—Entonces, ¿por qué irías a un grupo de estudio en la biblioteca? —preguntó Kelly.

—Para conectarme, por supuesto —Me guiñó un ojo—. Uno de mis... amigos estará allí más tarde.

—Ah —No vi la necesidad de comentar más. No era ajena a las drogas. Mi tío tenía alcances profundos en el tráfico de drogas. Todas las familias de la Mafia lo hacían, al igual que los Cárteles, las mafias y las pandillas. Nunca usé nada yo misma, pero era muy consciente e informada de cómo las drogas hacían girar el mundo, al igual que el dinero. Porque al final del día, las drogas *eran* dinero.

Aquí y allá, había escuchado a muchos estudiantes preguntando dónde conseguir la "buena mierda". También vi a muchos estudiantes esnifando una línea en la biblioteca o fumando quién

sabe qué. Kelly me confió que encontró agujas y otros pedazos de parafernalia de drogas en los baños comunales de los dormitorios. En ese sentido, estaba agradecida de no tener que vivir en el dormitorio, no es que fuera a agradecerle a Lev su decisión de dictar dónde viviría.

—Escuché que uno de los jugadores de fútbol tuvo una sobredosis anoche —dijo Kelly.

—Maldición —dijo Bryce sarcásticamente—. Debe haber tenido la *realmente* buena.

Puse los ojos en blanco, pero antes de que pudiera pensar en una forma de salir de un tema del que no quería formar parte, vi la cara furiosa de Lev mientras se abría paso entre la multitud. Todo el pasillo lleno de estudiantes estaba saliendo. Nos movíamos en una larga fila con varios a lo ancho, subiendo trabajosamente el auditorio para salir, pero Lev caminaba a contracorriente. Los estudiantes se movían a los lados mientras él se abría paso, su mirada severa fija en mí.

—No ese cabrón otra vez —dijo Bryce—. ¿Quién es él, Eva? ¿Algún ex enfadado?

—Él es... —No tuve que buscar una explicación de quién era Lev. Todavía no estaba acostumbrada a tener que explicar que tenía seguridad a mi alrededor. Estar aquí en la universidad probablemente sería la única vez que podría experimentar vivir una vida "normal", y tan pronto como terminara, volvería justo donde supuestamente pertenecía, entre los soldados y la familia mafiosa en la que nací.

Sin embargo, él me privó de responder a mi compañero de clase. Abalanzándose hacia adelante, apartó el brazo de Bryce de mí al mismo tiempo que rodeaba mi cintura con su brazo, empujándome hacia un lado para caminar por el espacio más estrecho de una fila de asientos vacíos y plegados.

—¡Oye! —Me agarré para no caerme en la siguiente fila, movida demasiado rápido por su maniobra para mantener el equilibrio.

Lev me instó a continuar, sin dejarme caer. Con su mano cerrada alrededor de mi muñeca, me empujó para que me apresurara por la fila hasta que llegamos al pasillo lateral.

—¿Qué demonios...?

Me hizo girar, interrumpiéndome mientras me empujaba contra la columna. Mi espalda golpeó la superficie redonda, y para cuando resoplé para apartar el cabello de mi cara, me di cuenta de que me había acorralado en un rincón privado fuera de la vista de los demás.

—¿Qué demonios —gruñó, robando mis palabras— estabas pensando al hablar con él?

La furia irradiaba de él. Sus ojos estaban entrecerrados de ira, y la tensión en su cuerpo duro me impulsó a reaccionar de la misma manera. Mi temperamento se desató, y empujé para apartarlo. No me dejó, por supuesto, insistiendo en obtener una respuesta.

—Puedo hablar con quien demonios quiera —argumenté, instantáneamente enfurecida por su actitud controladora.

Sí, estaba controlada. Es cierto, no tenía verdadera libertad. Mi vida no era mía para decidir. Pero mientras estaba aquí en la universidad e intentaba encajar como una veinteañera normal, quería disfrutar de esa ilusión. Y odiaba lo mucho que él me recordaba que nunca podría tener lo que deseaba.

Libertad. Independencia. La capacidad de tomar mis propias decisiones.

—No según yo. —Avanzó, acercándose a mí y acorralándome contra la pared de nuevo. Era un movimiento tan de imbécil. Era una acción de un obsesivo controlador tratando de gobernar con la superioridad de ser un hombre.

Sin embargo, era jodidamente excitante. Cuanto más empujaba su cuerpo grande y duro hacia el mío, más quería aferrarme a él. Sentir... todo de él. El deseo corrió por mis venas, y odiaba lo rápido que mi cuerpo podía querer lo que mi cerebro advertía en contra.

—Estás aquí para estudiar. Para leer tus malditos libros y tomar notas. No para coquetear con chicos imbéciles como él.

Un pensamiento fugaz me golpeó de que podría estar... celoso. Marcus estaba cerca. Me vio junto a Bryce, y no se volvió loco. Rurik nunca parecía tan sobreprotector y preocupado si un hombre me hablaba en el campus. Esta ira feroz pertenecía solo a Lev, y me pregunté.

Estás celoso, ¿verdad?

No podía reprochárselo. Para abordar la tensión que se gestaba entre nosotros, tendría que admitir que yo también lo deseaba. Y nada bueno podría salir de eso.

—No te di permiso para hablar con él.

Resoplé, mordiéndome el labio mientras miraba a otro lado, desconcertada por esta sospecha de que podría estar celoso.

Si está celoso, significa que le importo. Significa que... soy importante.

—Él se me acercó. Vino a saludarme. No hice nada. No alenté nada.

—¿No lo alentaste? —Rechinó los dientes y negó con la cabeza—. Te vi. Esa sonrisa tímida. Riendo con él. Te vi a su lado. No parecía que estuvieras tratando tan duro de desalentarlo.

—Oh, jódete, Lev. Jó-de-te. —Al último golpe de las puertas del pasillo cerrándose, señalando que éramos los únicos aquí, empujé su pecho y me deslicé hacia un lado—. Él me habló a *mí*. Por tal vez diez segundos. Supéralo.

—No. No lo superaré. Necesitas seguir mis reglas y mis órdenes, y eso incluye no hablar con ese pedazo de mierda que solo está tratando de meterse en tus pantalones.

—*Estoy* siguiendo tus reglas —repliqué mientras caminaba por el pasillo para salir.

—No lo parecía.

—Oh, así que tú puedes estar distraído y apenas prestarme atención con todas tus llamadas, pero en el segundo que lo dejas, ¿tienes que descargar tu ira en mí? Jódete, Lev.

—No estoy enojado —respondió mientras marchaba junto a mí.

—Dios. Qué broma. ¿No estás enojado? —Sonreí con suficiencia—. Sí, no me lo creo.

—Estoy furioso —gruñó en su lugar—. No hables con él de nuevo. ¿Me he explicado con claridad?

Mi corazón se aceleró ante sus palabras. Tan controlador. Tan dominante. Estaba harta y cansada de que los hombres dictaran todo en mi vida. Por una vez, quería un maldito descanso de eso.

—Cristalino —respondí mordazmente, sabiendo que no tenía intención de cumplir con esta regla.

Su actitud prepotente era demasiado. *Él* era demasiado. Después de una semana de orientación suelta mientras estaba en llamadas, no estaba de humor para que sobrecorrigiera y se ensañara *conmigo*. No estaba haciendo nada malo. Estaba estudiando y ocupándome de mis asuntos, leyendo e investigando para las tareas. La vida no era justa, lo sabía. Pero la forma en que quería descargar su agresión en mí era una mierda.

No era sociable. No me esforzaba por hablar con la gente. Socializar no estaba entre mis prioridades, y por esa razón, su reacción ante un hombre hablándome me empujó más allá de mi tolerancia.

Te lo demostraré.

Mientras estuviera aquí y más lejos del mundo de la Mafia, disfrutaría de cada hilo de independencia que pudiera.

Te guste o no.

11

LEV

Ella no es tuya.

No es tuya para ponerte posesivo.

Ella no es...

—Lev, ¿me estás escuchando siquiera? —exigió Rurik.

Exhalé, deseando poder liberar la frustración acumulada en mi pecho.

Toda la tarde y hasta entrada la noche, me reprendí mentalmente por perder la calma con Eva antes. Volví para ver al punk con su brazo sobre ella, como si fuera *suya*, y eso me llevó al borde de estallar.

La idea de otro hombre con ella no debería enfurecerme. Ella sería casada cuando el Jefe lo decidiera.

En resumen, no terminaría conmigo. Y me sorprendió cuánto había dejado que esa idea se metiera en mi cabeza.

Marcus arqueó las cejas mirándome, y reprimí la necesidad de gruñir. Él había estado vigilando a Eva durante mi reunión con su tío. Y no había intervenido cuando Bryce se le acercó de repente. No había visto la necesidad de intervenir, percibiendo que el tipo no era una amenaza. Pero su comentario posterior me irritó.

—*Ella* no estaba interesada en él —había dicho Marcus después de reunirse en el apartamento tras la conferencia—. Eva no parecía querer molestarse con ese tipo. Así que confié en su juicio sobre la situación y no vi la necesidad de apurarme a sacarla de allí. —Su razonamiento era justo, pero también señalaba lo exagerado que había sido yo.

Ahora, horas más tarde, Marcus y Rurik se unieron a mí fuera de la biblioteca, donde Eva estudiaba en grupo con Kelly. Marcus dijo que se quedaría en el campus debido a algo que escuchó de los estudiantes cuando salían del auditorio. Rurik también estaba cerca, como esperaba que estuviera como mi respaldo y ojos y oídos remotos.

—Sí —le dije, mintiendo—. Estoy escuchando.

Marcus se aclaró la garganta. —Me voy a ir, ¿de acuerdo? —Levantó la mano en un gesto de despedida, excusándose ahora que había compartido su información con nosotros.

Una vez que estuvimos solos, mi compañero soldado y amigo me miró con el ceño fruncido. —Estabas pensando en Eva otra vez.

Fruncí el ceño. —Por supuesto que sí. Es mi asignación.

Negó con la cabeza. —No. Más que eso. Lev, hombre. No puedes dejar que se meta bajo tu piel de esta manera.

¿Crees que no lo sé?

Me crucé de brazos, decidido a no volver a abstraerme pensando en ella. O al menos mantendría ese hábito para cuando estuviera solo, acostado en la cama y sin dormir porque nunca volvería a encontrar almohadas decentes para descansar. —¿Qué decías?

Suspiró. —Decía que lo que Marcus escuchó y siguió es la misma mierda que yo me estaba preguntando.

—Las drogas en el campus no son exactamente una sorpresa —le recordé. Nunca había ido a la universidad, pero todo el mundo sabía que la gente experimentaba durante esos años formativos.

—Estoy de acuerdo. Pero hay un aumento en los informes de estudiantes mujeres siendo drogadas. Y violadas.

—Entendido. Pero esto no tiene relación con Eva. Ella no estará en posición de que se aprovechen de ella. Estoy con ella todo el tiempo. Y si no soy yo, tú u otro hombre están asignados a ella.

Soltó una risa seca. —Y eso es lo esperado. Ella también lo espera. Eva sabe que tendrá guardias con ella, pero si sigues actuando como un maldito imbécil con ella, no me sorprendería que reaccionara de la misma manera. Podría intentar escabullirse de ti, solo para fastidiarte. Entonces podría terminar en algún lugar donde no debería estar.

Me enderecé, bajando los brazos. —¿Estás sugiriendo que no estoy capacitado para este trabajo?

—Joder, hombre. Sí, lo estás. Obviamente, lo estás. El Jefe no te habría elegido si no confiara en ti. Pero esta maldita mierda de tira y afloja que estás jugando con ella puede salirte mal.

—Eva siempre estará protegida —reiteré, sin querer tocar lo demás que había notado.

Disfrutaba siendo duro con Eva porque eran las raras ocasiones en que me dejaba *verla*, a la verdadera Eva. No a la princesa de hielo que se suponía que debía ser. No a la sobrina obediente que seguía reglas y expectativas. Sino a la mujer. El espíritu libre que quería rebelarse contra mí y protestar por ser ordenada. Eva no tenía un solo hueso sumiso en su cuerpo, pero intuía cuánto se deleitaba en las oportunidades de desafiarme y enfrentarme.

Nunca la veía más viva que cuando discutía conmigo. Nunca escuchaba tanto calor y pasión en su voz como cuando me devolvía mi actitud en la cara.

No podía tener suficiente de eso, pero tenía que tener cuidado. Tenía que vigilarme, porque Rurik tenía razón. Dejar que mi deseo creciera me saldría mal, de una forma u otra.

—¿Me oyes? —le pregunté, apartándome de la pared en la que me había estado apoyando mientras esperaba en el pasillo justo fuera del área de la biblioteca donde ella estaba estudiando —. Estará protegida. Bajo mi mando, no le pasará nada malo.

—Porque puedes controlarlo todo, ¿eh?

—Controlaré las medidas que sean necesarias para mantenerla a salvo.

—¿Incluyéndote a ti mismo? —Levantó las cejas, dudoso—. ¿Vas a controlarte con ella?

Apreté la mandíbula. —Sí. Por supuesto.

Pasé junto a él para buscarla y llevarla a casa. Aunque faltaban unos minutos para el final de la reunión del grupo de estudio designada, imaginé que estaría lista para irse.

—De todos modos, no es como si necesitara estudiar —murmuré para mí mismo mientras abría las puertas dobles. No era asunto mío, pero vi sus calificaciones cuando dejó su portátil abierto. Había echado un vistazo por encima de su hombro cuando revisaba los correos electrónicos de sus instructores y profesores, todos elogiando su buen trabajo. Eva era inteligente. Una ratona de biblioteca y una estudiante diligente. Tal vez le salía de forma natural, y esta excusa para asistir a un grupo de estudio era solo otra forma de pasar tiempo con Kelly.

Demonios, tal vez podría relajarme y dejar que la mujer visite el apartamento. Mi reserva sobre dejar entrar a Kelly en nuestro apartamento era solo por razones de seguridad, pero si relajar esa regla haría feliz a Eva...

Por el amor de Dios, no estoy aquí para hacerla feliz.

Es un trabajo.

Una asignación.

Estoy aquí para mantenerla viva y-

La vi en la misma mesa donde la había visto sentarse hace una hora. Ahora la rabia nublaba mi visión. Seguía allí. Había libros abiertos sobre la mesa. La única diferencia era que Bryce tenía su boca sobre ella.

—¿Qué demonios? —gruñí, intentando, y probablemente fallando, en mantener un tono bajo. Otros estudiantes se giraron cuando me dirigí hacia la zona de mesas y lámparas. Kelly levantó la cara e hizo una mueca—. Mierda. Eva.

Eva se volvió, apartando su rostro de Bryce. Él se inclinó desde la silla que montaba a horcajadas, acortando la distancia entre ellos. Mientras ella giraba para ver qué había alarmado a Kelly, alejó aún más su cara de la boca de ese idiota. Solo había puesto sus labios en su mejilla, pero incluso eso era demasiado para que yo lo tolerara.

Pero entonces ella entrecerró los ojos. Percibiendo la ira que no podía ocultar, viendo el enojo muy real y evidente que no podía disimular, hizo exactamente lo que Rurik había predicho.

Reaccionó.

Contraatacó.

Antes de que pudiera llegar a su mesa, agarró el frente de la camisa de Bryce y lo atrajo hacia ella. No pudo haber plantado su boca contra la de él por más de un segundo, pero le robé al bastardo la oportunidad de responder de la misma manera y besarla más intensamente de lo que fue ese simple pico.

—Lárgate —lo levanté con una mano agarrando la parte trasera de su chaqueta de cuero. Se puso de pie, agitando los brazos mientras me inclinaba hacia su oído—. Aléjate de ella. Esta es tu última maldita advertencia.

Empujándolo hacia atrás, fulminé a Eva con la mirada.

Malhumorada y molesta, puso los ojos en blanco y recogió sus cosas.

—Parece que es hora de que el imbécil tirano me diga que es hora de irnos —le espetó a Kelly.

Kelly evitó hacer contacto visual con cualquiera de nosotros, ocupándose en recoger sus libros y marcadores.

—Sí. Um. Sí. Hablaré contigo mañana en Historia —respondió.

Eva se puso de pie, empujando su silla con más fuerza de la necesaria. Parecía que quería adelantarse a mí y evitar que tuviera la oportunidad de decirle qué hacer. Rígida y brusca, con frustración ardiendo en sus ojos azul frío, me lanzó una mirada fulminante y salió furiosa pasando a mi lado.

La alcancé fácilmente, caminando a su lado fuera de esta área de estudio de la enorme biblioteca. El silencio se cernía entre nosotros, pero la tensión y el torbellino mutuo de emociones ardientes crepitaban con cada paso que dábamos. La necesidad de sujetarla del brazo y obligarla a mirarme me atormentaba. Esta atracción embriagadora hacia ella me tentaba a detenerla en seco y reprenderla, sin importar el silencio obligatorio en este recinto.

Sin embargo, en el segundo en que estuvimos afuera, la hice girar hacia mí.

—¿Qué demonios fue eso?

Ella levantó la barbilla, sin hablar.

—Te dije...

—Que no hablara con él —terminó acaloradamente—. No lo hice. No hablé con él. ¡Pregúntale a Kelly!

—¿Pero crees que es sensato besarlo?

Suavizó su mirada fulminante en una expresión de diversión sarcástica.

—No te preocupes. Mi "pureza" está intacta —luego sacudió la cabeza y se alejó.

La alcancé de nuevo, tomándola del brazo y deteniéndola otra vez.

—Ese no es el problema.

—Oh, ¿no lo es? Vaya, todo este tiempo pensé que estabas aquí para mantenerme viva y virgen.

Y lo estaría. Bajo mi vigilancia. Pero dudaba que lo hubiera besado en un intento de perder su virginidad.

—¿Por qué lo besaste?

Se encogió de hombros.

—Porque pude.

Negué con la cabeza, acercándome más y recordando el comentario de Marcus sobre que ella no parecía interesada en Bryce.

—Si no querías hablar con él, ¿por qué intentaste besarlo?

—Porque —intentó liberar su brazo de mi agarre, pero en lugar de dejarla ir, la llevé al auto.

—¿Por qué? —exigí una vez que estuvo en el auto, enfurruñada con los brazos cruzados.

—¡Porque! —gritó, perdiendo los estribos—. ¡Porque quería hacer valer mi posición!

Apreté las muelas, enojado hasta el extremo.

—Te vi acercándote furioso, *otra vez*, y estaba harta. ¡Estoy harta de que me des órdenes y seas un imbécil!

—Este es mi trabajo.

—Sí, bueno, te estás pasando de la raya. Puedo hablar con un hombre sin el riesgo de ser follada, Lev. Incluso puedo besar a un hombre y seguir siendo pura para el marido que mi tío me impondrá. Por el amor de Dios, solo quiero vivir mi vida y *no* tener que pensar en el hecho de que realmente no puedo tener una.

—¿Y crees que esa es la manera de hacerlo? —repliqué mientras conducía.

—Si besar a algún tipo puede ser una forma de demostrarte que no puedo ser poseída, entonces sí —giró la cabeza para mirar por la ventana en su lugar.

Mi furia escaló aún más. Agarrando el volante con más fuerza, conté hacia atrás desde diez para mantener un control firme sobre mi ira.

No es tuya.

Será poseída, pero no es tuya.

Ella hervía y echaba humo, mirando furiosamente por la ventana mientras la llevaba al apartamento. Con su silencio, intenté controlar mi ira. Calmarme antes de gritarle lo equivocada que estaba. Sería poseída, y no tenía otra vida que ser un peón para su tío. Ambos lo sabíamos. Así era la vida. Pero odiaba que tuviera que ser así.

No tenía ningún derecho sobre ella.

No tenía fundamentos para decirle que no tenía que ser así.

Así *sería*, sin importar cuánto empezara a desear lo contrario.

—Independientemente de tus obstinadas opiniones sobre esta falacia de independencia —le dije mientras salíamos del auto en el estacionamiento—, no puedes darte el lujo de ser tan estúpida.

Ella gruñó, volviéndose hacia mí para abofetearme.

—¡No me llames estúpida!

La agarré, rodeándola con mis brazos mientras la llevaba el resto del camino hasta el ascensor. La solté bruscamente, observando cómo se apoyaba de espaldas contra la pared. Presioné el botón para subir.

—Entonces no actúes estúpidamente.

Se abalanzó hacia adelante para abofetearme de nuevo, y detuve su mano en el aire, aprovechando la oportunidad para girarla en mis brazos y sujetarla con fuerza. Con su espalda contra mi pecho, ambos jadeábamos en busca de aire, agitados por la adrenalina.

—Últimamente han estado drogando a mujeres en el campus —le dije.

—Sí, lo sé —luchó para liberarse sin éxito—. Pero *yo* no. Era un maldito grupo de estudio, Lev. No una fiesta.

—Y ha habido violaciones —agregué.

—De nuevo, ¡sí, lo sé! Pero eso no me afecta *a mí*. Porque no estoy en el campus. ¡Y siempre estoy con uno de los soldados!

Apreté mis brazos a su alrededor.

—Eso no importa. Podrías hacer algo mejor que actuar tan descuidadamente y besar a algún idiota al azar. Uno que ha sido visto con los que están violando a esas mujeres drogadas —dejé que esa información se hundiera en su cerebro. Marcus era quien había descubierto ese detalle, y aunque justificaba que no quisiera que estuviera cerca de Bryce, no excusaba mis celos de que otro hombre tuviera derechos sobre ella.

La solté cuando llegamos a la puerta del apartamento, pero no la dejé ir lejos. Tomándola del brazo nuevamente, descarté la suavidad de su piel en su muñeca. Ignoré la descarga de una conmoción que me calentó al hacer contacto físico con ella. No era el momento para eso. Nunca lo sería.

—Espero que aprendas la lección y lo pienses dos veces antes de volver a asociarte con una potencial amenaza —le dije—. Considera esto tu primera lección de disciplina de parte de tu "cabrón déspota".

Ella no se inmutó, manteniendo el cuello estirado para poder mirarme con furia escrita en su hermoso rostro.

—No irás a ninguna parte mañana. Te quedarás en este apartamento donde podrás usar este tiempo de castigo para reflexionar sobre tu error.

12

EVA

Kelly: *No puedo creer que no te deje ir a clase.*

Entrecerré los ojos mirando mi teléfono, sonriendo con suficiencia a la pantalla.

Yo sí puedo. No me costaba nada imaginar que esto pudiera suceder. Lev no era un tipo que solo hablara por hablar. Él cumplía lo que decía. Los faroleos no se aplicaban a un hombre duro que no jugaba ni decía algo que no quisiera decir. Había torturado a enemigos de la familia. Había matado por el Jefe. Lev no hacía promesas —ni amenazas— vacías.

Fiel a su palabra, me había "castigado". Desde anoche hasta hoy, me mantuvo dentro del apartamento como lección. Como medida disciplinaria.

El muy cabrón.

Eva: *Estaba enfadado.*

Kelly: *Ya lo creo. Parecía capaz de matar cuando te vio besar a Bryce.*

—Él *es* capaz de matar, Kel... —susurré en voz alta.

El dispositivo vibró con una llamada entrante de FaceTime de ella. Suspiré y me acomodé mejor en la cama antes de contestar—. Hola.

Ella caminaba afuera, aparentemente saliendo del aula por el aspecto del cielo en el fondo. Un paraguas la cubría, pero podía ver el cielo detrás. Caía nieve húmeda, y me acurruqué en el calor de mi cama—. Vaya. Pensé que te verías más enfadada.

—Oh, estoy enfadada —respondí. Estaba furiosa con Lev. Y también frustrada conmigo misma. Después de su humor distraído con todas esas llamadas, me preocupaba que lo quitaran de mi seguridad. Fue entonces cuando se me ocurrió la idea de provocarlo, de ser desobediente solo para llamar su atención, pero eso no fue lo que pasó en la biblioteca.

—Bueno, conseguiste lo que pediste. —Sonrió, ajustando su bolso y haciendo que su imagen se torciera por un momento. Casi pensé que se le caería el teléfono—. No mientas. Lo besaste solo para poner celoso a Lev.

Me mordí los labios—. Tal vez.

—¡Ja! No hay ningún *tal vez*. —Movió las cejas sugestivamente—. Diría que obtuviste la reacción que esperabas, entonces.

Me froté la cara con la mano—. Sí y no.

—¿Eh?

Dudé, pero me sentí lista para correr este riesgo con ella. Quería abrirme, tener realmente una "charla de chicas" con alguien que no estaría sesgada para recordarme mi posición como princesa de la Mafia Baranov.

—Es solo que... —Solté otro suspiro profundo, odiando lo dramático que sonaba todo esto—. Es simplemente inútil. —Me encogí de hombros, deseando no tener que admitir esto—. Sé que he sido reservada con los detalles sobre mi vida. Sobre mi familia y de dónde vengo.

Levantó una mano, casi perdiendo el agarre del paraguas, su bolso y el teléfono de nuevo—. Espera. No, no, no. Yo no *quiero* ningún detalle, Eva. Vamos, no soy tonta. Cuando dices "la familia", sé que te refieres a *la* Familia. Como en la mafia.

—Correcto.

—Así que, sí. Cuanto menos sepa, mejor.

—Cierto. Pero no conozco ningún secreto que contarte. Seré vaga, ¿de acuerdo?

Su mueca no me convenció de que quisiera que compartiera algo de esta naturaleza.

—He crecido sabiendo que algún día me casaría. Se espera que me case y tenga hijos. Y mi marido será alguien que mi tío elegirá para mí.

Asintió—. Sí. Matrimonios arreglados. He oído hablar de ellos. Es decir, he leído algo de romance oscuro en los últimos años.

—Ajá. Así que salir con alguien, besar a alguien, es inútil. No llevará a ninguna parte. Y eso incluye, um, esta extraña adicción que tengo de querer provocar a Lev.

Sus labios se curvaron en una sonrisa traviesa y siniestra—. Ah, la relación prohibida. Qué jugoso.

—Qué inútil —corregí—. Puede ponerse celoso todo lo que quiera. Demonios, tal vez ni siquiera esté celoso y...

—Oh, no. —Kelly negó con la cabeza—. Lo vi antes que tú. *Definitivamente* estaba celoso cuando Bryce te besó en la mejilla.

¿Es solo porque odia a Bryce? ¿O se pondría así si cualquier otro chico coqueteara conmigo? No estaba por probar esa teoría.

—De todos modos, no importa. No actuará sobre nada. —Fruncí el ceño, recordando lo tensos que fueron los momentos cuando me empujó contra la pared y pegó su cuerpo al mío. La colocación de su pierna entre las mías también tuvo que haber sido deliberada.

—Maldición. —Kelly frunció el ceño, pareciendo genuinamente apenada por mí.

No quería su compasión, al menos no por la proverbial situación de "bolas azules" que tendría que enfrentar hasta que me llevaran en mi noche de bodas.

—Y esa no es realmente la razón por la que estoy tan enojada. O molesta. —Me senté más erguida, abrazando mis rodillas con el teléfono encima. Honestamente, no tenía motivos para estar enojada con nadie más que conmigo misma. Sabía lo que estaba haciendo cuando besé a Bryce tan rápidamente. Lo había hecho por la única razón de enfadar a mi guardaespaldas porque parecía un dictador empeñado en controlarme.

—¿Entonces qué? —Resopló—. No puedes estar realmente molesta por perderte una clase. Estás aprobando todo con excelentes notas hasta ahora.

—No. Es lo que dijo, sin embargo.

—¿Que estás castigada?

Negué con la cabeza—. No dijo esas palabras exactamente. Pero comentó sobre mis "tercos puntos de vista sobre una falacia de independencia". —Parafrasear las palabras de Lev dolía de nuevo.

—¿Qué significa eso? —preguntó ella.

—Tenía que echármelo en cara así. Que soy tan terca por ir a la universidad. Tuve que pelear con uñas y dientes para venir. Porque, de nuevo, ese destino, ese camino de vida esperado que sé que tengo que seguir. Le supliqué a mi tío que me dejara estudiar aquí porque estaba decidida a experimentar un poco de vida normal. Mi independencia *es* una broma. No es libertad real con un guardaespaldas dirigiendo cada uno de mis movimientos. Nunca seré independiente en el verdadero sentido de la palabra. No tengo decisiones propias.

—Joder, Eva. Lo siento mucho.

Solté un suspiro tembloroso, sintiéndome marginalmente mejor solo por desahogarme. —*Sé* que no estoy escapando de mi destino. No puedo cambiar quién soy o en qué familia nací. Pero odio que él no pueda relajarse y dejarme engañarme pensando que podría tener un poco de independencia mientras estoy aquí.

Con razón Sonya huyó con Madre. Con razón nunca quisieron volver.

Hicieron bien en irse cuando pudieron, aunque no puedo perdonarlas por no llevarme también. Supongo que era demasiado joven, pero eso no lo hace correcto. Toda mi vida, he resentido no tener la oportunidad de extender mis alas y hacer mi propia vida, de tomar *cualquier* decisión por mí misma: mi ropa, mi comportamiento, mi dieta y mis intereses. Todo estaba predestinado.

—Este estilo de vida es asfixiante, Kel. Me dan ganas de ser *más* terca. Me dan ganas de evadir a Lev tanto como pueda y desafiarlo a cada paso porque nunca volveré a estar tan cerca de la libertad. Nunca tendré la oportunidad de sentirme tan cerca de ser una persona independiente de nuevo.

—¿Estás diciendo que es más que querer ser una molestia para que te notara? —preguntó.

—Sí. Solo quiero... vivir. —Parpadeé rápidamente para evitar que las lágrimas me quemaran los párpados aún más.

—Entonces supongo que no debería hacer de abogada del diablo y mencionar esa fiesta de la fraternidad que habrá esta noche... —Miró a un lado en una terrible fingida inocencia—. Porque si yo estuviera atrapada en un futuro sin esperanza que no quiero, ir a una fiesta sería definitivamente una experiencia única en la vida que no planearia perderme.

Sonreí. Por primera vez hoy, dejé que mi rostro se transformara en algo que no fuera un ceño fruncido o una mueca. —¿Una fiesta?

Kelly asintió. —Iré si tú vas.

Habría que abordar la logística para lograrlo. Necesitaría su ayuda para escaparme. Podría esperar que Lev estuviera distraído con llamadas otra vez. Algo tendría que ceder porque ella tenía razón. Si quería vivir de verdad y abrazar esta libertad de la que el resto del mundo podía aprovecharse, ir y hacer lo que quisieran, entonces tenía que ir a esta fiesta. No para emborracharme o drogarme. No para acostarme con un hombre y perder mi virginidad. No era estúpida y no me convertiría de repente en una chica mala descontrolada. Solo quería... ver. Caminar por el otro lado y experimentarlo todo.

—Ya veremos cómo hacerlo realidad —le dije antes de que termináramos la llamada.

Me recosté en la cama, suspirando y dejando que mis esperanzas se elevaran. Lo haría funcionar. Iría a esa fiesta, aunque solo fuera para demostrarme a mí misma y a Lev que podía hacerlo.

Se enojaría tanto...

Si se enterara de mis planes de desafiarlo e ir de fiesta, se enfurecería tanto que aumentaría su disciplina.

Lo cual... no estaría tan mal.

Jugué con mi labio, pasando mis dientes sobre él mientras consideraba cómo podría reaccionar mi estricto guardaespaldas si lo desobedeciera tercamente y fuera a esta fiesta de fraternidad. Odiaba admitirlo, pero verlo ponerse todo arrogante y enojado lo hacía más atractivo. Escuchar el comando en su voz áspera me excitaba. Algo debía estar muy mal conmigo para sentir que mi corazón se aceleraba de emoción al imaginar que me agarraba la mano, me mantenía en mi lugar y me ordenaba ser disciplinada.

—Por supuesto que estoy jodida de la cabeza —murmuré, frotándome las manos sobre la cara.

Mi padre nunca actuó como un padre y nunca me disciplinó. Mi madre había estado ausente toda mi vida y me había perdido su orientación. Solo el tío Oleg servía como una forma de tutoría adulta, pero eso no significaba nada ordinario. El hombre era un temible Jefe de la Mafia, y aprendí desde temprano que si me ocupaba de mis asuntos y me mantenía fuera de su camino, nunca necesitaría ser disciplinada.

Pero con esta embriagadora emoción de desafiar a Lev y la cercanía de experimentar algo que nunca sería factible en el futuro predestinado que tendría que sufrir, no podía esperar para actuar y salirme de la línea.

Me atraía la posibilidad de poder empujar a mi sexy guardia hacia *más* disciplina. Más orientación y órdenes.

Tal vez, solo tal vez, podría empujarlo tan lejos que se quebrara y me diera lo que lentamente me estaba dando cuenta de que quería tanto.

Otra clase de experiencia ilícita: intimidad con él.

13

LEV

Eva permaneció en nuestro apartamento durante la mayor parte de las veinticuatro horas de su castigo. Esas horas fueron largas, y no me hacía ilusiones de que estaría feliz cuando terminara el tiempo. Contaba con que estaría aún más rebelde. Si ponerla en tiempo fuera no le enseñaría una lección sobre actuar mal y tratar deliberadamente de empujar los límites que yo —y su tío— habíamos establecido para ella, entonces pensaría en algo más.

Mi fantasía sobre darle una nalgada era una imposibilidad en la que no podía perder el tiempo, pero cuanto más pensaba en ella enfurruñada en su habitación, más incómodo me sentía. Solo esa pared nos separaba, y con ella tan enojada conmigo y mi frustración con ella aumentando, sabía que necesitaba algo de distancia.

No se suponía que ella me tentara. No tenía por qué estar deseándola, estimulado y atraído por lo hermosa que era cuando se quebraba. Perder esa personalidad de perra fría y gélida me permitía verla a *ella*, una joven mujer ansiosa por salirse con la suya por una vez.

No va a suceder.

Mi trabajo era mantenerla a salvo y pura. Y eso era lo que jodidamente iba a hacer.

Eso no significaba que tuviera que quedarme aquí y estar "castigado" con ella. Una rápida llamada a Marcus aseguró el apartamento una vez más.

—No debe salir —fruncí el ceño mientras lo miraba—. Para nada.

—Sí, señor —respondió obedientemente—. ¿Cuándo volverá para hacerse cargo?

Miré la hora, preguntándome cuánto tiempo me llevaría investigar el asunto del que Rurik me había enviado un mensaje. Mis motivaciones para dejar el apartamento eran dobles. Necesitaba un descanso de estar cerca de Eva cuando me tentaba tanto. Pero también tenía que prestar la debida diligencia para seguir lo que Rurik había informado. Más soldados de Petrov habían llegado al campus, cerca de otro dormitorio, y yo sospechaba de ese desarrollo.

—Unas horas. Me pondré en contacto contigo cuando sea necesario. Sin embargo, hasta mi regreso, ella no debe poner un pie fuera de este apartamento. Ni nadie debe entrar.

—Lo entiendo. Te escucho —levantó la mano en un gesto de despedida, girándose para

inspeccionar la sala de estar del apartamento ático—. Me encargo de esto.

¿De verdad?

Me preguntaba si alguien alguna vez demostraría ser adecuado cuando se trataba de Eva. La idea de que ella enfrentara algún peligro me molestaba, no solo porque era un trabajo, sino porque quería verla bien.

Con un profundo suspiro, salí del edificio para encontrarme con Rurik en el campus. Durante el trayecto, reflexioné sobre lo que le había dicho a Eva antes de castigarla y decirle que estaría encerrada por el día y la noche. Perderse una o dos clases no podía retrasarla. Era condenadamente inteligente y, por lo que podía ver, iba adelantada con sus calificaciones y tareas. Mantenerla en su habitación por el resto de esta noche simplemente se sentía correcto, para enfatizar el punto de que no tenía poder para determinar cómo debería ser su vida.

Eso no significaba que me gustara. No era partidario de que un alma tan audaz y aguda como la suya estuviera atrapada y confinada. Más agudamente, detestaba el concepto de que algún imbécil la poseyera y fuera su jefe. Ningún hombre podría manejarla sin aplastar su espíritu. Cuanto más tiempo vivía con ella y la vigilaba, cuanto más la conocía y aprendía sobre sus peculiaridades y hábitos, menos me gustaba la idea de que fuera una posesión. En el fondo, sabía que era más que solo una esposa para usar como ficha o un recipiente para producir herederos.

Pero así es como son las cosas. Como siempre han sido.

Rurik me encontró en el estacionamiento. Tenía el ceño fruncido y su lenguaje corporal sugería que estaba tenso.

—Han llegado más —informó.

Sacudí la cabeza, cerrando la puerta y saliendo con él. La oscuridad había caído sobre el campus. Sin nieve para iluminar la escena, las sombras parecían colgar demasiado pesadamente. Las farolas iluminaban parches de senderos, pero no había mucha gente afuera en esta fría noche.

—¿Dónde? ¿Están aquí solo para vigilar a Irina? —pregunté.

—Sí y no —respondió. Su aliento se nublaba frente a él, marcando el frío en el aire, pero no estaba teniendo problemas para seguir mi paso rápido—. Parecen estar reuniéndose cerca de su dormitorio, o lo que se supone que es su dormitorio.

—Porque en realidad no se está quedando allí, ¿verdad? —asumí que la primera semana aquí Irina no estaría viviendo en el campus. Si la fuerza de seguridad de Petrov asignada a la otra princesa de la Mafia tenía algo de sentido común, habrían reubicado a Irina fuera del campus como yo había hecho con Eva. Era mucho más seguro controlar *todas* las variables de su residencia temporal.

—No. No lo creo. Ha ido a visitar lo que parece ser un pequeño grupo de amigos y compañeros de clase que residen en ese dormitorio —dijo Rurik, inclinando la barbilla en dirección a la instalación específica a la que se refería—, pero siempre se va. Sospecho que está viviendo fuera del campus pero se le permite visitar allí.

—Hmm —entrecerré los ojos mientras examinaba los caminos que se ramificaban entre todos los dormitorios de los alrededores. El edificio alto donde Eva habría compartido habitación con

Kelly estaba más atrás, pero la estructura a la que supuestamente se rumoreaba que Irina había sido asignada era una construcción más baja, más modernista y nueva, más cerca de la plaza.

Un aumento de hombres de Petrov en el campus me hacía sospechar, pero también me confundía. Si Irina estuviera presente en el campus, entonces tendría sentido que los soldados estuvieran cerca de ella. Pero ella se alojaba fuera del campus.

—¿Por qué estarían las fuerzas de Petrov aquí sin ella? —pregunté.

Rurik negó con la cabeza.

—No lo sé, pero gran parte de la razón por la que te envié un mensaje para que vinieras a hacer algo de vigilancia conmigo aquí mientras Eva está castigada es porque no se quedan. Van y vienen.

—¿Están transportando algo? —pregunté. Sería la suposición más lógica, aunque hacer suposiciones no sería sensato. Era más inteligente esperar para actuar y tomar decisiones basadas en hechos y evidencia sólida que este juego de especulaciones.

—No llevan nada. Es más como si estuvieran buscando algo. O supervisando.

—¿Una entrega? —De nuevo, no podía dejar de pensar en las drogas. A ambos nos habían informado de un aumento en la circulación de drogas en el campus, así como un incremento en las violaciones. Probablemente estos dos problemas fueran comunes en universidades de todo el país... demonios, de todo el mundo.

—Tal vez —respondió Rurik—. Y eso me hace preguntarme quién está suministrando las drogas por aquí.

—¿Crees que esto es lo que el Jefe quería que espiara?

—Sí. Posiblemente. Te pidió que los espiaras en general, y están en movimiento. Pero esto es lo que realmente me inquieta. —Rurik se llevó el dedo a los labios en señal universal de silencio mientras caminábamos por un sendero protegido junto a otro dormitorio. Nos rodeaban muros de piedra, y el simple techo de más ladrillos nos ocultaba de la vista. Era un pasillo al aire libre, y su destino era el final, donde una cámara estaba anclada en lo alto. A la izquierda, sobre las partes abiertas del muro de piedra, había una vista hacia abajo de un par de hombres de Petrov. Caminaban de un lado a otro, tranquilos y sin estar alerta. No me dio la impresión de que estuvieran patrullando, sino más bien esperando, matando el tiempo y fumando hasta recibir órdenes.

Rurik frunció el ceño, haciéndome un gesto para que volviera a caminar hacia la zona más abierta de la plaza. —Ahí es donde creo que lo vi.

—¿A quién? —lo miré fijamente.

—Al hombre que supuestamente mataste. Del que todos hablan.

¿Qué demonios? —¿El guardia que maté cuando acabé con Yusuf Ilyin?

Asintió. Había visto las fotos granuladas que se habían capturado años atrás. Era todo lo que podían comparar con mi foto de prueba de muerte que tomé aquel fatídico día cuando finalmente

completé el golpe contra Yusuf.

—Maldita sea. Está muerto.

Rurik se encogió de hombros.

—Me alegro de haber pedido más refuerzos —murmuré. Si estaba pasando algo sospechoso, donde un hombre muerto que había sido guardaespaldas de un jefe Ilyin estaba merodeando con los Petrov, necesitaría más recursos para resolver esto. Tanto los Ilyin como los Petrov eran enemigos de la Familia Baranov. A veces se podía insinuar la paz, pero nunca seríamos considerados aliados o amigos de ninguna manera. *Competidores* era probablemente la descripción más amable que podíamos usar entre nosotros.

—¿Marcus la está vigilando de nuevo? —preguntó Rurik.

Asentí.

—Entonces quizás podamos dar unas vueltas más. Revisar el perímetro y ver si ese guardia misterioso vuelve a aparecer.

Está muerto. Yo lo maté. Sabía que lo había hecho. Los hombres no simplemente resucitan del más allá.

—Sí, no tengo prisa por volver con Eva. —No cuando estaba convencido de que algo grande podría estar gestándose aquí. Seguir o espiar a los hombres de Petrov en el campus parecía el mejor uso de mi tiempo y atención en este momento.

Porque la alternativa —volver al apartamento y mantener a Eva encerrada como castigo por actuar mal y besar a ese punk— no me atraía.

Se sentía demasiado bien mandarla. Era muy peligroso ordenarle que fuera obediente y que escuchara mis órdenes cuando ella me devolvía la mirada fulminante. Provocándome. Poniéndome a prueba.

Su sumisión no sería mía para reclamar y atesorar.

Pero mentiría si dijera que no la deseaba. Eva estaba atrapada en su vida. Lo reconocía, pero con esa comprensión, entendí lo mucho que ella también anhelaba y buscaba dirección. *Necesitaba* orientación, y deseaba poder ser yo quien realmente se la diera. Apoyarla y darle la fuerza para ser la mujer audaz y vivaz que era en el fondo.

Pero no puede ser tuya.

No va a suceder.

—Veamos qué podemos encontrar —le dije a Rurik, odiando lo inteligente que era insistir en este amortiguador, en esta distancia de la mujer que deseaba pero que permanecía fuera de mi alcance.

14

EVA

Tres horas después de hablar por teléfono, contuve la respiración mientras esperaba que Kelly regresara trotando a la parada del autobús. Resguardándome bajo el refugio de la pequeña estructura inclinada diseñada para proteger a los pasajeros de la lluvia, temblé y me envolví más fuerte con mi abrigo.

Nunca había hecho esto antes.

Yo era una seguidora de las reglas.

Me habían inculcado que siempre debía ser una buena chica.

Obediente. De carácter apacible. Callada y sin causar problemas.

Escaparme del apartamento sería un gran problema una vez que notaran mi ausencia. Y lo notarían.

Había salido de mi habitación, devanándome los sesos en busca de ideas para llegar al campus para esa fiesta de la fraternidad, y para mi sorpresa, Marcus, no Lev, me esperaba fuera de mi dormitorio. No pregunté dónde estaba Lev. No tenía que hacerlo.

—Volverá más tarde esta noche —ofreció Marcus libremente cuando lo saludé de camino a la cocina.

—Oh —fue todo lo que le dije, incorporando esta información a un plan mejor. Tener a Lev fuera del camino simplificaba las cosas. Habría sido mucho más difícil tratar de escabullirme del imbécil controlador.

Y no había sido nada difícil en absoluto.

Kelly tomó un autobús para llegar aquí y fingió ser una repartidora de DoorDash que se había equivocado. Y mientras Marcus tenía que lidiar con el embrollo de que ella pensara que debía traer comida para llevar al apartamento, bajando al vestíbulo para tratar el asunto con el portero, yo me escabullí.

—Vamos, vamos —susurré, mi aliento empañándose frente a mi cara—. Date prisa... —El autobús llegaría en cualquier momento, y no quería esperar más en el frío. Además, si Kelly no podía salir del vestíbulo con una excusa y engañar al portero haciéndole creer que había

cometido un error, tendría que volver al edificio para ayudarla. Sin embargo, volver pondría en peligro mi objetivo de escabullirme, y realmente no quería rendirme todavía.

Este pequeño acto de estar en el mundo sin guardias era liberador. Me sentía libre. Sin ataduras. Cada respiración que tomaba era combustible para hacer lo que quisiera. Cada paso que daba era otra marca de progreso hacia lo desconocido.

Era embriagador, me mareaba. Exaltada por estar en una parada de autobús en una fría noche de enero, me mordí el labio e intenté que mis dientes no castañetearan. Me había vestido para la fiesta —dentro de lo razonable—, pero incluso si me hubiera puesto tres capas de ropa, seguiría teniendo frío con estas temperaturas.

Era solo yo aquí afuera. El gran cielo azul marino en blanco parecía más amplio y oscuro, invitándome a abrazar esta sensación nueva y extraña de estar sola. De estar desvinculada. Solo una mujer, un alma en la gran y vasta extensión del universo.

—¿Tienes frío, pequeña dama? —preguntó un hombre demacrado mientras cojeaba, con los ojos desenfocados y salvajes.

—No —respondí, cortante y severa.

—Puedo calentarte.

—*No* —repetí.

Está bien, realmente estoy sola aquí... con este vagabundo.

Pero no tenía miedo de no tener a Lev, Marcus o cualquier otro hombre Baranov conmigo. Conocía los elementos necesarios de defensa personal y sería mucho más rápida que este viejo enjuto.

Antes de que la situación pudiera ponerse peliaguda, Kelly apareció doblando la esquina. Trotaba, haciendo que sus ondas rubias se balancearan en esa cola de caballo alta. Una delgada banda de punto azul le rodeaba la cabeza y le cubría las orejas, pero con tanta cara expuesta a los elementos, me preocupaba que tuviera frío.

—¡Uf! —Sonrió una vez que me alcanzó, recuperando el aliento—. Eso fue mucho más fácil de lo que pensaba. —Al notar al vagabundo, frunció el ceño y adoptó esa actitud de *no te metas conmigo* que a veces me dejaba ver cuando parecía estar intimidada, lo cual era a menudo. Kelly era tímida, pero tenía la corazonada de que se volvería feroz cuando tuviera que hacerlo.

—¿Fácil? ¿A eso le llamas fácil? —bromeé, acurrucándome más cerca de ella para darle algo de mi calor corporal mientras se acercaba un autobús—. Mi corazón late a mil por hora. Como si acabara de hacer lo impensable.

—¿Nunca te has escapado antes? —preguntó en un susurro. Aunque el vagabundo se había alejado, caminando y cojeando más allá por la acera, ella mantuvo nuestra conversación confidencial.

—No. Nunca —me encogí de hombros mientras ella me indicaba que subiera primero al autobús.

—¡Vaya! —Kelly subió y nos acomodamos en un asiento. No había nadie más viajando, pero

eso no era un misterio. Hacía un frío terrible afuera—. ¿Nunca? ¿Ni una vez?

—Creo que subestimas lo confinada que es mi vida —Hice una mueca al admitirlo—. Nunca he estado sin un guardia.

Ella frunció el ceño.

—¿Estás... eh, estás realmente en tanto peligro?

Siempre estaría en peligro de una forma u otra. Mi familia tendría enemigos hasta el fin de los tiempos. Así era como funcionaba este mundo. Pero no quería asustarla.

—No, no directamente —Dándole una palmadita en la mano enguantada, sonreí y aparté esta preocupación—. No me escaparía si pensara que pondría en peligro mi vida, o la tuya.

—Vale —Se rio ligeramente, ajustándose la bufanda—. Quiero decir, es solo una fiesta de fraternidad.

Ja. ¿Solo una fiesta de fraternidad? Para mí, esto era un acto travieso de rebeldía. El mero hecho de pensar en ir a una fiesta de fraternidad —sin chaperón— era un gesto supremo de desafío por mi parte. Y simbolizaba mucho más. Tendría la oportunidad de mezclarme y observar a la gente sabiendo que no me estaban estudiando también. Podría decir lo que quisiera. Actuar como me placiera. Aunque no era una extrovertida y no tenía planes de ser alocada, esperaba con ansias simplemente estar allí. Engañarme a mí misma pensando que podría encajar con gente normal, otros de mi edad que no estaban preocupados por guerras territoriales, rivales poniendo precio a sus cabezas, y las fuerzas del orden persiguiéndolos por cualquier cosa que se les ocurriera.

Sin torturas. Sin malversación. Sin crimen organizado.

Solo una fiesta de fraternidad con compañeros de clase simples y ordinarios.

No podía esperar.

—¿Emocionada? —preguntó Kelly mientras el autobús se acercaba a los límites del campus.

—Sí —me mordí el labio, incapaz de dejar de sonreír.

—Quédate conmigo, ¿vale? —pidió—. Tampoco he ido nunca a una de estas cosas. He oído historias, y esa es realmente la única razón por la que tengo la curiosidad suficiente para ir.

—Yo también. Se siente como un experimento social. Solo para ver de qué va tanto alboroto.

Asintió. —Es una experiencia.

Una que siempre recordaría como el momento en que me atreví a decidir algo por mí misma por una vez.

Llegamos a una distancia considerable de la casa de la fraternidad, pero el camino hasta allí no fue una carga. El viento amainó, reduciendo el mordisco en el aire mientras nos apresurábamos por el camino de concreto. Los equipos de mantenimiento lo habían despejado y habían vuelto a aplicar sal para derretir el hielo anteriormente, pero aun así resbalábamos y nos deslizábamos aquí y allá.

Nadie más caminaba por el tramo más largo del sendero, pero a medida que nos acercábamos a

donde se alzaban las casas de fraternidad con el bosque como telón de fondo, redujimos el paso.

—No me había dado cuenta de lo grandes que son estas casas —comenté, mirando hacia arriba a la mansión iluminada y resplandeciente de festividades. Las luces navideñas seguían brillando, a pesar de que las fiestas habían terminado hacía semanas. La música retumbaba y palpitaba, las vibraciones reverberando desde el suelo y subiendo por nuestras piernas. Casi del tamaño de la mansión que antes llamaba hogar, esta casa de fraternidad era una monstruosidad de desenfreno y fiesta.

—Yo tampoco —Kelly enlazó su brazo con el mío, aferrándose más cerca de mi lado—. Así que realmente planeemos permanecer juntas. No quiero perderte.

Fruncí el ceño. —¿Estás nerviosa? No tenemos que ir.

—No. Tenemos que hacerlo. O *yo* quiero hacerlo. Quiero hacer algo normal y típico. Nada en mi vida se ha sentido normal o típico, y estoy desesperada por engañarme a mí misma pensando que puedo pertenecer como cualquier otra persona allí dentro —Levantó el brazo para señalar la casa.

Teníamos más en común de lo que jamás hubiera imaginado. —Yo también. Pero si estás tan ansiosa, podemos intentarlo de nuevo en otra ocasión.

Resopló, instándome a seguir caminando hacia la casa. —Sí, claro. Lev va a estar tan enfadado porque te escapaste. Seguro que te castiga de por vida.

Sonreí. —Nah. No llegaría tan lejos. *Eso creo...*

—Hemos llegado hasta aquí —dijo en un esfuerzo por resistir su repentino ataque de ansiedad social—, así que bien podríamos ir hasta el final.

Me reí una vez de su comentario y asentí.

Entramos en la enorme casa de fiesta brazo con brazo. De inmediato, fuimos acosadas por tantas cosas que solo pude resumir la experiencia como abrumadora. Con los ojos bien abiertos y admitidamente ingenuos, observé la escena a mi alrededor para orientarme en el caos. La música me ensordecía, lastimando mis oídos y también haciendo temblar mis piernas por los retumbos del bajo. Los olores se arremolinaban en una desagradable mezcla de alcohol, sudor y marihuana. Todos se movían tan rápido que era un borrón de actividad que no podía seguir ni rastrear en absoluto. La gente bailaba sobre los muebles. Más estaban bebiendo. Otros hablaban y reían, pero había tanto alboroto que no podía centrarme en una sola cosa para mirar o prestar atención.

Hablando de sobreestimulación.

—Vamos hacia atrás —dijo Kelly, prácticamente gritando en mi oído para que pudiera entender lo que quería decirme—. ¿Tal vez la música sea más baja allí?

Asentí, más que nada leyendo sus labios para entender en lugar de realmente escuchar su voz. Iría a cualquier otro lugar para escapar del ruido que provocaba dolor de cabeza en el vestíbulo.

Pero dudo que cualquier lugar en esta casa pueda considerarse tranquilo.

Agarrada a su brazo, la seguí mientras nos adentrábamos en la fiesta. Abrirnos paso entre la

multitud de gente no fue tarea fácil. Los codos se clavaban en nuestros costados. Los cuerpos empujaban, lanzándonos contra las paredes y los muebles. En un momento, una pareja de mujeres besándose entre sí y con un hombre bloquearon el pasillo y tuvimos que rodearlos y encontrar un camino despejado hacia adelante.

Llegar a la cocina no ayudó. Con el diseño abierto de todo el piso, no tuvimos descanso del constante zumbido de música, risas, gritos y charla.

Nunca me había sentido tan claustrofóbica. Tan intimidada, como si realmente fuera la extraña que nunca encajaría.

Había estado en fiestas antes. Había ido a eventos. Me había sumergido entre gente borracha, drogada y alocada. Pero nunca así, en un ambiente tan poco refinado y bohemio. Mis experiencias radicaban en las galas de etiqueta, las elegantes recaudaciones de fondos. Recepciones de bodas elegantes y fiestas pulidas donde aún se esperaba decoro y decencia.

Esta fiesta de fraternidad... no era divertida. No podía calmar mi mente acelerada el tiempo suficiente para observar a la gente, dándome cuenta de que no podía porque todos aquí se estaban comportando como animales.

Abraza la experiencia. Solo échale un vistazo para poder decir que lo has hecho una vez.

Vine aquí queriendo sentirme viva. Hacer algo inesperado y atrevido. Pero cuanto más nos adentrábamos Kelly y yo en este espacio, no podía escapar de la creencia de que era una pérdida de tiempo.

Odiaba sentirme superior, ser tan altiva y querer mirar a esta gente por encima del hombro. Eran mis compañeros. De mi edad. Pero no estaban cortados por el mismo patrón. Yo había crecido rápido. Se esperaba madurez de mí desde una edad temprana, y con mi madre abandonando la familia, me había visto empujada a una infancia que era más parecida a la edad adulta que otra cosa.

Estos fiesteros parecían tan... infantiles. Triviales. Frívolos.

No pertenezco aquí.

Pero odiaba aceptar esa realidad porque solo reforzaría las duras verdades que Lev me había dicho. Que yo no pertenecía a la universidad en absoluto. Que estaba siendo una mocosa egoísta y codiciosa al insistir en tener esta experiencia cuando las únicas cosas para las que me habían querido eran mi mano en matrimonio y mi cuerpo para llevar bebés.

Sorbí por la nariz, odiando este aluvión de emociones densas. No podía llorar. No aquí. Y tal vez nunca. Sin embargo, la opresiva conciencia de que todo esto era en vano pesaba tanto en mi alma.

Esto es estúpido. Yo *soy estúpida por pensar alguna vez que podría liberarme de las expectativas de las que nunca me libraré. Yo-*

Alguien chocó contra mí, rompiendo el enlace entre Kelly y yo. Ella tropezó, avanzando entre la multitud, mientras yo caía hacia atrás. El ritmo de la música cambió, más a algo frenético como lo que habría en una rave, y con la energía revitalizada en la sala, nos separamos. Kelly fue tragada por la multitud. A mí me empujaron hacia atrás.

—¡Kel! ¡Kelly!

El brazo de un hombre me rodeó la cintura. El grueso miembro no cedió, ni siquiera cuando lo forcé y clavé mis uñas en su carne velluda. Los músculos se tensaron mientras se empeñaba en arrastrarme fuera del caos.

—¡Suéltame! —Me giré para golpearlo, para incapacitarlo de cualquier manera que pudiera, pero me agarró el brazo. Con pura fuerza de voluntad, me obligó a entrar en otra habitación.

Una habitación más oscura.

Una habitación vacía.

Solo una cama se alzaba en la oscuridad. Las sábanas yacían arrugadas sobre el colchón, y una mujer desnuda dormía en el suelo.

El pánico me invadió. Mi corazón retumbaba, latiendo salvajemente en mi pecho. La respiración se volvió más corta, más superficial. Mientras mi boca se secaba y me esforzaba por tragar, dejé que mis instintos me controlaran.

Luchar o huir.

Intenté ambas. Agitando los brazos y pateando frenéticamente, luché contra el hombre alto y musculoso que me forzaba hacia la cama. Tropezó con el pie de la mujer inconsciente, y justo cuando finalmente aclaré mi garganta y tomé una profunda bocanada de aire para prepararme para gritar, me tapó la boca con la mano.

—Cállate, perra —gruñó.

Inmovilizándome contra la cama, atrapándome bajo el peso de su cuerpo, mi mente se paralizó con el terror de lo que estaba sucediendo.

Había mentido. Le había dicho a Kelly que no corría ningún peligro directo.

Pero sí lo corría. Como cualquier otra mujer aquí en esta fiesta de fraternidad, cualquier mujer en cualquier parte del mundo, yo *siempre* estaría en peligro por hombres más altos y fuertes que tuvieran la mente puesta en violar para conseguir lo que querían.

Las lágrimas corrían por mis ojos mientras tiraba de mi ropa. Su respiración se volvió entrecortada mientras empujaba mis bragas debajo de mi vestido.

Aun así, con una necesidad frenética de escapar, empujé y luché. Desesperada por quitármelo de encima, consideré cuán absolutamente estúpido era pensar siquiera en renunciar a la seguridad que Lev me proporcionaba.

15

LEV

Rurik y yo no tuvimos mucho tiempo para recorrer el campus y observar la actividad de los hombres de Petrov. Tampoco tuve la oportunidad de ver a ese guardia supuestamente muerto que había vuelto a la vida.

Marcus me llamó, y ver su nombre en mi teléfono me puso inmediatamente en un estado de preocupación.

—Lev —respondió rápidamente antes de que pudiera hablar. Respiraciones agitadas siguieron a su saludo, como si estuviera corriendo—. Se ha ido.

—¡Mierda! —Me di la vuelta para mirar a Rurik. Él se tensó, deteniéndose en seco conmigo durante esta caminata de vigilancia—. ¿Qué coño quieres decir?

—Eva se ha ido. Creo que se escabulló cuando no estaba mirando.

—¡Eso es lo que se suponía que debías hacer! ¡Vigilarla!

Rurik frunció el ceño, probablemente deduciendo por mi tono y postura que estaba reaccionando a malas noticias sobre mi asignación.

Esto era justamente mi maldita suerte. Mi jodida y maldita suerte. Me sentía dividido entre dos motivaciones en este trabajo, protegerla y buscar lo que aparentemente Oleg quería que espiara con los Petrov, y esto era lo que obtenía mientras me enfocaba en una cosa en lugar de en ella. Se suponía que debía poder confiar en él. Se suponía que debía poder contar con mis hermanos.

—Y creo que se aprovechó de que tú no estabas aquí. No la dejé salir. Pero esta mierda absurda sobre una entrega de comida me obligó a salir del apartamento. Para cuando me ocupé de eso abajo, ella se había ido. Yo...

—No. No más excusas de mierda. —Negué con la cabeza, observando cómo Rurik sacaba su teléfono y comenzaba a tocar y desplazarse por la pantalla—. Nada de excusas, Marcus. Fallaste. Si tenías que lidiar con alguna estupidez sobre comida que llegaba, cualquier otro hombre que he puesto cerca del edificio podría haberlo hecho.

—Sí, señor. Me disculpo, pero...

—La tengo. —Rurik levantó la mirada—. Encontré la ubicación de Kelly.

Colgué a Marcus, sin importarme terminar la llamada primero. Los modales no importaban ahora. —¿Crees que estaría con ella?

—Por supuesto —respondió.

Deslicé el dedo por la pantalla de mi teléfono, cambiando apresuradamente a otra aplicación y verificando el rastreo del teléfono de Eva. Si tenía algo de sentido común —aunque no lo hubiera usado para escabullirse en absoluto— se habría llevado el teléfono con ella.

Lo había hecho.

Gracias a Dios.

Un profundo suspiro de alivio escapó de mí.

El punto parpadeaba claramente, mostrando que no estaba lejos de mí. Estaba en el campus. Se había escabullido para venir aquí. —¿Qué hay en esta zona? —Abandoné todos los pensamientos de seguir y espiar a los hombres de Petrov, corriendo en la dirección a la que Eva había ido sin mi supervisión.

Pequeña mocosa. Terca e insistente mocosa.

Rurik corrió conmigo. —Creo que las fraternidades están por ahí.

—Mierda —murmuré. ¿Una casa de fraternidad? Parecía que la pícara se había empeñado en rebelarse y desafiar aún más, arriesgándose a ir a una de las famosas fiestas allí. En otras palabras, las orgías donde las drogas se intercambiaban libremente. Muchos hombres y mujeres de la Familia Baranov eran consumidores. Con la riqueza que tenían, y los vacíos legales para hacer lo que quisieran como gobernantes del mundo criminal, no era sorprendente que muchos miembros de la Mafia consumieran drogas. Eva muy bien podría ser una de ellos también, pero no bajo mi vigilancia.

Corrimos, esprintando el último tramo del camino hasta allí. Antes de llegar a la ruidosa y iluminada mansión, le envié un mensaje a un conductor para que tuviera un coche lo más cerca posible.

Una vez dentro, nos abrimos paso entre la multitud. No podía pensar. No podía oír. Los sonidos y demasiados cuerpos en un espacio reducido amenazaban con distraerme, pero no entré en pánico. Mantener la cabeza fría era la única manera de infiltrarse en esta escena, como una jodida zona de guerra. Los detalles no importaban. No me importaba a quién empujaba, qué tiraba, ni si invadía el espacio personal de alguien.

Estaba en una misión para recuperar a Eva. No porque fuera mi trabajo mantenerla a salvo, sino porque *quería* que estuviera a salvo. La quería entera y bien.

Escanear los rostros entre la multitud no era fácil, no con todas las luces parpadeando en lo que parecía ser una pista de baile improvisada. Me abrí paso entre la masa, buscando su rostro expresivo. Un atisbo de su larga melena castaña. De sus brillantes ojos azules.

Pero no estaba aquí fuera. Rurik gritó que iba a revisar las habitaciones hacia el extremo este de la casa, y yo me concentré en peinar cada grupo de fiesteros borrachos o drogados en cada habitación y pasillo que alcanzaba.

Pateé puertas. Sorprendí a parejas follando en los rincones.

En la última puerta del pasillo que salía de la cocina, donde barriles de cerveza se alineaban en la mesa y la cocaína esperaba en líneas paralelas sobre la encimera, la encontré.

O más bien lo encontré a él, el bastardo que dejaría de vivir.

Irrumpí en la habitación justo a tiempo para verlo bajar su mano y tirar de su ropa. Sus piernas desnudas pateaban mientras se arqueaba para quitárselo de encima, pero su resistencia no funcionaba.

Yo sí. Me moví como una máquina letal, decidido a matar a este imbécil por atreverse a tocarla.

—¡Lev! —Su grito le dio una advertencia. Él echó la cabeza hacia atrás y abrió la boca para gritar.

—Lárgate. Aún no he terminado con ella.

En lo que a mí respectaba, nunca tendría la oportunidad de empezar. Agarrando la parte posterior de su cabeza, enredando mis dedos en su pelo, cerré el puño y lo usé como punto de apoyo para arrancarlo de encima de ella. Antes de que pudiera caer completamente contra la puerta que se había cerrado de golpe tras mi violenta entrada, ya estaba sobre él.

Lo mantuve en su lugar para golpear su cara con mi puño. Lo mantuve en el suelo para patearlo y darle rodillazos en el cuerpo. Gruñidos salían de mí, pero sus gemidos de dolor y súplicas de piedad me incitaban a golpear más fuerte. A atacarlo más rápido. A dejarlo tan completamente arruinado, con el dolor reclamando cada una de sus células, que nunca volvería a pensar en mirar a una mujer.

Al menos no a Eva.

Me puse de pie después de lo que pareció una hora de venganza impartida por mi brutal ataque. Jadeando para recuperar el aliento, con el pecho agitado buscando aire, miré al hombre que había reducido a un desastre arrugado en el suelo en cuestión de un minuto.

—Lev.

Me giré, entrecerrando los ojos hacia Eva mientras ella se alisaba el vestido. Su garganta se tensaba con el esfuerzo de tragar, pero mantuvo el contacto visual conmigo todo el tiempo. Su fría mirada azul me congeló, y de repente, intenté descifrar las emociones que chocaban en su rostro. ¿Miedo? ¿Ira? ¿Preocupación? ¿Gratitud?

—Vamos —ordené bruscamente, demasiado influenciado por esta necesidad de castigarla, de apreciarla, de abrazarla al mismo tiempo que la reprendería. Pasé por encima de una mujer inconsciente en el suelo, enfocado únicamente en llegar a *esta* mujer, la alborotadora que me desafiaba y tentaba como ninguna otra lo había hecho jamás. Y como ninguna otra lo haría jamás.

En el momento en que envolví mis dedos alrededor de su muñeca, la levanté de un tirón. Un chillido escapó de sus labios y tropezó. Chocando contra mi espalda, mantuvo el equilibrio, pero apenas. Con la rapidez con la que la sacaba de allí, le costaba seguirme el paso.

No la solté ni una vez, dejando que mi ira y furia corrieran por mis venas mientras la sacaba de la casa. Luego todo el camino hasta el coche. Solo cuando estuvo sentada en el asiento del copiloto la dejé ir. Cerrar la puerta de golpe no aplacó esta ira oscura que me controlaba. Conducir a toda velocidad en silencio todo el camino de vuelta al apartamento tampoco me calmó.

Su presencia era un catalizador que me volvía loco porque cada vez que recordaba la cruda rabia y el miedo que sentí al ver a otro hombre tocándola, evocaba la agonía de las lágrimas en sus mejillas.

Ella rompió el hielo tan pronto como entramos en el apartamento.

—Lev, yo...

—No —rugí—. No. No quiero oír ni una maldita palabra.

Ella apretó los labios mientras yo cerraba la puerta de un portazo.

—¿Estás contenta ahora? —me burlé, tan enfadado que no estaba seguro de cuándo podría volver a respirar con normalidad—. ¿Estás satisfecha de haberte escapado y que ese bastardo casi te violara? ¿Eh?

—Solo quería...

—¿Qué? —exigí, acercándome a su espacio hasta que ella retrocedió hacia la sala de estar. Tropezando y perdiendo ligeramente el equilibrio al chocar con los muebles, frunció el ceño mientras mantenía su mirada fija en la mía.

—¿Qué? ¿Qué querías, Eva? —Me quité el abrigo y lo lancé a una silla mientras ella llegaba al sofá. La parte trasera de sus rodillas golpeó los cojines, pero se contuvo de caer sobre ellos, sin dejar de mirarme.

—¿Querías la atención de algún perdedor? —Me acerqué a su espacio, desesperado y perdido en la necesidad insana de cambiar los hechos de esta noche. No podía soportar el recuerdo de otro hombre tocándola. De otro hombre intentando tomar lo que no era suyo.

Eva tampoco era *mía*. Pero no podía convencerme de creerlo.

La deseaba.

Necesitaba que fuera mía, ahora mismo, maldita sea. Una racha feroz de posesividad se apoderó de mí mientras me acercaba a su cara y le agarraba la nuca.

Su ceño se frunció mientras entrecerraba los ojos, haciendo un puchero y *aún* descarada mientras me acercaba a ella.

—¿Estás desesperada por que un hombre te preste atención? Bien.

Estrellé mis labios contra los suyos, saboreando la chispa potente del contacto prohibido entre nosotros. Ella jadeó, sorprendida, pero mientras le robaba el aliento y la inclinaba para que se sometiera mejor bajo la presión de mi boca sobre la suya, mi lengua junto a la suya, siguieron los gemidos. Los de ella. Gemidos y quejidos, especialmente cuando me aparté.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Quieres que un hombre te preste atención?

Ella jadeó, mirándome con tanto odio insistente que no pude evitar exigir más. Volví a estrellar mi boca contra la suya, ahogándome en pura lujuria por la sensación de su aliento mezclándose con el mío, sus labios deslizándose y rozando los míos.

—¡Dímelo! —ordené cuando volví a separarme para tomar aire. Sus manos subieron para posarse en mi pecho, y bajé los brazos. Encerrándola en un abrazo apretado, no le di ninguna oportunidad de pensar en escaparse. De alejarme—. Dímelo. ¿Es esto lo que maldita sea quieres?

—Quiero... —La necesidad en su tono fue mi perdición. El deseo que me condenaba desde su mirada soñadora me empujó más allá del punto de retorno. Pero fue ella alcanzándome, tratando de besarme de nuevo, lo que me hizo ceder.

Besándola con más fuerza, bajé mis manos a su trasero. La agarré, clavando mis dedos en los jugosos globos. Y ella gimió en mi boca como un animal en celo.

—¿Quieres que un hombre te lo dé? —gruñí, incapaz de dejar de intensificar esta necesidad cargada de ira que me consumía.

Me aparté de sus labios húmedos. Ella hizo un puchero ante la repentina interrupción de nuestro beso. Mientras empujaba su hombro, incitándola a caer en el sofá, mantuve mis dedos en el borde de sus bragas.

Ella se recostó en los cojines, pero yo permanecí de pie con sus bragas, rotas por las costuras y aún en mis manos.

—¿Es por esto que estás actuando así? —Me dejé caer de rodillas, levantando su vestido y forzando sus piernas a abrirse. Haciéndome espacio, bajé mi cabeza hacia ella, listo para darle otra lección de disciplina—. ¿Eh?

Su mirada abierta de par en par se fijó en mí mientras la miraba. Sin demora, moví mi cara hacia su coño, abierto y expuesto solo para mí. Haciendo una pausa a una pulgada de distancia, para que sintiera el calor de mi aliento, empujé sus muslos aún más separados.

—¿Buscas un hombre que te haga sentir bien? —gruñí, condenándola por siquiera pensar en hacerlo con alguien que no fuera *yo*.

16

EVA

—No —lo pronuncié con un débil suspiro, tratando de no desmayarme por el torrente de deseo.

Se cernía sobre mi sexo, mirándome con un calor tan perverso en sus ojos que juré que no sobreviviría a esta inesperada carrera hacia la intimidad.

Era ardiente. Era rápido. Y joder, no podía seguir el ritmo de este enjambre de lujuria y excitación que me llenaba.

—¿No? —se burló con un gruñido—. ¿No estabas pidiendo esto? —Bajó su boca hacia mí, separando sus labios y arrastrando su lengua sobre mi entrada. El calor me atravesó. Mi corazón amenazaba con fallar. El aire no podía llenarme lo suficientemente rápido, y nunca quise que se detuviera.

—¿No estabas suplicando por atención? —exigió—. ¿Eh? ¿No querías actuar hasta que consiguieras que un hombre te la diera?

Negué con la cabeza, jadeando y gimiendo de necesidad.

—No quería un hombre. No estaba tratando de llamar la atención de un hombre.

Se rio, un sonido sucio y áspero que envió escalofríos por mi piel. Oírle hacer esa risa traviesa y pícara fue mi perdición. Como si supiera que tenía el control. Como si se diera cuenta de que yo era arcilla en sus manos, literalmente.

Mientras me lamía y luego chupaba mi clítoris hasta que juré que podía ver estrellas, añadió un dedo para empujar dentro de mi entrada empapada.

—¿No estabas suplicando por esto, pequeña zorra malcriada?

Me humedecí aún más, derramando más de mis jugos ante su dura y sucia charla.

No. No, no lo estaba. —Lo juro... —Cerré los ojos, abrumada por la visión de él allí abajo, lamiendo y besándome donde ningún hombre me había tocado nunca. Ni siquiera ese imbécil que había intentado quitarme las bragas en aquella fiesta de la fraternidad.

Lev estaba enojado porque me había escapado. Sabía que lo estaría, pero nada podría haberme

preparado para la rapidez con la que canalizaría su furia en esta siniestra necesidad de hacerme llegar al orgasmo. No tuve tiempo de revolcarme en el trauma de casi ser violada. Todo lo que podía hacer era aferrarme a Lev, enredando mis dedos en su suave cabello e intentando mantener su cabeza entre mis piernas, administrando tal acumulación de placer.

Había llegado al orgasmo bajo mi propio toque. Me había masturbado y usado un vibrador. Pero la experiencia de un hombre dándome un orgasmo me sacó completamente de mi eje.

Estaba equivocado. No quería la atención de un hombre. Quería la atención de *él*.

—Estoy... estoy... —Las palabras me fallaron mientras me empujaba cada vez más cerca del clímax. Los pensamientos dejaron de formarse bien, y mientras redoblaba sus esfuerzos, gruñendo mientras se deleitaba con mi coño húmedo, todo lo que podía hacer era dejarme llevar y sentir.

—¡Lev! —Lo grité, cerrando los ojos con fuerza mientras alcanzaba el pico de tensión. Una banda apretada en la parte baja de mi estómago se tensó como un tornillo. Mi pulso se disparó. El alivio estaba justo a mi alcance, pero no podía llegar a él.

—¿Quieres esto, Eva? —preguntó mientras añadía otro dedo a mi entrada que estiraba tan bien —. ¿Es esto lo que buscabas?

Asentí, débil al terminar el gesto. —Qui-quiero correrme.

—Sí —respondió, con un calor ardiente en sus ojos marrones—. Te vas a correr para mí. Ahora mismo, maldita zorra.

Fijando mi mirada en su perversa sonrisa, lo hice. Oírle tratarme de manera tan sucia me excitó hasta el punto de no poder contenerme más. Me corrí con una intensidad cegadora que me dejó jadeando por aire y desesperada por no desmayarme. Olas de placer me recorrieron, exprimiendo toda la tensión acumulada en mí.

—¿Es esto lo que querías? —se burló de nuevo, pareciendo cargado de una necesidad inestable y creciente de controlarme—. ¿Buscabas un hombre que te hiciera sentir bien? —Sus palabras eran gruñidos furiosos, ásperos y profundos, señales de lo duro que era como hombre.

Se puso de pie, separando mis piernas mientras yo me esforzaba por recuperar el aliento. Lo miré fijamente, incapaz de hablar mientras lo observaba boquiabierta. Levantó el brazo lo suficiente para limpiarse la crema brillante —*mi* crema— de la cara, y bajó la otra mano para desabrocharse y desabotonarse los pantalones.

Temblando por la réplica de correrme tan fuerte, deseé poder desnudarme completamente para recibir más de *su* atención. No quería otro hombre. Quería a Lev. Otra vez.

—Sí —lo provoqué, cabalgando la emoción de hacerlo enojar. Pelear con él era una droga a la que no podía renunciar. Esta angustia y amargura que crepitaba entre nosotros simbolizaba un deseo profundo que ninguno de los dos podía apagar—. Eso es lo que estaba buscando, imbécil. —Una lenta sonrisa torció mi expresión, y cuando apretó los dientes, tensando la mandíbula hasta el punto de que su cuello se tensó, supe perfectamente cómo quería ver desarrollarse este juego.

Me hizo correrme, pero sentía que aún tenía el poder de afectarlo así. Se apresuró a bajarse los

pantalones y los calzoncillos, revelando una polla enorme y larga. Se erguía en atención, apuntando hacia *mí* mientras yo intentaba sacar los brazos de mi abrigo y vestido. Quería su malvada mirada ardiente sobre mí en todas partes, como una caricia prohibida que no debería anhelar. Necesitaba su toque en mi piel hasta que el recuerdo de esta noche quedara grabado en mi mente para siempre.

—¿Querías que un hombre te mostrara un buen momento, eh? —Se bajó los pantalones y sacó una pierna. Los músculos se hinchaban y flexionaban con cada movimiento. Su piel se tensaba sobre la masa de su fuerza. Cicatrices y tatuajes se deslizaban, tentándome a mirar cada centímetro de él, pero era su polla lo que quería admirar. El líquido preseminal goteaba en la punta, y en el segundo que me lamí los labios, él gruñó.

—Joder. Pequeña zorra desobediente... —Me levantó del sofá mientras él se sentaba. Con su espalda contra los cojines y su polla presionando contra mi vientre, me tumbó sobre su regazo. Luché por verle, forcejeé con las restricciones de mi ropa, pero él no me ayudó a quitármela. En su lugar, mientras me empujaba más sobre sus duras piernas hasta que mi coño quedó sobre su polla y la parte superior de mi cuerpo aplastada contra el sofá, pareció juntar la tela y apretarla hasta que mis brazos quedaron atados a mi espalda.

—¿Sabes eso, Eva? —Su mano cayó sobre mi trasero, desnudo ante él. Sorprendida por el dolor de su azote, un toque que no esperaba, jadeé y me retorcí para liberarme—. ¿Lo sabes? Eres solo una pequeña malcriada insolente, suplicando por esto. ¿No es así?

De nuevo, me azotó. Esta vez, el calor del impacto permaneció en mi piel. Extendió su mano sobre la curva de mi trasero, y una vez que la punzada de dolor se extendió, rápida y asombrosamente se convirtió en... placer.

Un gemido se me escapó. Cerrando los ojos con la cabeza forzada lejos de él, estaba sin poder moverme. Mis brazos estaban atrapados en las mangas de mi abrigo. Mi cuerpo estaba tendido sobre el suyo. Su mano grande y caliente permanecía en mi trasero, manteniéndome en su lugar.

Y mientras el dolor se evaporaba por completo cuanto más tiempo permanecíamos así, me di cuenta de que no quería estar en ningún otro lugar.

Joder. Lev. Necesitaba más de esto. Codiciaba su dominio sobre mi cuerpo de esta manera. Porque si cedía y le dejaba decidir cómo desarrollar esto, sería recompensada con el éxtasis de sentirme liberada y libre, encadenada a nada más que al placer.

—Me desafías. —Me azotó de nuevo, dos veces, ganándose mis gemidos.

—Joder. Eva. —Gruñó mientras movía su otra mano entre mis piernas. Lasciva y desesperada, dejé que mis muslos se separaran. Deslicé una pierna hacia abajo para que pudiera llegar a donde goteaba por él de nuevo—. Tú... —Acarició con su dedo a lo largo de mi hendidura, esparciendo la crema—. Me desobedeces.

El asombro en su tono me provocaba, pero necesitaba ese lado áspero de él, el control que quería desatar sobre mí—. Por supuesto que lo hago, imbécil.

Él soltó esa risa cruda y obscena de nuevo. Luego me azotó más fuerte—. ¿Quieres esto? ¿Te gusta esto, eh? —Otro azote, y otro dedo se deslizó en mi agujero—. Mírate. Jodidamente empapada como una zorra necesitada.

Por ti. Solo por ti, Lev. Sollocé cuando se quedó quieto.

—¿Te gusta esto? —se burló, frotando mi trasero pero sin mover sus dedos—. ¿Quieres correrte otra vez?

Me empujé contra su mano, ansiosa por más.

—Entonces vas a ser una buena chica para mí. —Me azotó de nuevo—. Vas a escucharme.

Grité cuando aceleró sus dedos como pistones—. Joder. *Joder*.

—¿Quieres que folle este agujero? —preguntó, moviéndome hasta que tuve las piernas a cada lado de él. Mi cabeza bajó, haciendo que la sangre subiera allí demasiado rápido, pero tuve el sentido común de evitar caerme de su regazo. Poniendo mis manos en la mesa de café cerca del sofá, me impulsé para que él pudiera agarrar mi trasero.

Mi trasero ardía. Sus huellas se mostrarían allí. Como una marca, pero no podía pensar más allá de la urgente necesidad de que me llenara.

—¿Quieres que te folle, malcriada? —exigió mientras me levantaba más alto. La cabeza abultada de su polla presionó contra los sensibles pliegues de mi coño, y grité.

—Lev. Necesito...

—Yo te diré lo que necesitas. —Empujó dentro de mí, deslizando su gruesa polla en mi entrada. Al mismo tiempo, me azotó de nuevo—. Joder, sí. ¿Quieres esto, Eva?

—Lo necesito.

—Sí, lo necesitas. —Se deslizó más adentro, forzando un gemido más fuerte de mi boca. Me estiró, frotando mis paredes internas mientras me llenaba hasta una tensa plenitud que picó al principio. Cada vez que me azotaba, sin embargo, y luego frotaba el calor del impacto sobre mis nalgas, perdía de vista el pinchazo inicial de dolor al ser penetrada por primera vez.

Si me hubiera aferrado a cualquier vestigio de cordura, me habría detenido y me habría dado cuenta de que estaba cruzando una línea sin retorno.

Ya no era virgen.

Y todo lo que podía saber era que él merecía ese trofeo. Merecía ese honor.

—¿Necesitas esta polla profunda en tu coño, eh? —Aceleró, embistiendo en mí hasta que estuvo completamente dentro. Me sentía apretada. Me sentía llena y estirada y tan jodidamente bien que no podía recuperar el aliento.

—¿Necesitas que te discipline, Eva? —gruñó, embistiendo más rápido y combinando sus azotes con la fuerza de sus embestidas.

—Necesito...

—Necesitas aprender una lección —corrigió, jadeando por la velocidad e intensidad de sus empujes dentro de mí—. Necesitas aprender a comportarte. Me escuchas, Eva, y yo...

No podía soportarlo. Entre su fuerza rugosa evidente en las brutales embestidas dentro de mí, sus

manos golpeando mis nalgas con el perfecto equilibrio de fuerza y caricias, y las palabras traviesas que se atrevía a gruñirme, me corrí. Dichosa y completamente, me hice pedazos. Sollozos llenaron el apartamento mientras trataba de no sucumbir a la sensación de *finalmente* estar completa y en paz. Las lágrimas se escaparon de mis ojos mientras luchaba por respirar a través de la intensidad de correrme así.

Ya no era virgen.

Lev me robó la virginidad.

No. Se la *di* a él.

Mientras rugía y empujaba sus caderas hacia mí, llenándome con su semen caliente mientras se corría, cerré los ojos con el conocimiento de que había elegido esto. Que le había dicho lo que *yo* quería, y él lo había cumplido.

Si pudiera rebobinar el tiempo y elegir de nuevo, lo elegiría a él sin dudarlo.

Estaba tan equivocado.

No estaba buscando la atención de un hombre. Anhelaba a *él*.

17

LEV

Apenas terminé, Eva se retorció para levantarse. Ni siquiera había recuperado el aliento por completo, y ya estaba intentando bajarse de mi regazo.

—Espera —dije, probablemente demasiado bajo para que me oyera. Estaba atónito, con la conmoción aún recorriéndome por el hecho de que realmente habíamos tenido sexo. Que ella realmente me había pedido que la follara después de llamarla zorra. Que yo había cedido mi control para ir por lo que me había estado convenciendo firmemente de que nunca podría obtener.

Eva. Se suponía que no debía ser *mía*.

Le había arrebatado su virginidad, y esa idea me sacudió hasta la médula.

La había follado. De manera cruda, áspera, sucia y dura. Y a ella le había encantado. Me había ordeñado bien, apretando mi polla con tanta fuerza. Nunca hubiera imaginado que tenía un fetiche por las nalgadas.

—Solo quiero... —chilló, con su alarma evidente cuando casi se cae.

—Espera.

Me abalancé hacia adelante para atraparla antes de que cayera. No era necesario que se estrellara contra el suelo. Tampoco lo era su prisa por bajarse de mí y escapar. Una vez que la tuve erguida, aflojé el nudo que había atado en las mangas de su abrigo. Me habían dado justo la suficiente holgura para atarla, pero ahora que estaba de pie sobre piernas temblorosas, su vestido volvió a su lugar y ocultó sus muslos de mi vista. Sin embargo, su abrigo se deslizó de sus brazos, amontonándose en la alfombra.

No hizo contacto visual, dejando que su largo cabello castaño le cubriera el rostro como una cortina. Detrás de ese velo, podría haber estado haciendo una mueca o a punto de llorar de nuevo. Podría haber estado sonriendo triunfalmente o con la boca abierta por la conmoción. No lo sabría, sin embargo, porque tomó una respiración profunda y se fue.

Me quedé sentado, inmóvil, con el pene húmedo y aún duro mientras la veía marcharse. No azotó la puerta de su habitación después de deslizarse dentro, pero eso no significaba mucho. Me respondía y me desafiaba en cada oportunidad que tenía, pero no hacía berrinches ni recurría a

acciones violentas.

—Mierda. —La admisión salió de mí como un puñetazo de aire. Me pasé las manos por la cara y contuve un gemido.

La había follado cuando sabía muy bien que no tenía derecho ni siquiera a tocarla. Le había arrebatado su virginidad cuando no tenía ningún derecho a poseerla. Ella sería prometida a alguien más. No a mí. Yo solo era un soldado, un huérfano acogido en su familia. Que Eva se casara conmigo no supondría ningún aumento de poder para nadie.

Atrapado donde estaba, inmóvil en el sofá, escuché cómo se abría el agua en sus aposentos. Una ducha tenía sentido, pero no pude reunir la energía para levantarme todavía.

No debería haber hecho eso. Sin embargo, al recordar cómo ambos habíamos estado tan cerca de perder el control, tuve que reconocer que ella era tan culpable como yo. No me había dicho que no. No se había resistido. Me había rogado, física y verbalmente, dándome su consentimiento descarado.

No debería haberme permitido tomar su virginidad.

Ella lo sabía mejor. Yo también, pero maldita sea, uno de nosotros debería haber sido lo suficientemente fuerte como para mantener el sentido común.

Me quedé sentado allí durante mucho tiempo, analizando cómo habíamos permitido que esto sucediera. El agua se cerró, pero ella no salió de su habitación. Finalmente, me levanté y me duché, pero volví al sofá para esperar a que saliera y tuviera que abordar esto conmigo.

Esperé. Y esperé. Durante toda la noche, se mantuvo encerrada en su habitación. Era una evitación descarada, pero no podía culparla. Tenía que estar tan conmocionada como yo, y no me sorprendió que tomara el camino fácil, aunque cobarde, para evitar hablar de ello.

El espacio no nos haría daño a ninguno de los dos. Me quedé en el sofá, pensativo pero demasiado obstinado como para sentirme culpable por lo sucedido. Nunca, en mi vida, admitiría una onza de arrepentimiento. Ella se sentía como el cielo, una mezcla perfecta de terquedad y sumisión. Una delicada combinación de audacia y vulnerabilidad. Y había confiado en *mí* para hacerla sentir bien. Me había elegido a *mí* para tomarla por primera vez. A nadie más. A ningún otro hombre.

En retrospectiva, me di cuenta de que había exagerado. Ver a alguien más tocándola me había provocado experimentar un grado de posesividad que no pude controlar, y fue pura casualidad que ella estuviera en sintonía, deseándome tanto como yo a ella.

Mis ojos se cerraron lentamente, y aun así, no me moví. Como un centinela en el sofá, me quedé quieto por si salía de su habitación. Todo el tiempo, mientras el sueño se acercaba, deseaba poder hablar con ella, poder verificar cómo estaba ahora que el calor del momento había pasado. Ahora que la ira y la lujuria primarias se habían desahogado y actuado, podría intentar una conversación más civilizada.

No tenía idea de qué le diría. Las palabras no se unían. Apenas importaba si podía ensayar algo para decirle. Porque mientras perdía la fuerza de voluntad para mantenerme despierto, fui arrastrado a un sueño inquieto.

Por la mañana, me desperté con el cuello rígido por haber estado en el sofá en lugar de una cama. El colchón estaba bien, pero las almohadas apestaban. Este sofá no era mejor, sin embargo. Mantuve los ojos cerrados al escuchar a Eva moviéndose en la cocina. Congelando mi cuerpo para quedarme en mi lugar, respirando lo más uniformemente posible, esperaba que actuara como si no estuviera despierto para poder captar más de lo que fuera que estuviera diciendo.

—Me alegro de que Lev fuera a buscarte —dijo Kelly. Su voz sonaba fuerte y clara, y nunca había estado tan agradecida por la función de altavoz.

—Bueno, sí. Sabía que cuando me escapé, las probabilidades de que lo hiciera eran altas —respondió Eva en voz baja. A pesar del sonido del agua corriendo, presumiblemente para hacer café, escuché cada palabra que admitió.

—Cuando lo vi salir contigo, supe que estarías a salvo —dijo Kelly con un profundo suspiro de alivio—. En el momento en que nos separamos en esa multitud, entré en pánico. Te busqué por todas partes, pero era como si hubieras desaparecido.

—Sí, me... empujaron a un lado —respondió Eva, omitiendo la verdad. Apuesto a que no quería contarle a su nueva amiga lo que casi la empujaron a sufrir.

—Pero Lev te encontró. Y justo a tiempo. —Kelly soltó una risa amarga—. Me alegro tanto de que hiciéramos el estúpido plan de ir a esa fiesta cuando lo hicimos y no más tarde. No quería quedarme, y si lo hubiéramos hecho, podríamos habernos encontrado en una situación aún peor.

Eva se había encontrado en una mala posición.

—¿A qué te refieres? —preguntó Eva.

—¿No te has enterado? —respondió Kelly, incrédula.

—¿Enterarme de qué? Vamos, Kel. Sabes que eres la única persona con la que realmente hablo aquí.

—Sí, pero está en todas las redes sociales. Irina fue atacada en esa fiesta.

Ahora estaba completamente alerta, pero aún mantuve los ojos cerrados para fingir que dormía. Por los sonidos de lo que Eva estaba haciendo, cerca del fregadero en la cocina, mi espalda estaría hacia ella.

—¿Irina? ¿Irina Petrov?

—Sí. Fue atacada en esa fiesta de la fraternidad. Una de sus amigas también fue violada.

—Oh, mierda —susurró Eva, preocupada e incapaz de ocultar la emoción que se filtraba en su jadeo.

—¿Fue violada en esa fiesta específica? —Eva aclaró su garganta, claramente incómoda.

A la mierda esto. Me senté, sin molestarme en fingir que no había estado escuchando a escondidas. Que no estaba dormido. Eva se sobresaltó cuando me levanté y me giré para enfrentarla tan repentinamente, pero no intentó esconderse. Su ceño permaneció fruncido con preocupación mientras me acercaba.

Presionó su dedo en la pantalla para silenciarla. —¿Y si esa mujer en el suelo de esa habitación es de la que está hablando?

Me encogí de hombros, sin comentar sobre esa preocupación. No tenía idea de quién era esa mujer desnuda e inconsciente. Probablemente había sido violada, y no sabía si era una de las amigas de Irina Petrov. —Mi prioridad era sacarte de allí —respondí sin rodeos. Pero ahora, con esta noticia de que Irina estuvo en la misma fiesta y también fue atacada, tenía que hacer de esto mi asunto. El ataque a la hija de nuestros rivales no era un asunto menor. Podríamos ser inculpados. O si esto era un ataque coordinado contra otra familia, necesitaríamos estar alertas y cautelosos como espectadores.

Activé el sonido del teléfono. —¿Está bien Irina? —pregunté.

Eva me frunció el ceño, tal vez molesta porque me estaba entrometiendo en su llamada.

—Oh. Lev. Hola. Um. Creo que sí. Las publicaciones y comentarios que vi esta mañana parecen implicar que no está en la clínica de salud. Así que tal vez sus lesiones fueron menores.

—Eva hablará contigo más tarde. —Terminé la llamada y me enfrenté a ella.

—Oye. No puedes simplemente colgar así. No había terminado de hablar con ella.

—Ahora sí. —Crucé los brazos—. ¿Viste a Irina en esa fiesta?

—No. —No se acobardó, y me encantaba jodidamente. Era audaz y fuerte para enfrentarse a mí. No estaba seguro de que algún hombre pudiera merecer jamás a una mujer de voluntad férrea como ella—. Kelly y yo solo queríamos ir y ver cómo era una de esas fiestas. —Su expresión cambió, volviéndose inexpresiva—. Puedes tacharlo como otra experiencia que quería tener bajo esta "falacia de independencia" que mencionaste.

—¿No estuviste allí mucho tiempo? —pregunté de nuevo, ignorando su actitud.

—No. Ella vino aquí, evadimos a Marcus-

La señalé. —Sobre eso.

—Sí, sí. No lo haré de nuevo. Tan pronto como llegué a esa fiesta, quise irme. Kel también.

Fruncí el ceño. *Interesante.* Se había esforzado tanto por escabullirse, y luego una vez que estaba fuera, ¿perdió el interés en esta independencia en la que había insistido? —¿Por qué?

Se encogió de hombros, bajando la mirada. —No lo sé. Todo parecía tan estúpido y mezquino. Todos se veían tan jóvenes.

—*Tú eres* joven.

Arqueó una ceja. —Pero lo suficientemente legal para que me desees.

Abrí y cerré la boca, y ella aprovechó mi vacilación para continuar.

—La gente en esa fiesta parecía tan juvenil en comparación con las personas con las que siempre me he relacionado. Hombres poderosos. Individuos con poder y dignidad.

Y capaces de violencia.

—Tal vez puedas considerar esto como una lección, entonces.

Ella resopló. —Oh, creo que todavía me estoy recuperando de la última lección que querías darme.

No la detuve cuando pasó junto a mí. Viéndola dirigirse a su habitación, suspiré y me pregunté cuán adolorido estaría su trasero por todas esas nalgadas.

—Tal vez puedas ver que realmente no perteneces aquí, Eva. Que no se supone que encajes con estos estudiantes universitarios ordinarios y supuestamente juveniles. Ya te elevas por encima de ellos. Ya has vivido una vida que ellos son demasiado blandos para sobrevivir jamás.

Ella se estremeció, sin responder. Sin embargo, sonó un golpe en la puerta, y la interrupción la distrajo de admitir que yo podría tener razón o de discutir.

Rurik entró. Miró entre Eva y yo, desconcertado mientras alternaba su mirada de uno a otro. —¿Estoy... interrumpiendo algo?

Me froté la cara con la mano. Honestamente, sí. Sentía que estaba interrumpiendo. Ahora que había probado a Eva, literal y figurativamente, no quería compartirla con nadie por ninguna razón.

Dios, estoy tan jodido. Esta posesividad se estaba saliendo de control.

—No —respondió ella.

Él me miró. —Necesitamos hablar.

Eva negó con la cabeza, dirigiéndose a su habitación. —Ya me voy. Ya me voy.

Sabía que era mejor no escuchar los asuntos familiares. Aunque era legítimamente parte de la familia, aún conocía su lugar.

Olvidó su lugar anoche. Conmigo.

—¿Estás bien? —preguntó Rurik, sacándome de la mirada perdida que tenía fija en su puerta cerrada.

—Sí. —Aclaré mi garganta y lo miré—. ¿Qué está pasando?

—Me llegó un informe de que Irina Petrov-

Levanté la mano para interrumpirlo. —Ya nos enteramos. Kelly la llamó y yo escuché la conversación.

Asintió. —Y una de sus conocidas fue violada en esa fiesta de la fraternidad.

—De nuevo, ya lo sabemos.

Sus cejas se arquearon. —¿*Sabemos*? ¿Tú y Eva están... juntos ahora?

Lo fulminé con la mirada. —No juegues con la maldita semántica ahora. ¿Hay algo más que deba saber?

—Sí. El hombre con el que encontraste a Eva era un soldado afiliado a la familia Ilyin.

¿Qué demo- Parpadeé, incapaz de contener la sorpresa total que me causó esa noticia. —¿Estás seguro?

Asintió varias veces. —Sí. Envié a un par de hombres a revisar la fiesta después de que llevaras a Eva a casa. Me aseguré de que Kelly también se fuera. Lo encontramos, pero huyó antes de que pudiéramos capturarlo.

—Entonces Irina y su amiga deben haber ido a esa fiesta después de que *tú* te fueras, ¿no? Si hubieran hecho un barrido del lugar, habrías notado a la hija de Petrov.

—Correcto —confirmó Rurik—. No la vi allí.

—¿Un soldado de los Ilyin? —Esto lo complicaba todo. Contaba con la presencia de los Petrov porque Irina era estudiante allí, pero ¿los Ilyin? ¿Qué asuntos tenían en ese campus universitario?

Mi primer pensamiento fue que estaban buscando a Eva.

O tal vez estaban allí para ir tras Irina Petrov.

De cualquier manera, esto no me gustaba nada.

—También...

—Mierda. —Le lancé a Rurik una mirada cansada—. ¿Hay más?

—El Jefe quiere que vuelvas a casa para reunirte con él. Le han llegado noticias de todo esto.

Me puse serio. —¿Incluso de cómo encontré a Eva? —Solo Rurik podría haberle contado esa parte.

—No. Él no sabe que ella casi fue...

Levanté la mano, sin querer siquiera oírle decirlo. Especialmente con Eva saliendo de su habitación, con el pelo cepillado y viéndose más arreglada. Dudaba que pudiera estar traumatizada por lo que pasó en esa fiesta después de que cambiáramos el rumbo de la noche juntos aquí.

—Pero el Jefe quiere que te presentes —me dijo Rurik, lanzando una mirada a Eva—. Creo que quiere tener tu opinión sobre todo lo que está pasando por aquí.

Miré fijamente a Eva, sin querer perderla de vista tan pronto. —Te vas a saltar las clases hoy.

Ella se cruzó de brazos. —¿Otra vez?

—Otra vez. Vas a venir conmigo a la reunión.

Cuanto más cerca la mantuviera de mí, menos me preocuparía por una amenaza inesperada que pudiera alcanzarla en mi ausencia.

Al menos, esa era la mentira que me decía a mí mismo. En realidad, no era más que una cuestión de quererla presente y a mi alcance, sin importar qué.

18

EVA

Que Lev me dijera que me saltaría otro día de clases era molesto. Esta vez, no estaba tratando de castigarme ni mantenerme encerrada en el apartamento como castigo. No. Ahora, quería llevarme de vuelta a casa.

Me puse tensa, preguntándome si lo que dijimos antes se estaba tomando como una señal de que renunciaría por completo a esta experiencia universitaria solo porque había admitido que me di cuenta de que esa fiesta de fraternidad no era un lugar donde quisiera estar ni algo en lo que deseara participar.

—¿No estarás planeando llevarme a casa y dejarme allí, verdad? —le desafié fríamente.

—Por el amor de Dios —murmuró—. No.

Hmm. No estaba segura de cómo interpretar esa respuesta. Anoche tuvimos sexo. Fue duro y rápido, una sorpresa total y una recompensa impulsiva en mi opinión, pero no pudo haber sido tan alucinante para él como lo fue para mí.

¿Realmente podría ser suficiente para que reconsiderara cómo me trataba y me veía?

—Vamos —ordenó bruscamente.

Ah. Ahí está. El Señor Imbécil.

Rurik me estudió por un momento más de lo que me hubiera gustado, y me preocupó que pudiera asumir cualquier cosa que se asemejara a la verdad de lo que sucedió en esta habitación anoche. Todos los soldados sabían que debía permanecer virgen para mi futuro marido, pero no había forma de que pudiera percibir que Lev se había llevado ese honor. Que yo había elegido a mi guardaespaldas para tener ese derecho sobre mi cuerpo.

—¿Qué? —pregunté, incómoda ante la idea de que alguien pudiera saber sobre Lev y yo. No hacía falta decir que teníamos que mantener esto en secreto. Obviamente.

—Nada. —Se dirigió hacia la puerta principal mientras Lev regresaba, poniéndose una nueva chaqueta sobre su traje. Todo negro. Oscuro y taciturno. Serio y severo. Los trajes siempre ayudaban a un hombre a verse bien, pero este hombre se veía mucho mejor rudo y listo para ensuciarse.

Para. Deja de pensar en eso.

Era más fácil decirlo que hacerlo. Obligarme a no pensar en lo bien que Lev me hizo sentir era imposible. Durante el viaje de regreso a la mansión donde vivían mi padre y mi tío, el silencio entre nosotros era tan pesado que era un milagro que no me quebrara. La tensión crecía entre nosotros, pero resistí el impulso de inquietarme y dejarle ver que me molestaba la velocidad vertiginosa de los pensamientos en mi mente.

No estaba preparada para discutir lo que sucedió entre nosotros anoche, así que *no* abordarlo parecía lo más seguro. En lugar de estresarme por lo mucho que quería aclarar mis opiniones sobre cómo me había tomado de manera tan terrible pero tan perfecta, dirigí mis pensamientos a lo que Kelly me había dicho. Y también a lo que Rurik le había compartido a Lev. No fue mi momento de mayor orgullo, pero había entreabierto la puerta para escuchar lo que decían.

Si Irina fue atacada en la misma fiesta a la que yo había ido, no era descabellado suponer que yo había sido el objetivo de una manera similar. Alguien claramente tuvo que haber elegido a Irina para atacarla porque representaba poder. Ella podía ser una ventaja. Era una *cosa* que importaba a la Familia Petrov, así que si alguien quería darles un mensaje a los Petrov, hacerle daño a ella era una forma válida de hacerlo. Del mismo modo, yo podría haber sido seleccionada para ser violada por quién era.

Cuando Kelly me preguntó si estaba en peligro al salir sin guardias, respondí vagamente. Por supuesto, estaría en peligro dondequiera que fuera. Podrían secuestrarme o matarme como un ataque contra la organización Baranov. Eso nunca había sucedido antes, pero ahora, tenía que admitir que mi necesidad de fingir independencia en la universidad podría ser ingenua y egoísta en ese sentido.

Me negaba a pensar que me estaba haciendo vulnerable al estar fuera de la mansión familiar, pero tenía que aceptar que Lev y los otros soldados eran los elementos clave para evitar tal vulnerabilidad descarada.

¿Quién estaría haciendo esto? Escuché a Rurik decir que mi potencial violador era un soldado conectado con la Familia Ilyin, pero ¿qué significaba eso con respecto a Irina y su amiga?

¿Están los Ilyin tratando de atacar ahora a las unidades Petrov y Baranov?

Nunca me había preocupado por los detalles más finos de toda esta política. Por un lado, no se me permitía saber tales cosas, aunque los chismes corrían libremente y me despedían cuando estaba al alcance del oído de aquellos que hablaban de *asuntos de negocios*. Y en segundo lugar, no quería llenar mi cerebro con los juegos de poder y las agendas de todos los hombres a cargo de nuestro mundo. Nunca podría decidir mi destino. No podía ofrecer opiniones ni ayudar en ningún plan sobre adquisiciones, quién hacía qué y dónde podían suceder los negocios. ¿De qué serviría molestarme con información que nunca tendría el poder de usar?

La política siempre importaba, pero para mí, existía en un segundo plano. No podía evitar preguntarme si Sonya y mi madre se habían ido para librarse de las capas de política e influencia. Si habían tenido que arreglárselas por su cuenta. Si habían logrado permanecer fuera del radar no solo del tío Oleg y las fuerzas Baranov, sino también de las otras familias rivales y los innumerables enemigos que vigilaban cada uno de nuestros movimientos.

¿Es siquiera posible extraerse de esa red? Si tal extracción pudiera lograrse, no estaba segura de si seguiría sus pasos. Porque con Lev rescatándome de ser violada en esa fiesta, me mostró cuán prometedor consuelo podían ser su fuerza y lealtad a la familia. Al mismo tiempo que podía detestar lo limitada que era mi libertad, no podía mentir y decir que no estaba a salvo.

Llegamos a la mansión, y traté de volver a la mentalidad de estar aquí para siempre, o hasta que me enviaran con un marido. Curiosamente, no rehuí al regresar a esta prisión de "hogar". El apartamento que compartía con Lev parecía más un hogar que este lugar, pero no quería pensar demasiado en eso.

—Espera aquí fuera —ordenó Lev mientras nos dirigíamos juntos hacia el estudio de mi tío.

—No lo haré —repliqué.

—Eva, me pidió verme a *mí* —argumentó mientras empujaba las puertas para abrirlas.

—Y se trata de *mí* —respondí con el mismo tono, fulminando con la mirada al sexy imbécil.

—Esto es un asunto de negocios —gruñó.

—Y yo-

—Buenos días a ustedes también —dijo el tío Oleg, con un ligero toque de diversión en su tono mientras nos observaba discutir.

Suspiré y me crucé de brazos. —No estoy segura de que lo llamaría una *buena* mañana.

—Solo malhumorada —dijo Lev, mirándome con el ceño fruncido.

—Qué maravilloso ver que se llevan espléndidamente —comentó el tío Oleg con ironía.

—No hay ningún 'llevarse bien' —dije, moviendo mi dedo entre mi guardaespaldas sexy y yo— sucediendo aquí.

—¿Es eso cierto? —preguntó, alzando las cejas hacia Lev.

—Sí, señor. Su sobrina es extraordinariamente difícil.

Mi mandíbula cayó, pero me contuve de quedarme boquiabierta y cerré la boca con tanta fuerza que mis dientes hicieron clic.

—¿Y tú eres extraordinariamente hábil, no es así? —preguntó con una risita.

Por primera vez en mi vida, sufrí el hechizo de un sonrojo. Mis mejillas se calentaron, y me obligué a mantener la compostura.

¿Hábil? Oh, ciertamente es hábil. *Con su boca, su lengua. Con esos dedos y manos. Y ese grande y largo-*

—Eva —dijo Oleg, haciéndome estremecer mentalmente ante su atención sobre mí con mis pensamientos en la cuneta—, compórtate.

¿Y si no quiero? ¿Solo para que tu soldado favorito pueda disciplinarme tan bien de nuevo?

—Lo intento —respondí secamente, optando por el sarcasmo en su lugar—. Sin embargo, la idea

de que nuestros rivales estén en el campus y potencialmente apuntándome no es una buena noticia para quedarse sentada. Ser presa me vuelve voluble.

Lev puso los ojos en blanco. —Naciste para ser voluble.

—Y tú-

—Por el amor de Dios —masculló mi tío—. ¿A qué te refieres, Eva?

Mierda. Me metí en esa. No podía saber si él sabía que casi me habían violado en esa fiesta.

Lev vino a mi rescate de nuevo. Habló por encima de mí, ocultando mi momento de *oh, mierda*.

—Eva también estuvo presente en la fiesta y un soldado Ilyin intentó molestarla.

El tío Oleg asintió. —Sí, los informes me fueron entregados temprano esta mañana.

—Bueno —dije, aliviada de que no hubiera oído sobre el intento de violación—, tal vez me apuntó porque soy tu sobrina. Como un ataque a la familia. Esa es la única razón por la que alguien podría haberme apuntado. Y ni siquiera soy alguien especial. Solo tu sobrina.

—¿*Solo* mi sobrina? —preguntó, resoplando una vez—. Eres la única princesa de la Mafia en la Familia Baranov.

—Hmm-mmm. —Entrecerré los ojos mirándolo—. Y si tengo tanta importancia, ¿por qué cambiaste de opinión sobre dejarme ir a la universidad?

Se encogió de hombros.

—¿Qué está pasando realmente? —Todo tenía que estar relacionado: su repentino cambio de corazón para darme un poco de libertad en la correa que me encadenaba a él y las expectativas de las que nunca me libraría.

—Eso está por determinarse, Eva —respondió secamente. Luego sacudió la cabeza, poniéndose de pie—. Vamos, desayunemos y pongámonos al día.

Lev me lanzó una mirada sucia cuando mi tío se giró para salir de la habitación.

Le devolví una sonrisa burlona.

19

LEV

No podía recordar la última vez que una comida había transcurrido de manera tan agónicamente lenta. Tan incómoda.

Este desayuno con Oleg lo logró.

En lugar de llevarnos al comedor, nos indicó que lo siguiéramos hasta el solárium. Allí había una pequeña mesa repleta de platos. Se sentó en un sillón mullido, indicándonos claramente que Eva y yo nos sentáramos en un sofá de dos plazas.

Era una mujer delgada, menuda y más baja que yo. Pero a su lado en este pequeño mueble que podría haber sido más apropiado para mí solo, como una silla individual, era muy consciente de su presencia.

Su muslo rozaba el mío. Cada vez que se estiraba para alcanzar su vaso de agua, irónicamente yo me inclinaba al mismo tiempo para coger otra cosa.

Anoche, cuando estaba en mi regazo, estábamos coordinados. No podía distinguir dónde terminaba ella y dónde empezaba yo, tan estrechamente unidos y encajando perfectamente. Como en un baile, nos movíamos al unísono como uno solo.

Aquí, con el Jefe comiendo y bebiendo su café frente a nosotros, ella estaba torpe e incapaz de mantener el equilibrio.

Cada roce de su cuerpo contra el mío la sobresaltaba. Cada ocasión en que me miraba de reojo era un testimonio de cuánto debía estar recordando la última vez que nos sentamos juntos en un mueble.

Y todas las pequeñas señales que no podía ocultar se combinaban para convencerme de un gran hecho.

Me deseaba de nuevo.

Quería más conmigo.

Era lo último que necesitaba tener en mente en esta tensa comida con su tío. Mi líder. El Jefe.

Finalmente, se rindió en su lucha por no mirarme cuando derribó su vaso y derramó el agua. Sin

pensar en cómo la afectaría de otras maneras, le ofrecí una servilleta para secar la humedad en sus vaqueros. Mis dedos no se habían acercado en absoluto a su coño, pero se estremeció y balbuceó mientras se ponía de pie de un salto. Cualquier toque deliberado de mi parte era demasiado para ella.

—Y-Yo... Solo... No. —Negó con la cabeza mientras salía del solárium, y me negué a verla marchar.

Oleg no habló durante varios minutos. Limpiándose la boca y terminando su café, se tomó su tiempo.

—¿Qué está pasando? —preguntó con calma, como si fuera un hecho.

—¿Hmm? —Lo miré, sabiendo al instante que había notado su incomodidad mientras estaba sentada a mi lado.

—Pareces distraído.

Agaché la cabeza mientras alzaba las cejas. —¿*Yo*? —Me señalé innecesariamente. *Ella* era la distraída, tropezando sobre cómo actuar como una mujer normal que no me deseaba. Odiaba admitir que era... entrañable. Ver el efecto que tenía en ella se me subió a la cabeza. Y también a la de abajo.

—Sí.

Tragué saliva y me limpié la boca con la servilleta antes de dejarla por última vez. Dependiendo de sus comentarios sobre lo que creía ver gestándose entre su sobrina y yo, podría perder el apetito para comer más después de esta conversación.

—¿Eres capaz de concentrarte en esta tarea? —preguntó.

—Por supuesto, señor.

—No me sorprende que se resista a la presencia de seguridad —añadió—. Sin contar los incidentes que ocurrieron anoche...

—Es reacia a que se le den órdenes, pero las está tomando con calma.

Arqueó una ceja, aún demasiado pensativo y reflexivo para mi gusto. O quizás simplemente estaba entretenido y disfrutando de la repentina torpeza de Eva. —¿Te está tomando *a ti* con calma?

Diablos, tenía que decirlo así. ¿*Tomándome*? Esa frase me golpeó como un puñetazo en el estómago. *Oh, ella me* tomó *muy bien anoche.*

—Sí, señor —respondí.

Cuando me asignó para vigilar a Eva, había querido pedir que alguien más se encargara de la tarea. Ahora, desde que me había acostumbrado a tenerla cerca y quererla conmigo, incluso en mi regazo con su dulce trasero marcado de rojo por mi mano, no podía soportar la posibilidad de que me ordenaran dejar el trabajo.

Escuchar al Jefe cuestionarme y ponerme en aprietos así me molestaba. Y me preocupaba. El

momento se volvió tenso e incómodo, y eso sin Eva aquí para ser adorablemente torpe.

—Estoy comprometido a servir siempre a la familia —dije con lealtad y honestidad—. Sin importar la tarea o el trabajo. —Me había llamado un soldado extraordinario antes, y agradecí el cumplido. Me había elogiado diciendo que era hábil.

Había servido a Eva anoche, de la manera de darle un placer intenso que ella no había sabido pedir más que actuando.

—Por supuesto. Por supuesto —respondió Oleg. No hablaba con desdén, como si estuviera desechando mis preocupaciones, pero nunca podía estar seguro de cuán leal sería conmigo. Como uno de sus hombres.

Si no me hubieran acogido como huérfano, si hubiera nacido en la familia en algún grado distante, no me habría sentido como un extraño merodeando al borde del grupo naturalmente unido de los Baranov.

Una sensación de pertenencia verdadera era algo con lo que soñaba. No importaba qué tipo de sacrificios hiciera ni cuántos, siempre recordaría la identidad perdida de ser un don nadie.

—Confío en que *siempre* harás lo correcto por la familia, Lev —dijo Oleg mientras se reclinaba en su silla. Me miró de cerca, pero yo sabía que era mejor no retorcerme ni mostrar una sola señal de incomodidad bajo su escrutinio.

Un asentimiento fue todo el reconocimiento que pareció necesitar de mí. Sin saber cómo podría terminar este tema de manera apropiada y rápida, comencé a explicar mis opiniones y pensamientos sobre lo que había sucedido en el campus. No me impartió muchos detalles, al menos ninguno nuevo.

Sin embargo, pronto me pidió que me retirara y salí en busca de Eva.

Ella estaba sentada, leyendo, pero me miró con tanta esperanza ardiendo en sus ojos azules que no pude soportar la presión de que me buscara. De que me deseara y pareciera interesada en estar cerca de mí otra vez.

Esto no puede continuar.

Si el Jefe ya estaba notando algo que se cocía entre nosotros, no tardaría en sacar conclusiones. Sobre su pureza. Sobre mi deseo por ella o su necesidad de mí. Una atracción que se encendía y ardía tan rápida e intensamente como lo hizo entre nosotros sería el fin de mi esperanza de pertenecer aquí. Oleg Baranov no me perdonaría por tomar algo que nunca debió ser mío.

Solo un trabajo.

Ella es solo un trabajo.

Lo de anoche fue un error de juicio, uno que compartimos, pero tenía que ser el único y último error que me permitiría.

Si esta reunión con Oleg me había mostrado algo, era que tenía que retirarme. Tenía que ignorar esta necesidad de tenerla y mantener las cosas estrictamente profesionales entre nosotros. Ella era mi responsabilidad y yo era su guardaespaldas.

Si no mantenía la vista en el juego y me enfocaba solo en mantenerla viva y segura, sería solo cuestión de tiempo antes de que me echaran de la familia, la única que alguna vez sentí que tenía.

—Eva, lo que pasó entre nosotros anoche...

Ella me hizo callar mientras salíamos juntos de la casa, mirando por encima del hombro, claramente preocupada de que alguien pudiera oírme.

—No podemos hablar de eso.

Asentí, apreciando su franqueza con una punzada de dolor. No había contado con que me rechazara. A menos que solo estuviera preocupada por tener una discusión sobre nuestra intimidad mientras estábamos *aquí*, donde residía el Jefe.

Me tomé en serio su declaración.

Durante el viaje de regreso al campus universitario, no hablé en absoluto. Volvimos al silencio tenso y cargado que mantuvimos en los primeros días de este arreglo.

Me ponía los nervios de punta tener que abstenerme incluso de mirar en su dirección, cortar los lazos de querer darle mi atención.

Pero ya era más que hora de recordar las verdades más duras que jamás había enfrentado.

Ella no es tuya.

Es solo un trabajo.

Nada más.

Ninguna otra falsedad había hecho que mi pecho doliera como lo hacían estas, pero esa sería mi carga privada que llevar.

Solo.

20

EVA

Lev se alejaba de mí cada día más desde que me llevó a casa para que me reportara con mi tío. Distante y apenas dirigiéndome la palabra, volvió a ser el imbécil gruñón y poco comunicativo que era cuando empezó este semestre.

Atrapada en el apartamento con él, día tras día, el incómodo anhelo de estar cerca de él me afectaba. Estábamos tan cerca. Al alcance. Siempre presentes. Sin embargo, él se mantenía distante. No hablábamos de nada. Ni de estos acontecimientos sobre el ataque a Irina, la violación de su amiga, ni del hecho de que un soldado Ilyin había intentado forzarme. Tampoco entablamos una conversación sobre cómo habíamos tenido sexo en el sofá.

Tiene que ser eso.

Tenía que estar reaccionando con arrepentimiento después de haber tomado mi virginidad.

Quizás el tío Oleg habló con él después de que yo no pude soportarlo más.

Hundida en mi asiento en otra sala de conferencias, no lograba concentrarme en lo que el profesor explicaba monótonamente. Todo lo que podía pensar era en cómo había luchado con la proximidad de Lev en ese diminuto sofá de dos plazas en el solárium la semana pasada. Había estado tan cerca. Su olor invadía mi nariz y alteraba mis sentidos. Todo su calor corporal me invitaba a acurrucarme contra él y buscar más de sus caricias que los roces accidentales de mi pierna contra la suya. Había estado apretada junto a él tan pronto después de que dominara mi cuerpo la noche anterior que me sentí sin preparación para resistirme.

Salí de esa habitación acalorada, tan abrumada por mi incapacidad de ignorarlo y por cómo me excitaba.

El tío Oleg no era estúpido. No era ciego. El jefe Baranov era muy perceptivo y tenía que haber notado lo terriblemente que luchaba por no mostrar mi conciencia del imponente y sexy guardia a mi lado.

Incluso si le dijo a Lev que se mantuviera alejado y que no me pusiera las manos encima, Lev no habría revelado nada. No le habría dicho a mi tío que había tenido sexo conmigo, que ya era demasiado tarde para que lo advirtieran sobre mí. Lev no era tan tonto como para admitir que él, que nosotros, habíamos hecho lo impensable y prohibido.

¿Es por eso que mantiene su distancia?

Tal vez se estaba golpeando a sí mismo y odiando haber hecho algo que sabía que no debería haber hecho. Si el tío Oleg lo regañó, eso definitivamente lo pondría de mal humor como este.

¿O significó tan poco?

Me despreciaba por cómo mi confianza se hundía de esta manera. Los problemas de autoestima nunca me habían afectado. Estaba protegida, sí, pero sabía quién era. Era fuerte en mi sentido de identidad, y aunque claramente era inexperta como virgen, estaba segura de que Lev había disfrutado tomarme como lo hizo. Fui testigo de lo afectado que estaba, de cómo había estado luchando por mantener el control. Se había quebrado, por mí. Había cedido, como yo, debido a lo mucho que me deseaba.

No puede arrepentirse...

Yo no lo hacía, y me preocupaba la posibilidad de que él pudiera hacerlo.

Lev me llevaba quince años. Era un hombre duro que había vivido viciosamente. No quería imaginar el número de mujeres que había tenido antes que yo porque era solo una prueba de que yo no podía estar a la altura de ellas.

Aunque solo me hablaba con gruñidos y órdenes de una o dos palabras mientras actuaba como nada más que un guardaespaldas inflexible, detecté ese resentimiento original que había albergado hacia mí desde el primer día de mi experiencia universitaria.

Tenía que verme a través de un filtro. Que yo seguía siendo la mujer más joven y mimada que era tan codiciosa y trivial como para querer asistir a la universidad. Lo que me molestaba más en ese sentido era cómo estaba llegando a entender que esto realmente era inútil. Todavía estaba interesada y emocionada por mi clase, pero la idea de que todo sería en vano era un infierno de arrastre para tolerar.

¿Cuál es el punto ya?

Era casi como si mi experiencia con Lev, perder mi virginidad y sentirme tan condenadamente liberada y libre después de que me hiciera llegar de manera tan épica, superara cualquier experiencia que pudiera obtener siendo una estudiante universitaria no tan independiente.

Podía ejercitar mi mente cuando quisiera. Leer e incluso tomar cursos en línea podría ayudar mucho a mantener mi mente aguda.

Pero a raíz de que Lev me tocara y me mostrara cómo podría ser estar en el centro de su atención, no tenía idea de cómo proteger mi corazón. Mi alma.

Sí, no. No vamos a ir por ahí.

Sacudí la cabeza, irritada de que pudiera estar dejando que mis pensamientos vagaran en el reino de los *sentimientos*. Del amor. Me sentía atraída por Lev, y quería mucho más de esa intimidad perversamente caliente con él, pero era solo físico. Tenía que serlo.

No había espacio para el concepto de amor en mi vida.

—¿No es esta noche tu grupo de estudio en la biblioteca? —preguntó más tarde esa noche en el

apartamento.

Suspiré, haciendo una pausa en mi camino de la cocina a mi habitación, donde pasaba la mayor parte del tiempo para evitar el dolor de que él me alejara.

—Lo es, pero Kelly dijo que no iría, así que no quiero ir —me encogí de hombros, divertida de que esta fuera la conversación más larga que habíamos tenido en toda una semana.

Como si mencionarla fuera una señal, mi teléfono vibró con una llamada. —Oh. Tal vez esté cambiando de opinión sobre eso —continué hacia mi habitación, sin querer mirar a Lev cuando estaba decidido a ser tan duro y rígido conmigo.

—¿Hola?

—Hola, ¿Ava? —preguntó una mujer.

No era Kelly, aunque su nombre aparecía en la pantalla. Fruncí el ceño, deteniéndome antes de llegar a la puerta de mi habitación. —Eva —corregí—. ¿Quién es? ¿Y por qué tienes el teléfono de Kelly?

—Soy Laura. Mi habitación está al final del pasillo de la de Kelly. Estás listada en el sitio web como su compañera de cuarto, así que usé el reconocimiento facial para desbloquear su teléfono y llamarte.

—¿Qué está pasando? —me tensé, sabiendo sin necesidad de más información que algo tenía que estar mal.

—Mi amiga y yo encontramos a Kelly en las duchas. Parece que la han drogado. No sabía a quién más llamar y no quería decírselo a la supervisora del dormitorio. Son unas arpías aquí con cualquier mención de drogas o alcohol.

—¿Está despierta? —Me sobresalté cuando Lev se acercó por detrás, tomó mi teléfono y lo puso en altavoz. Lo miré con furia, odiando esta invasión de mi privacidad, pero estaba demasiado concentrada en las noticias sobre Kelly como para preocuparme por su actitud prepotente.

—Está como despertándose —dijo Laura—, pero está totalmente ida. Tuvo que haber tomado algo. Eres el único contacto en su teléfono que no es un número de la escuela, así que pensé... No sé. Que podrías ayudar.

—Sí. Por supuesto. Yo... —Fruncí el ceño al ver a Lev cerniéndose sobre mí. La preocupación cubría su rostro mientras escuchaba atentamente la llamada—. Iré a ayudarla.

Laura me dijo que se quedaría con Kelly en el baño del dormitorio hasta que yo llegara, y que mantendría alejada a la supervisora. Tan pronto como terminé la llamada, Lev reaccionó.

—¿Cuándo pudo haber tomado algo? —exigió saber, cortante, directo y profesional. Era un individuo que tomaría el control y dominaría cualquier situación. Así era él y para eso lo habían entrenado como un soldado Baranov letal y poderoso.

Pero intenté lo mejor que pude aplastar este destello de frustración hacia él, esta punzada de celos.

Toda la semana había estado frío y distante conmigo, ¿pero en el momento que escuchó que

Kelly necesitaba ayuda, salía de esa distancia?

—No lo sé —le dije mientras agarraba mi abrigo—. Pero pienso averiguarlo.

Puede que no supiera cómo manejarle ni cómo navegar lo mucho que habíamos cambiado las cosas entre nosotros desde que tuvimos sexo. Pero tenía claro y estaba decidida a ayudar a mi única amiga en su momento de necesidad.

21

LEV

—¿Cuándo pudo haber sido drogada? —le pregunté a Eva mientras se ponía el abrigo.

No me moví hacia la puerta, bloqueándole el paso.

—No lo sé. Vamos, salgamos ya.

Entrecerré los ojos, sospechando que esto podría ser una trampa. Una distracción. Algo para hacer que Eva abandonara la seguridad de este apartamento. La distancia entre nosotros y los del campus era una condición que yo controlaba.

No estaba aquí para proteger a Kelly. Eva era mi responsabilidad.

No se esperaba que dejara todo lo que estaba haciendo para ir al rescate de Kelly. Solo al de Eva.

Demasiadas cosas me molestaban de esta situación, y había aprendido por las malas lo imprudente que podía ser ignorar mi instinto.

No conocía a esta mujer que llamó para decir que Kelly estaba fuera de sí. Podrían haberle pagado para hacer esa llamada. Podría ser un peón. Todo podría ser un truco.

—Vámonos, Lev —insistió.

—Quizás sea mejor que lo maneje el supervisor del dormitorio.

—¡Maldita sea! —Extendió los brazos y gruñó—. ¡Es mi amiga! Si necesita ayuda, ¡la ayudaré!

—No estoy tan seguro de que alguna vez debieras haberte hecho amiga de ella.

Se puso rígida, irguiéndose mientras clavaba su furiosa mirada en mí.

—Voy a ayudarla.

—No estás en posición de decirme qué hacer.

—¡Bien! —gritó, caminando hacia la puerta principal y perdiendo el interés en pelear conmigo —. *Tú* quédate aquí. Haz lo que te dé la gana. Sé taciturno y mudo. Me importa un bledo. Es agotador soportarte.

Golpeé con la mano la puerta que ella había abierto, mirándola ceñudo mientras alcanzaba mi

abrigo.

—No te irás sin mí.

Gruñó, mostrando los dientes mientras luchaba por no perder más los estribos conmigo. Tenía razón. Esta extraña distancia que intentaba mantener entre nosotros era agotadora. Mi deseo de acercarme a ella y tener una fracción de esa ardiente cercanía que compartimos antes me agotaba.

—Entonces ven conmigo. *Yo* voy a ayudar a mi amiga.

Me puse el abrigo mientras salíamos, casi juntos. Ella salió más rápido que yo, pero me las arreglé para meterme en las mangas sin quedarme atrás.

—Sigo sin estar seguro de que debieras ser amiga de ella.

—¿Por qué? ¿Porque no soportas la idea de que tenga algo bueno en mi vida?

—¿Quién dice que es buena?

Ella gimió y se estremeció después de entrar en el ascensor.

—¿Qué? ¿De qué se trata esto? ¿Es por la noche que me escapé? Eso no es culpa de ella. Fue mi decisión.

—No —respondí secamente mientras le enviaba un mensaje a Rurik diciéndole que nos dirigíamos al campus y que Kelly necesitaba ayuda en los dormitorios—. Porque no estoy convencido de que debas ser amiga de alguien como ella.

—¿Alguien como ella? —repitió con un eco desagradable mientras se cruzaba de brazos en el trayecto hacia el garaje—. ¿Qué demonios significa eso? ¿Qué tipo de prejuicio sesgado y estúpido tienes contra ella?

—Rurik y yo la investigamos —expliqué.

—No me digas. Tienen que investigar a todos los que se atrevan a hablarme. Todos mis compañeros de clase con los que estudio. Los profesores. Los asistentes.

—Porque es mi trabajo. Es mi puto trabajo mantenerte protegida —la regañé mientras nos apresurábamos a salir del ascensor hacia mi coche—. Las amenazas pueden acechar en cualquier parte, Eva. Sabes esto.

—Soy consciente de los peligros que se me imponen solo por haber nacido Baranov —respondió con sarcasmo.

Negué con la cabeza mientras subíamos al coche, irritado por cómo podía expresarlo así. Que era una maldición, no una bendición, *tener* una familia. Pertenecer. Yo nunca la tuve.

—Pero no logro ver qué podría ser tan peligroso y malo en Kelly que te haga estar tan decidido a interponerte en mi amistad con ella.

Aceleré, enfurecido porque Eva siempre sería así de combativa conmigo. Pelear con ella a menudo terminaba pareciendo un retorcido juego de deseo. Este tira y afloja me llevaba a desearla más. En este asunto, sin embargo, no me gustaba cuánto podía estar equivocado.

—Viene de un mal entorno.

—Sí, de hogares de acogida. Nunca estuvo realmente con una familia por mucho tiempo —respondió.

—Pero sus padres biológicos son drogadictos. Han estado afiliados a una pandilla en Brooklyn.

Ella negó con la cabeza.

—Kelly no, sin embargo.

—Tal vez, tal vez no.

—Ella no es una enemiga, Lev. Nunca ha estado asociada con su familia. La pusieron en el sistema.

—Eso aún no es suficiente para que confíe completamente en ella.

—Qué lástima —Soltó una risa seca—. Yo sí. Y voy a ayudarla te guste o no.

—No se trata de lo que quieras —le recordé.

—¡Lo sé! Porque Dios no permita que yo quiera algo, ¿verdad? No tengo poder sobre mi vida. No puedo tomar decisiones sobre lo que quiero o no quiero. ¡No tienes que recordarme lo jodidamente impotente que soy!

Mantuve la boca cerrada. Estuve a punto de advertirle sobre hablarme así y darme problemas. No estaba indefensa. Era una figura de fuerza solo por ser una Baranov. Tenía poder sobre mí, atrayéndome a desearla aunque nada en nuestras vidas pudiera indicar que eso fuera una posibilidad.

—¿Quieres quitarme la *única* amiga que he hecho solo para poder dominarme y privarme de algo bueno? ¿Eh? —Se volvió para gruñirme, olvidando ese comportamiento gélido y dejándome ver toda la ira que no podía contener.

En esos ojos azules tan brillantes de enojo, sin embargo, vi lo herida que estaba también.

Que esto importaba.

Más que un acto de desafío, era un medio para hacer una amiga y mantenerla. Una amiga de *su* elección, no una compañera dentro del mundo de la mafia.

En lugar de explicar todo lo que pasaba por mi cabeza, opté por el camino fácil y no dije nada. No había ensayado qué decirle. Era automático decirle lo que podía y no podía hacer. Darme cuenta de que me importaba que ella no se sintiera tan atrapada e impotente era una anomalía que necesitaba más tiempo para considerar.

Estacioné frente al edificio de dormitorios y examiné los alrededores mientras Eva y yo nos apresurábamos a entrar. No había nadie que representara una amenaza, pero cada vez que estaba en el campus con ella, sentía que nos observaban. Había cámaras por todas partes. Entre la multitud, cualquier acosador podría pasar desapercibido. Sin embargo, me tranquilizaba quedarme justo detrás de ella y sentir el peso del arma que llevaba bajo el abrigo.

Eva nunca había estado aquí, siempre en el apartamento, así que contaba con que estuviera confundida sobre qué camino tomar.

—Quinto piso —le indiqué. *Yo* conocía el piso. Tenía esa información porque había inspeccionado el lugar para determinar que no sería lo suficientemente seguro. Eva nunca se mudó con Kelly, pero no había olvidado ese detalle.

Subimos en el ascensor en silencio, y la quietud me carcomía. Mis nervios se sentían destrozados y desgastados por esta necesidad de cerrar la brecha y la desconexión que se extendía entre nosotros.

Pero ella es solo un trabajo.

Es solo una misión.

Se suponía que no debía importarme más allá de eso, pero desde que habíamos difuminado los límites al tener relaciones sexuales, y desde que había acogido el encanto de su compañía, había empezado a importarme a un nivel más personal del que quería admitir.

Las puertas del ascensor se abrieron en el piso correcto, pero me adelanté a ella, saliendo primero. Si alguien estaba esperando para atraparla, tendría que pasar por mí para llegar a ella. Eva no protestó, pero la presión de su mano en mi espalda me instó a apresurarme más.

—Lev.

Me giré al oír la voz de Rurik. Aparentemente nos había ganado, subiendo por las escaleras en lugar de tomar el ascensor como nosotros.

—¿Dónde está? —preguntó mientras corría por el pasillo hacia nosotros.

Eva agarró la parte trasera de mi camisa y luego señaló una esquina donde se cruzaban los pasillos.

—El letrero dice que es por allá.

Cambiando nuestra ruta, nos dirigimos hacia la puerta de los baños del piso, encontrándonos con Rurik en el camino.

—Déjame...

Levanté el brazo para impedir que Eva se adelantara.

—Es un baño de mujeres...

—No me importa.

Rurik se quedó detrás de ella, con la mano cerca de su arma mientras yo sacaba la mía de la funda.

Entonces, y solo entonces, entré, ignorando la mirada furiosa de Eva por haberla retenido.

Podía ceder y ayudarla, pero nunca sin protegerla primero.

22

EVA

—¿Kelly? —llamé mientras me quedaba detrás de Lev. Él entró con su arma apuntando hacia adelante mientras avanzaba por el primer pasillo de los baños comunitarios.

Mi voz hizo eco contra las paredes de azulejos, pero nadie respondió.

—¿Laura? —intenté en su lugar.

—Sí. Aquí. ¿Ava? —respondió desde un pasillo a la izquierda.

—Eva —corregí, sin que realmente me importara. Todo lo que me preocupaba era encontrar a Kelly y asegurarme de que estuviera bien.

Rurik permaneció detrás de mí, pero escuché el crujido de su abrigo al alcanzar rápidamente su arma. Lev también se tensó frente a mí.

Laura apareció a la vista, saliendo de un cubículo, y gritó.

Caminar hacia un hombre alto que fruncía el ceño y sostenía un arma probablemente no era lo que esperaba. Ahora que la veía cara a cara, la recordaba de una de mis clases.

—Está bien —dije, empujando a Lev para acercarme.

—¿Llamaste a seguridad? —exigió, frunciendo el ceño a Lev y Rurik mientras bajaban sus armas. Se llevó una mano al pecho—. No creo que Kelly quiera que el supervisor del dormitorio se entere de esto. Lo complican todo y actúan como si fueras un criminal si bebes aunque sea una cerveza.

—Están conmigo —dije, sin detenerme hasta que encontré a Kelly tirada en el suelo de un cubículo de ducha. Parpadeaba aturdida, demostrando que estaba viva, pero agarré otra toalla para cubrirla. Estaba temblando, con el pelo húmedo y la piel empapada. Otra chica estaba cerca, frunciendo el ceño y estresada por no saber qué hacer.

—Entramos y la vimos así, en el suelo.

—¿Kelly? —Me arrodillé, enfadada porque Lev intentaba tomar el control. Rurik también lo hizo, amontonándose en el cubículo. Me sentí impotente, viendo cómo controlaban la situación. Rurik la envolvió más fuerte con las toallas, pareciendo buscar heridas alrededor de su cabeza y

cuello. Lev presionó sus dedos bajo su mandíbula para controlar su pulso.

—Eva. Yo... Estaba tan enferma y yo... —Hizo una mueca, pareciendo encogerse de lado como si le doliera mucho el estómago.

—Vale. Vale. Estoy aquí.

—¿Se cayó? —preguntó Rurik a Laura y a la otra chica.

Ambas se encogieron de hombros. —No lo sé —dijo Laura.

—Solo la vimos acurrucada en el suelo —respondió la otra.

—La llevaré a la clínica de salud —afirmé.

—No. No lo harás —argumentó Lev.

No pude soportarlo. No podía manejar que intentara darme órdenes ahora mismo. No así. Kelly necesitaba ayuda. Necesitaba atención médica. Esto no se trataba de *mí*, en absoluto, y mi furia ardió más intensamente porque intentara impedir que la apoyara.

—Yo lo haré —dijo Rurik, levantándola en sus brazos. El agua se deslizó, goteando en finos riachuelos de su cuerpo mojado. Kelly gimió, reaccionando al ser movida, pero Rurik no se esforzó por sacudirla. Su rostro estaba marcado por la preocupación mientras se ponía de pie.

—Adelante —le dijo Lev, como si nada. Asintió una vez y le hizo un gesto para que saliera.

¡Espera! ¿Qué? —No. Debería estar con ella y...

Lev se giró para mirarme con furia. —He dicho que no irás con ella.

Mi corazón se aceleró cuando la ira se disparó. —No me importa lo que digas.

Sin embargo, me agarró de la mano, tirando de mí para seguir a Rurik fuera del baño sin darme la oportunidad de discutir. Con su teléfono en la oreja, ordenando a otro hombre de su equipo que estuviera cerca para ayudar a Rurik a llevar a Kelly a la clínica de salud al otro lado del campus lo más rápido posible, me mordí la lengua y dejé que mi furia se incubara. En cuanto estuviera a solas con este controlador prepotente, le haría saber exactamente lo que pensaba de que dictara cómo se desarrollaría la emergencia de mi amiga.

Necesitaba saber que estaba bien. Quería los detalles sobre lo que le había pasado para que estuviera temblando y débil en el suelo así. Debería estar allí para consolarla, para simplemente estar presente y hacerle saber que no estaba realmente tan sola como temía estar en este mundo.

Pero Lev tenía otros planes. Porque por supuesto que los tenía.

Me dirigió directamente de vuelta a su coche. Abriendo la puerta, me miró con furia para que me sentara.

—Estás...

Cerró la puerta antes de que pudiera terminar.

Gruñendo y hirviendo mientras rodeaba el coche, intenté respirar a través del aumento de

emociones turbulentas que amenazaban con apoderarse de mí.

Tan pronto como se sentó en el asiento del conductor, arremetí. —Deja de intentar mantenerme alejada de ella.

—No necesitas estar con ella en la clínica. No hasta que sepa que esto no es una artimaña para llegar a ti.

—Tú no sabes lo que necesito —grité.

Tomó la siguiente curva más bruscamente que la anterior, y me agarré al reposabrazos mientras aceleraba de vuelta al apartamento.

La última vez que intentó mostrarme lo que creía que necesitaba, terminé medio desnuda y llena de su polla. Con las marcas de sus manos salpicando mi trasero. Después de su distancia malhumorada conmigo durante toda la semana, sabía que era mejor no contar con que esa dicha volviera a suceder. Pero me condenaría si intentaba actuar como si me conociera. Como si él, solo, pudiera entenderme lo suficiente como para determinar mis putas necesidades.

—Y una mierda que no.

El resto del viaje de regreso pasó como un borrón. Mientras él conducía, mirando fijamente al frente y aferrándose con fuerza al volante, yo le di guerra. Sin parar de despotricar, mantuve una letanía ininterrumpida de quejas sobre su actitud. Sobre cómo él no era mi dueño. Sobre lo equivocado que estaba al pensar que sabía decidir lo que era mejor para mí. Y sobre cómo tenía que dejar de actuar como si fuera mi propietario y yo tuviera que hacer lo que él considerara apropiado. Me quedé sin aliento por el volumen de mi voz, y no aflojé lo suficiente para inhalar mientras soltaba todos mis agravios. Al final, para cuando él se detuvo y aparcó bruscamente en el garaje, ya no era una sarta de quejas sobre él específicamente, sino más bien una sesión de desahogo sobre lo atrapada que había estado toda mi vida. Sobre cómo siempre había estado tan condenadamente controlada.

Si alguna vez hubo un punto de llegar al límite, este era el mío. Exploté. Y cuando me agarró de la muñeca y me obligó a seguirlo dentro del apartamento, me sentí agotada y cansada. Débil y derrotada.

No podía creer que hubiera perdido los estribos de esa manera, gritándole y recriminándole cómo había manejado esta situación con Kelly. Él no se había inmutado ni reaccionado ni una sola vez durante todo el camino hasta aquí, silencioso y taciturno.

Ahora, después de gritar así, mi ánimo se hundió. Podía protestar y llorar todo lo que quisiera, pero no tenía sentido. Nada de lo que dijera cambiaría las cosas. Si las cosas seguían su curso, sería el momento de que él volviera a ser el guardaespaldas distante y enfadado.

Cuando cerró la puerta tras de mí, puso la mano en el panel y me impidió avanzar. Nos separaban unos centímetros. Su intensa mirada se clavó en mí, y me negué a hablar primero.

Era su turno. Era hora de que respondiera a cualquiera de esas diatribas que había desatado sobre él.

—Sé lo que necesitas, Eva.

Puse los ojos en blanco, recostándome contra la puerta.

—Sé lo que quieres. Estás decidida a tener una independencia que nunca estuvo destinada a ser tuya. Estás empeñada en abrazar experiencias que son inferiores a los privilegios que tienes. Y eres demasiado terca para admitir que a veces no se trata de lo que quieres, sino de lo que te mereces.

—Oh. ¿Y qué es eso? —respondí con descaro, entrecerrando los ojos—. ¿Qué es lo que "merezco"?

—Orientación. —Dio un paso más cerca. Casi pegado a mí, me rodeó hasta que quise apoyarme en él. El calor de su cuerpo. El olor de *él*, todo masculino. La estabilidad de su cuerpo fuerte y duro.

Tentada a borrar esta escasa distancia entre nosotros, me mordí el labio e intenté no respirar con demasiada fuerza.

—Necesitas la orientación para domar tu pasión —dijo, bajando la voz mientras miraba mis labios. Levantó la mano y el brazo. Al primer toque de sus dedos en mi mandíbula, y luego más atrás mientras acunaba el lado de mi cara, me derretí. Inclinándome hacia él, suspiré e intenté recordar por qué se suponía que esto era una mala idea.

—¿Es eso lo que intentas hacer? ¿Domarme?

Se movió a mi espacio, reclamándolo como suyo. La presión de sus caderas contra las mías fue suficiente para instarme a inclinarme hacia él. Y el movimiento de su brazo al deslizarse alrededor de mi espalda, encajándose entre mi cuerpo y la puerta cerrada, fue un agarre suficiente para que me desesperara por aferrarme a él.

—No. —Bajó la cabeza, pareciendo haberse calmado desde que me escuchó despotricar—. No quiero *domarte*. Solo desearía tener el derecho de guiarte sobre cómo controlar esta pasión.

Tragué saliva con dificultad, girándome para presionar mis labios contra los suyos. Sin embargo, en el último segundo, él me lo negó, besándome más abajo donde mi mejilla se encontraba con mi mandíbula. —Te doy ese derecho —susurré sin aliento—. Quiero que tú...

—¿Qué quieres? —me provocó con voz ronca. Manteniendo su mano en mi cabeza, me dirigió como pretendía para que le diera acceso a mi cuello. Esos labios firmes pero suaves no se detuvieron. Rozándolos de un lado a otro, luego acariciando mi piel con lentos y sensuales arrastres de su lengua, viajó por mi cuello mientras me mantenía pegada a él—. ¿Quieres que te controle?

¿No? Sí. Me forcé a tragar de nuevo, maldiciendo lo seca que tenía la boca mientras la adrenalina se disparaba para igualar el ritmo de mi deseo. —Quiero que tú... *Que me demuestres que te importo. Que soy importante para ti. Que estás tan imposiblemente desesperado por mí como yo lo estoy por ti.*

—No deberías —respondió mientras movía sus manos para quitarme el abrigo. Manteniendo su boca sobre mí, chupó y besó, luego mordisqueó y lamió. Dejó un camino cálido y húmedo por mi cuello, y bajo las sensaciones de lujuria, cerré los ojos y me relajé contra la puerta.

—No deberías, Eva —repitió, discutiendo con mi declaración inacabada. No sabía lo que quería

decir, pero discutiría de todos modos, intuyendo que yo lo quería a *él* de alguna manera.

—Estarás prometida a otro —dijo en voz baja mientras desabotonaba mi camisa—. El Jefe te encontrará un marido. Un hombre digno...

Solté una carcajada cuando levantó las manos para acariciar mis pechos. —¿Digno? Ser digno no importará. Seré la mitad de una maniobra política, parte de una transacción comercial.

Suspiró, mirándome con profunda intensidad mientras bajaba las copas de mi sujetador. —Pero no serás mía.

Me lamí los labios, odiando el sonido de la verdad que pronunciaba. Alcé la mano hacia su cabeza para atraerlo hacia un beso, pero no me dejó tomar la iniciativa. No obedeció mi impulso. Bajando aún más, cerró su boca sobre mi pecho desnudo. Sus labios se cerraron sobre mi areola y la punta de su lengua golpeó el duro pico de mi pezón.

—Oh, joder. Sí. —Ahora me dejó sostener su cabeza, empujándolo hacia mi pecho. En el mismo movimiento, me levantó. Sus manos me instaron a seguir su orden silenciosa mientras me alzaba. Clavando sus dedos en mi trasero, luego en mi muslo, me izó hasta una altura en la que podía mantenerme contra la puerta a un nivel que le permitía darse un festín con mis pechos. Torturándome con su malvada lengua, me animó a perder toda la ira que le había gritado hasta que estuve jadeando y temblando de necesidad, húmeda por él.

—No deberías desearme —me recordó mientras me levantaba para moverme de nuevo. Me llevó más lejos esta vez, pasando por el espacio de la sala de estar y llevándome directamente a su habitación. Cómo no me dejó caer ni chocó con nada estaba más allá de mi imaginación. Su cara estaba de vuelta en mi pecho, su boca provocando mis pezones hasta que grité con fuerza.

—No se supone que yo sea quien te enseñe a escuchar —me dejó caer en la cama y alcanzó mis pantalones—. Ni a comportarte —sus dedos se deshicieron rápidamente de mi ropa, dejándome desnuda y sonrojada sobre su edredón—. Ni a ser una buena putita —combinó esa última frase con el deslizamiento de su dedo en mi dolorida entrepierna, inclinándose lo suficiente para quitarse su propia ropa.

—Por favor —supliqué—. Por favor.

—¿Por favor qué? —empujó mis hombros hasta que me recosté. Cuando se agachó, arrodillándose en el suelo y colocando mis piernas sobre sus hombros, me incorporé para observar lo que se estaba convirtiendo en una imagen familiar. Mi favorita. Él entre mis muslos con un hambre voraz ardiendo en sus ojos marrones.

—¿Por favor hacerte entender que no puedes acercarte demasiado al peligro? —deslizó su dedo dentro y fuera de mi coño mientras besaba mi muslo interno—. Porque eso es lo que vi cuando fuimos a buscar a Kelly para que nos ayudara. Si alguien la drogó, a tu única amiga, podría ser una conexión con los rivales que hemos visto en el campus —movió su rostro para besarme, justo en el clítoris antes de girarlo con la punta de su lengua—. *Tú* eres mi prioridad, Eva.

Asentí, con la respiración entrecortada.

—¿Por favor ayudarte a ver que no puedes tener la libertad que crees que es tan maravillosa? —añadió otro dedo, estirándome y observándome cabalgando su mano—. Porque no lo es. Perder

la protección de la Familia Baranov es una debilidad, no un regalo —bajó para succionar mi clítoris, manteniendo el contacto visual mientras me acercaba al orgasmo en un frenesí salvaje.

—Yo...

—¿Por favor qué, Eva? —preguntó con ese tono grave y sardónico—. ¿Por favor hacerte ver lo poderosa que eres para reducirme a esto? ¿Necesitado de tu sabor y desesperado por tu sumisión? —volviendo sus labios a mi carne, me lamió y gimió cuando más de mis jugos se derramaron para él.

—¿Quieres suplicarme como una buena putita, diciendo *por favor*, como si eso lo arreglara todo?

Grité en protesta cuando se echó hacia atrás, sacando sus dedos de mi cuerpo, alejando su boca de mi carne.

—¡Lev! —Intenté alcanzarlo, pero él apartó mis manos. Se sentó en el borde de la cama, usando un brazo para levantarme y colocarme en su regazo.

—¡Por favor! —exclamé, necesitando correrme tan desesperadamente que no podía ralentizar mi corazón ni recuperar el aliento. El deseo corría por mis venas con una intensidad que no podía contener.

—¿Qué, Eva? ¿Qué me estás suplicando cuando insistes en que no sé lo que necesitas? —posó su mano en mi trasero, dándome una nalgada.

—Te necesito —sollocé, odiando que hubiera logrado que mi secreto se derramara de mis labios —. Te necesito, Lev. Muéstrame. Contrólame. Tómame. Por favor —No podía soportar que intentara negarme un orgasmo. No ahora. Nunca más.

No se equivocaba. No podía ser suya. Él era solo un simple soldado al que mi tío favorecía. Pero hasta que llegara ese momento, quería ser egoísta y disfrutar cada segundo que pudiera robar con mi guardaespaldas.

23

LEV

—¿Me necesitas? —pregunté, admirando cómo se extendía sobre mis piernas.

Ella gimió mientras frotaba mi mano sobre el lugar que había azotado.

Joder. Eres perfecta.

—¿Necesitas esto? —le di una nalgada en la otra mejilla.

Jadeó, arqueando la espalda para levantar su trasero en el aire, suplicando por más.

—Sí. Eso es lo que quiero. Fóllame, Lev. Haz que deje de pensar en todo lo que está mal y déjame sentirme bien.

Oh, nena. Deseaba poder hacerlo para siempre. Ambos estábamos jugando con fuego, quitándonos la ropa y provocándonos mutuamente con más sexo. Después de su diatriba en el coche, sin embargo, solo suponía que estaba molesta con su vida y la falta de control en ella. Ahora, entendía que la habían presionado demasiado, sin tener voz en *nada*.

Podía darle esto, sin embargo. Estaba mal. Ella no era mía para tenerla. Pero ya le había quitado la virginidad. Era mía en ese sentido más simple. Una vez más no haría daño a nadie, siempre y cuando nunca se lo dijéramos a nadie.

—Te necesito —dijo ella, con la voz amortiguada por tener la cara presionada contra la cama. Debajo de su estómago, movió el brazo para alcanzar mi polla. Acostada sobre mis muslos, estaba restringida para tocarme, pero no estaba de humor para dejarla jugar.

—Te daré lo que necesitas —advertí con otra nalgada. Antes de que pudiera moverse, la acaricié con los dedos y disfruté de la suavidad de sus jugos derramándose.

Yo la estaba haciendo mojarse. Era yo quien la ponía tan húmeda y salvaje por un buen polvo.

Yo.

Una vez más, la azoté, añadiendo otro dedo en su estrecho agujero mientras movía mi pulgar para frotar su clítoris.

—Oh, por favor. Sí. Dámelo, Lev. ¡Por favor!

Se movía sobre mi regazo, tratando de cabalgar mis dedos, pero se movía demasiado frenéticamente, probablemente tan necesitada de correrse que no podía conseguir un buen ritmo.

Así no.

Quería ver su cara esta vez. Por mucho que me encantara que tuviera un fetiche tan fuerte por las nalgadas, quería follarla y ver sus expresiones de alivio, de pasión que dudaba que pudiera domar alguna vez.

Dándole la vuelta, esperé hasta que se acomodó en el centro del colchón. Me puse de pie para quitarme la camisa, luego el resto de mi ropa. Pero ella no era paciente, se sentó y alcanzó mi polla.

—No. Dije que *yo* te daría lo que necesitas —gruñí, agarrando sus manos antes de que pudiera envolver sus dedos alrededor de mi polla. Si la dejaba, nunca querría que se detuviera.

—Pero...

La forcé hacia atrás, atando sus manos juntas y sobre su cabeza con su sujetador. Era todo lo que tenía a mano, y serviría.

Hizo un puchero, resistiéndose a la restricción, pero en el momento en que me hice espacio entre sus piernas, se relajó. No tuve que pedirle que se abriera para mí. Sus rodillas cayeron a los lados mientras deslizaba mi dedo a lo largo de su hendidura. Luego lo empujé dentro, recogiendo más de ese néctar.

—¿Me necesitas? —pregunté mientras llevaba mis dedos a mi boca y los chupaba hasta limpiarlos—. ¿Quieres esta polla metida dentro de ti?

Ella asintió, con el rostro arrugado de impaciencia.

—Por favor, Lev, por favor.

—¿Necesitas que te follen, pequeña zorra?

Su mirada se oscureció mientras sonreía ligeramente.

—Fóllame. Duro.

Negué con la cabeza, arrodillándome más cerca hasta que pude empujar la cabeza de mi polla dentro de ella. Jadeó, succionando esa parte de mí en su dulce calor.

—No. No duro. —Me hundí en ella lenta y constantemente, clavando toda mi longitud en su coño apretado como un tornillo. Pero no con la fuerza que la enviaría al límite demasiado pronto.

—Lev... —se quejó cuando saboreé el guante de su coño en mi polla. La sentí estirándose para acomodarme. Miré fijamente donde me hundía en ella tan perfectamente. Luego, mientras salía, tomándome mi tiempo, me deleité con la superficie brillante de mi polla, prueba de que estaba empapada solo por mí.

Esto éramos *nosotros*. Prohibido y mal.

Sin embargo, de alguna manera era simplemente correcto y tan perfecto también.

—¿Necesitas que te folle? —froté su clítoris mientras me deslizaba de vuelta sin prisa. Tenía la intención de saborear cada maldito segundo de esto. Los recuerdos tendrían que durarme toda la vida.

Ella no pudo responder, no con palabras. Gemidos y quejidos salían de sus labios mientras me hundía en ella una y otra vez, deleitándome con el ajuste apretado de ella tragándome tan profundamente. Luego, cuando se acercó a su orgasmo, más frenética por empujar hacia arriba y encontrarse con mis embestidas, solo pudo respirar con dificultad.

—Córrete, Eva. Córrete para mí, joder. Ahora. —Me estrellé contra ella una, dos veces más, finalmente recibiendo la recompensa de su éxtasis. Su rostro se contorsionó casi en dolor, pero mientras gritaba y se apretaba a mi alrededor, apretando mi eje mientras disparaba mi semen dentro de ella, se relajó en una sonrisa agotada de alivio. De felicidad. Luego abrió los ojos, bendiciéndome con esa mirada azul llena de alma, una mirada de asombro.

—Joder —murmuré, demasiado exhausto para pensar con claridad. Cayendo hacia adelante, la envolví en mis brazos antes de rodar sobre mi espalda. Tendida sobre mí, se esforzó por recuperar el aliento.

Durante un largo rato, mantuve los ojos cerrados y me obligué a no encariñarme. El resplandor rosado y brumoso de nuestros orgasmos nos impedía tener la energía para movernos. Mucho menos levantarnos. Pero eso estaba bien. Eso estaba bien para mí, por ahora. Podía manejar esto. Pero me negué a dejarme abrazarla o acariciarla como realmente quería.

—Tu teléfono está sonando —dijo ella con la mejilla aún presionada contra mi pecho. La posición amortiguaba su boca, pero apenas.

—Ajá. —No quería dejar este momento con ella—. ¿Puedes alcanzarlo? —Puse mis manos en su trasero mientras se movía hacia un lado. Quería ser codicioso y prolongar esta unión perfecta. Ella se retorció sin dejarme salir, y con un estiramiento de su brazo sobre el borde de la cama, agarró mis pantalones.

Saqué mi teléfono justo a tiempo antes de perder la llamada de Rurik.

—¿Hola?

—Lev. Todavía estoy aquí en la clínica con Kelly.

—Bien. Necesitamos saber qué le pasó.

—Sí. Pero hasta que podamos formular respuestas, creo que debemos informar de este incidente al Jefe.

—Si drogaron a Kelly, podría haber sido destinado para Eva.

Eva frunció el ceño mientras levantaba la mirada, probablemente al escuchar su nombre. Apoyó el mentón sobre sus manos encima de mi pecho.

Asentí, suspirando mientras miraba fijamente sus ojos azules. —Estoy de acuerdo. O podría haber sido una distracción para hacerla preocuparse por Kelly y alejarla del apartamento.

—¿Quieres que lo llame yo? —preguntó él.

—No. Lo haré yo. De hecho, ya me he retrasado en responder a su mensaje de antes. Mantenme informado.

—Lo haré.

Tan pronto como terminamos la llamada, marqué el número de Oleg.

—¿No debería yo...? —Eva se sonrojó, intentando levantarse de encima de mí. Le empujé el trasero hacia abajo para mantenerla sobre mí. No estaba listo para dejarla levantarse. Llámame estúpido, pero quería asegurarme de que todo mi semen se quedara dentro de ella, donde pertenecía.

—Shh —le advertí mientras su tío contestaba. Me puse al día con él, acariciando con mis dedos el trasero de Eva. Era una caricia distraída, un toque ocioso, pero la relajó hasta el punto de que volvió a apoyar su cabeza sobre mí, con la mejilla presionada sobre mi corazón.

Una vez que terminé de actualizarlo sobre los detalles que teníamos de Kelly Garnet siendo drogada, me pidió mi opinión.

—Honestamente, señor, me preocupa que esto sea el comienzo de una trampa.

—¿De los Petrov? —preguntó.

—Sí. O los Ilyin. No pueden estar contentos con lo exitoso que fui en mi última misión. —Tuve cuidado de expresarlo vagamente para que Eva no captara detalles que no necesitaba tener en su cabeza.

—Pero si alguien está intentando algo directamente contra Eva, no llegarán lejos.

No bajo mi vigilancia.

Porque sería imposible para mí permitir que alguien lastimara a esta exquisita mujer que no quería abandonar jamás.

24

EVA

Esta vez, no intenté esconderme después de haber tenido sexo con Lev. La primera vez que le entregué mi virginidad fue incómodo porque me había quedado tan impactada de haberlo hecho realmente. De que nos hubiéramos encontrado a medio camino y explotado juntos en un arrebato de calor y deseo.

Sin embargo, él no parecía dispuesto a dejarme ir después de que llegamos juntos al clímax, y mientras yacía sobre él, cada vez más somnolienta bajo el peso de su mano en mi trasero mientras hablaba con Rurik y mi tío, tuve que contenerme para no suspirar con profunda satisfacción.

Su cuerpo estaba tan cálido debajo del mío, cada centímetro de su piel desnuda pegada a la mía. Y su voz era tan profunda y baja, arrulladora y reconfortante, lo cual me asombraba. Era toda una yuxtaposición, tan firme y dominante pero también capaz de bajar el tono y ser tranquilo y constante.

Mientras yacía allí, tan segura y sintiéndome tan satisfecha, me atreví a preguntarme.

¿Y si intentáramos hacer que esto funcionara?

Era una tontería hacerme ilusiones, pero una pequeña semilla de esperanza echó raíces en el fondo de mi mente.

¿Y si... no tuviera que estar comprometida con alguien más?

¿Y si... realmente lo dice en serio cuando afirma que sabe lo que necesito y puede dármelo?

Para cuando me levanté para ducharme, me di cuenta de que quería que esa pequeña fantasía ilícita se convirtiera en realidad.

Me deslicé fuera de su abrazo cuando lo llamaron de nuevo, y antes de que pudiera quedarme pegada a él, hice una mueca y me levanté lentamente.

Parecía que él tenía la misma idea en mente. Mientras me aseaba, él también se había duchado. Me sentía más valiente para enfrentarlo, sin esconderme ni hacer pucheros. Hoy había sido una verdadera montaña rusa de emociones, pero me faltaba energía y voluntad para pasar por otro tratamiento silencioso o una actitud fría con él.

Salí a la sala de estar y lo vi en la cocina. Sin embargo, mi teléfono sonó, impidiéndome hablar con él sobre lo que podría significar que hubiéramos tenido sexo dos veces ya. Sexo sin protección.

—Es Kelly —dije, mirándolo—. ¿No está Rurik con ella?

Él asintió, frunciendo el ceño. —Eso dijo.

Sin embargo, contesté en altavoz, consciente de que Lev querría saber cualquier pista o dato que ella pudiera compartir sobre lo que le había pasado antes.

—Hola, Kel.

—¿Eva? ¿Puedes venir a acompañarme?

Fruncí el ceño. —¿No está Rurik allí? —No es que ella *conociera* a Rurik. Lo había visto y entendía que trabajaba para mi familia. Quería apoyarla, pero no presionaría a Lev para que hiciera el viaje allí de nuevo. Además, necesitábamos hablar, no solo pelear y luego tener sexo.

—Está aquí. Pero quiero que tú me acompañes. Estoy... —Suspiró, o tal vez fue una inhalación para contener las lágrimas. Así es como sonó—. Tengo miedo de que me hayan violado.

Bajé la cabeza, odiando que temiera algo así. Lev no dudó en acercarse y pararse junto a mí. Su mano se movía lentamente en caricias constantes arriba y abajo por mi espalda.

—No es un buen momento del mes en caso de que eso hubiera pasado. Y yo... yo no puedo manejar un embarazo ahora, y mucho menos... —*Ahora* lloraba. Mi corazón se agrietó al oír sus sollozos—. Quiero que me hagan un kit de violación, pero estoy nerviosa y asustada y eres la única persona en la que puedo pensar para llamar y pedir compañía. Rurik no se ha ido del pasillo, pero no quiero pedírselo a él y...

—Estaré allí —respondí. Probablemente Lev esperaba que lo confirmara con él, pero que se joda. No podía ser tan caliente y frío conmigo. No podía ser tan tierno y hábil para hacerme sentir increíble y también ser un cabrón lo suficientemente cruel como para impedirme estar ahí para mi amiga. No podía ser tan retorcido y contradictorio.

Colgué y miré a mi guardaespaldas. ¿O podría permitirme llamarlo amante ahora también?

Mi único amante.

—Dame un minuto —dijo.

—¿No vas a desafiarme?

No respondió, dejándome para volver a la cocina y agarrar su teléfono.

—¿No vas a decirme que no puedo decidir ir allí y estar con ella?

Su rostro permaneció inexpresivo mientras me enfrentaba, incluso impasible.

—¿Qué pasa?

—No pasa *nada* —dijo simplemente, haciéndome un gesto para que lo precediera fuera de la puerta del apartamento. Era tarde, y no había nadie en el pasillo. Incluso el garaje estaba más

vacío de lo habitual.

En el coche, lo dejé pasar. No tenía sentido presionarlo para que me explicara por qué no estaba peleando conmigo por ir a estar con Kelly. No estaba insistiendo en que me quedara encerrada con él. Más que nada, estaba agradecida de que no estuviera intentando esa mierda de que no debía ser amiga de ella porque no confiaba en ella...

Sin embargo, no pude dejarlo así. —Pensé que habías dicho que no confiabas en Kelly por sus antecedentes. Que no debería hacerme amiga de ella.

En un semáforo en rojo, se volvió para mirarme, estoico como siempre. —Pero confío en ti, Eva. —Tragó saliva y no rompió esta mirada seria sobre mí—. Creo que puedo confiar en ti, y si sientes que ella no será una amenaza para ti, no lo negaré.

Vaya.

Parpadeé, aturdida por su profunda admisión.

Él *confiaba* en mí. Eso no era tan profundo como preocuparse por mí o amarme o cualquier otra cosa, pero ¿confianza?

Eso importaba en mi rincón del mundo.

No hablamos en el camino, pero por primera vez, este silencio era cómodo, no tenso. Imaginé que él debía estar pensando en muchas cosas. Yo lo estaba. Principalmente, me imaginaba en qué estado estaría Kelly, y me preocupaba no ser lo suficientemente cálida y cariñosa para consolarla.

Lev entró conmigo a la clínica de salud, pero cuando vimos a Rurik en el pasillo, los hombres se acercaron el uno al otro. —Está en esa habitación —me dijo Rurik señalando con el dedo.

Asentí, dejándolos hablar mientras llamaba y entraba a la habitación. —Hola —saludé.

—Oh, gracias a Dios que estás aquí. —Sus hombros se desplomaron mientras cerraba los ojos. El alivio era evidente, y me hizo sentir mejor, como si pudiera serle de ayuda.

—¿Ellos...?

Ella asintió. —No fue... eh... tan raro como temía que sería. Como una citología, ¿sabes? O quizás no. Creo que la adrenalina me está poniendo nerviosa, y me dieron algo para ayudar con las náuseas y el dolor en la parte posterior de la cabeza, y eso me está haciendo sentir hiperactiva y mareada —Bostezó—. Y cansada.

—Lamento mucho que esto haya pasado —Me senté, ofreciéndole mi mano para sostener la suya.

Ella la agarró y suspiró ese suspiro profundo y relajado otra vez. —No puedo decir que esté pensando con claridad ahora mismo, pero cuando ellos... me revisaron, sentí como si me hubiera preocupado por nada. ¿Como una sensación fantasma que no estaba ahí? Si alguien me hubiera forzado a algo, mi cuerpo recordaría el tacto, ¿verdad?

Me encogí de hombros, sin querer darle falsas esperanzas. —No lo sé.

—Odio que todo esté tan borroso. Recuerdo haber salido de clase para ir a casa. Pero luego me detuve en el café por un café porque mi cupón para uno gratis expira mañana. Y en el camino a casa, me sentí terrible, como si fuera a desmayarme o vomitar o cagarme encima. O las tres cosas a la vez. No lo sé. Recuerdo vagamente haber ido a ducharme, pensando que me haría sentir mejor, pero luego desperté en el suelo. Creen que me desmayé y me golpeé la cabeza. Lo que explicaría el chichón ahí.

Su estilo de divagación rápida confirmaba su estado mental hiperactivo por los medicamentos.

—Pero podría jurar que escuché voces cuando comencé la ducha. Y algunos chicos estaban hablando conmigo en el café. Creo —Arrugó la cara, sumida en sus pensamientos tratando de recordar.

—Lo averiguaremos.

Ella sorbió y asintió, sonriéndome con tanta gratitud brillando en sus ojos que me pregunté cuán drogada la estaban dejando estos medicamentos. Probablemente le habían dado un sedante o algo para ayudar con los nervios, pero vaya, estaba muy dispersa.

—Gracias por venir a sentarte conmigo. Hace que esta espera por respuestas sea más soportable.

—No te preocupes. Me alegra ayudarte como pueda.

—Sin ti... —Levantó un hombro y lo dejó caer de nuevo. Otro bostezo abrió su boca de par en par—. Eres la única que está aquí para ayudarme.

Qué comentario tan aleccionador. La miré fijamente mientras se adormecía con cada respiración. Era como si mi presencia pudiera calmarla para que bajara la guardia y descansara.

El contraste entre nosotras no podría haber sido más claro. Las palabras de Kelly demostraban cuán diferente había sido su vida comparada con la complicada de la que yo a menudo quería escapar.

Ella no tenía familia en su vida. Lev mencionó padres adictos a las drogas, pero como había pasado por el sistema de acogida, ahora no tenía esa familia. Carecía de una sola persona que la defendiera, que velara por sus intereses.

Mientras que yo tenía el poder y la riqueza de la Familia Baranov detrás de mí. Mi padre era un inútil. Mi madre se fugó con mi hermana. Pero tenía al tío Oleg y a los soldados decentes que empleaba. Como Rurik y Marcus.

Como Lev.

Mientras acariciaba con las yemas de mis dedos los nudillos de Kelly y la veía dormir, acepté esta realización como prueba. Esta era la evidencia de que Lev no era tan malo como yo afirmaba cuando lo llamaba imbécil autoritario. Podía ser dominante y controlador, pero esos rasgos se formaban desde un lugar de lealtad. Le importaba. Tenía que importarle yo para ser tan diligente en su trabajo como mi guardaespaldas y para hacerme sentir tan bien.

Le importa. Yo.

Me había visto forzada a estar en estrecha proximidad con él porque era su trabajo mantenerme a

salvo, pero en el transcurso de los últimos dos meses, habíamos forjado una unión desordenada y descoordinada.

No puede ser solo sexo, ¿verdad?

Él fue mi primero. No tenía experiencia en cómo el sexo podía cambiar las cosas, pero no quería asumir que era ingenua al pensar que podríamos acercarnos más después. Sentía los cambios entre nosotros. El hecho de que no discutiera conmigo sobre venir aquí a sentarme con Kelly era una clara señal de que se estaba relajando conmigo.

Si no es solo sexo, entonces ¿qué podría ser?

Estábamos en la misma página con una regla crítica. Me arreglarían un matrimonio con alguien elegido por mi tío. Era descuidado asumir que podría acostarme con alguien o tener un amante, un novio, incluso un guardaespaldas con beneficios antes de mi compromiso.

Sin embargo, habíamos descartado mutuamente esa expectativa. La habíamos ignorado juntos.

¿Qué estoy diciendo, que podríamos tener una relación real? ¿Que podríamos estar juntos y permanecer *juntos?*

—No puedo verlo estando conmigo y luego dejándome ir con un prometido... —susurré en voz alta.

Incluso si él estuviera abierto a eso, no estaba segura de que mi corazón o mi alma pudieran soportarlo.

Suponiendo que Lev y yo quisiéramos jugar con fuego y estar juntos hasta que me arreglaran con alguien más...

Fruncí el ceño, imaginándolo.

¿Seguiría permitiéndome tratar de aferrarme a la "falacia" de la independencia? ¿Me dejaría tener mis propios pensamientos y no dictar cada parte de mi vida?

Solté un largo y profundo suspiro, confiada en que él continuaría creciendo conmigo en la novedad de nuestra conexión.

¿O me estoy haciendo ilusiones demasiado altas por algo que nunca será factible?

Me quedé allí, reflexionando y sumida en mis pensamientos sin una dirección clara.

¿Debería considerar el riesgo de realmente abrir mi corazón para que Lev lo tuviera? ¿O debería continuar rechazando el concepto del amor porque sin importar cuándo o cómo me emparejarían con un hombre, simbolizaría el maldito fin de mi libertad?

25

LEV

Cuando fui a ver a Eva en la habitación de Kelly, las encontré a ambas dormidas. Kelly se veía pálida y delicada, acostada en las sábanas blancas de la cama del hospital. Eva se había desplomado, con el cuello en una posición que parecía incómoda mientras dormitaba en la silla.

Aunque no me habría importado tener la oportunidad de admirarla mientras dormía, me negué a dejar que se quedara allí en esa posición.

—Oye —dije suavemente, para no despertar a Kelly también. Agachándome, tomé la suave mano de Eva—. Despierta, ca... —Me aclaré la garganta, deteniéndome justo a tiempo de usar un apodo cariñoso con ella—. Eva. —Le apreté la mano ligeramente.

Ella se sobresaltó, enderezándose de golpe con un pánico instantáneo en su rostro.

—Oh. —Respirando con más facilidad, encontró mi mirada antes de echar un vistazo por encima de mi hombro a Kelly, que seguía dormida—. Solo me quedé dormida...

Asentí, ayudándola a ponerse de pie.

—Ha sido una noche larga.

Con una última mirada a su amiga, Eva se dispuso a salir conmigo. Rurik permanecería apostado fuera de la puerta de Kelly hasta que le diera otras instrucciones.

Eva también lo notó.

—¿Se quedará toda la noche? —me preguntó.

—Sí. Pensé que te haría sentir mejor sobre ella estando aquí.

Frunció el ceño, despierta, pero pareciendo confundida.

—Gracias. —Pasaron unos momentos más antes de que volviera a levantar su mirada azul hacia mí—. ¿Estás preocupado de que alguien pueda venir a molestarla de nuevo?

Negué con la cabeza. Después de mi conversación con Rurik y un par de otros hombres de Baranov que me estaban ayudando, mi mayor preocupación era que lo que le habían hecho a

Kelly fuera una acción para llegar a Eva.

—No. Alguien la drogó para enfermarla y debilitarla, pero no para matarla. El médico que se detuvo a hablar conmigo dijo que se sentiría diferente durante varios días, pero que no habría efectos duraderos de las drogas que confirmó que estaban en sus análisis toxicológicos de sangre.

Eva se relajó ante eso, pero estaba tan cansada durante el camino al coche y el trayecto de vuelta al apartamento que no podía estar seguro de cómo estaba procesando esta noticia. Subimos en el ascensor hasta nuestro piso, y me preparé para atraparla y llevarla el resto del camino por cómo se balanceaba y cerraba los ojos lentamente, una y otra vez.

—¿Dijo el médico si ella fue...?

Negué con la cabeza.

—No fue violada. No según el kit de violación.

Sus hombros se hundieron aún más, visiblemente aflojándose de alivio.

—Bien.

—Vamos. Te vas a quedar dormida de pie —le dije cuando salimos del ascensor. La acompañé a su habitación, pero en cuanto la dejé allí para ir al baño, se quedó dormida. Por lo que parecía, estaba tan agotada que literalmente se desplomó y se durmió justo donde estaba.

Le quité los zapatos y le saqué el abrigo con cuidado antes de subirle las mantas para cubrirla. Me dolía alejarme de ella cuando todo lo que parecía justo y correcto era quedarme y abrazarla, pero no podía aprovecharme de su agotamiento.

Volver a tener sexo con ella era repetir un error que no podía permitirme. Si el Jefe se enteraba de que había comprometido a su sobrina virgen antes de que pudiera ser comprometida, me quedaría sin trabajo, expulsado de la familia.

Pero además, desde que volví a tener sexo con ella, no podía dejar de pensar que no era suficiente. Todavía no. Tal vez nunca, pero en lo que respecta a Eva, quería ir un día a la vez. Por lo que pudiera conseguir con ella, la encontraría a medio camino.

A la mañana siguiente, estaba ocupada en la sala de estar con auriculares puestos mientras parecía ver y escuchar una conferencia que había sido compartida. No la molesté, dejándola hacer su trabajo mientras me ponía al día con llamadas de los hombres en el campus y de vuelta a casa con el Jefe. Con el ataque a Irina, el casi violación de Eva, y ahora lo que fuera que le habían hecho a Kelly, las cosas se estaban moviendo más rápido. Demasiadas piezas del rompecabezas estaban en movimiento, y no podía quedarme inactivo ahora.

Todo el día, permaneció en el apartamento, estudiando, revisando notas e investigaciones, y escribiendo un informe o dos.

—Tengo un par de exámenes importantes próximamente —me explicó cuando pasé por la habitación.

—¿Eso significa que no necesitarás ir al campus?

Negó con la cabeza.

—No sin Kelly. Prefiero quedarme y terminar todas estas cosas hasta que le permitan salir de la clínica de salud.

Vaya. Eso era diferente. Su actitud tranquila era un gran cambio desde la última mañana después de que tuvimos sexo. Me había evitado esa noche, y luego tuvimos que ir a la mansión Baranov para informar a su tío. Ahora, me enfrentaba con una cabeza fría y nivelada. Sin evasivas. Sin dramas. Sin... torpes intentos de ocultar su atracción por mí, tampoco.

—Entonces me iré.

Levantó las cejas.

—Más seguimiento con los soldados de Petrov en el campus. También quiero ver si puedo detectar alguna presencia de Ilyin allí.

Asintió lentamente con la cabeza.

—No tienes que explicarme nada.

No tenía que hacerlo. Pero quería hacerlo.

—Alguien estará aquí de guardia.

Resopló ligeramente.

—Por supuesto. —Ya había bajado la mirada a los libros en su regazo, de vuelta al trabajo.

Eso fue sorprendentemente fácil. Me había preparado para una pelea.

Sin embargo, no me detuve ni me entretuve, ansioso por no estar ocioso con ella en el apartamento después de habernos entregado el uno al otro. Cuanto más tiempo permanecía en su presencia, sin una directiva clara o una amenaza que contrarrestar aquí en el edificio, más deseaba tenerla de nuevo. Y otra vez.

Ver su hermoso rostro contorsionado en una expresión de máximo placer era una adicción difícil de controlar.

Rurik tenía a otro hombre apostado en la clínica de salud para vigilar a Kelly en caso de que alguien intentara molestarla allí mientras se recuperaba. Se suponía que Kelly no debía estar incluida en el paraguas de protección de la familia, pero parecía que, como Eva la había declarado amiga, había sido insertada en nuestro círculo. No estaba seguro de que alguna vez pudiera ser realmente investigada o avalada, pero hasta ahora, no planeaba descartar a la esbelta rubia. Todavía existía una posibilidad muy real de que pudiera haber sido un peón involuntario en algo preparado para llegar a Eva.

—No he visto a nadie que se parezca a él —informó Marcus una vez que me reuní con él en el campus. No tuve que usar un nombre para que supiera a quién me refería. Ese guardia que había supuesto que era un soldado de Ilyin. Había actuado en defensa de Yusuf antes de que pudiera eliminarlo, pero ahora no era más que una gran incógnita lo que había estado tramando.

No puede estar vivo. Lo maté.

Tal vez tenía un gemelo. O un doble. Algo así era plausible, pero no me sentía cómodo con

alguien del ataque al Jefe Ilyin estando aquí en el campus donde las drogas se movían más rápido de lo habitual y ocurría un aumento de violaciones.

Con Marcus, patrullé el campus. Durante un par de horas, buscamos señales de los soldados Petrov. También de cualquiera que pudiera parecerse a alguien del grupo Ilyin.

Sin embargo, una vez que lo llamaron para encargarse de otro asunto en la ciudad, hice rondas con Rurik. Como él estaba más versado en cómo había ocurrido mi vigilancia y eventual asesinato en mi última misión, podía hablar más a fondo con él y obtener sus opiniones sobre el asunto. Parecía distraído, sin embargo, y me asaltó un pensamiento tonto.

¿Está preocupado por Kelly?

Ella no era más que un accesorio de Eva en el campus. La rubia no era miembro de los Baranov. Era una extraña en el mejor de los casos, a pesar de la familiaridad que estaba ganando al pasar tiempo con Eva.

—Solo desearía que pudiéramos averiguar cuál o quién es el objetivo —dijo antes de que le dijera que me iría y volvería con Eva al apartamento. No estábamos encontrando nada aquí. Ninguna señal de nuestros rivales. Ningún rumor que escuchar sobre drogas o violaciones.

—¿Crees que alguien drogó a Kelly para llegar a Eva?

Se encogió de hombros. —Eso tiene más sentido. Eva no se ha hecho amiga de nadie más en el campus. Si alguien la estuviera observando, verían que son cercanas.

No me gustaba la idea de que alguien vigilara a mi protegida. Eva era mía para proteger, y maldita sea, no le fallaría en eso.

—Y obviamente, ella sería un objetivo solo por ser la sobrina del Jefe. Demonios, tal vez alguien quiere interferir con su elegibilidad para el matrimonio. Podrían intentar reclamarla, entonces el Jefe se vería obligado a aceptar una alianza desfavorable.

Demasiado tarde. Yo ya la había reclamado. Y luchaba con la idea de renunciar a ella. En absoluto.

Mira en qué lío me he metido. Solté un profundo suspiro, más ansioso por verla ahora. Si solo tendría este romance prohibido con ella como su guardaespaldas temporal, entonces tenía que asegurarme de que pudiéramos disfrutarnos el mayor tiempo posible.

Conduje de vuelta al apartamento, absorto en mis pensamientos mientras trataba de racionalizar cómo podríamos prepararnos para cuando tuviéramos que alejarnos de esta conexión carnal que no podíamos negar. Eso era lo único que permanecía inmutable: la falta de un futuro real.

Pero en el momento en que entré al apartamento, relevando al guardia que estaba en el pasillo, me golpearon los aromas de una cena casera. Me recibió la vista de ella trayendo platos a la mesa, iluminada con velas.

—¿Qué es todo esto? —Me froté el labio inferior para ocultar la sonrisa lenta y cautelosa que quería deslizarse por mi rostro.

Ella sonrió, encogiéndose de hombros mientras me enfrentaba con un sencillo vestido negro. —

Solo pensé que... —Levantando su mano y señalando la mesa que había preparado para mí, implicó lo obvio.

—Hmm. —Lancé mi abrigo a una silla y me acerqué a ella, con las manos detrás de la espalda.

—¿Hambriento? —preguntó.

Le di un lento repaso, admirando su apariencia recatada pero tan sexy. Su cabello caía, sin restricciones ni ataduras, y luché contra la visión instantánea de agarrarlo. O verlo esparcido en la cama mientras la embestía...

Me aclaré la garganta, tratando de despejar también los pensamientos sucios que se apoderaban de mí. —Famélico —respondí.

—Entonces ven a ver cómo solía pasar mi tiempo de ocio en la mansión.

Antes de que pudiera tomar asiento, me adelanté y le aparté la silla. —¿Cocinaste?

—Sí. Era un pasatiempo que podía hacer en cualquier lugar, supuse, en caso de que tuviera que ser trasladada a una casa de seguridad.

Fruncí el ceño mientras me sentaba, apreciando su dulce gesto de cocinar para mí. Era una prueba verídica de sus cambiantes sentimientos hacia mí. Había recorrido un largo camino desde gruñirme y hacer pucheros, discutir conmigo y desafiarme. Esto era una clara muestra de algo parecido al afecto, y nunca, jamás olvidaría la primera vez que una mujer me preparó una cena.

—Nunca fuiste trasladada a una casa de seguridad. Al menos hasta donde recuerdo.

Asintió, sirviéndome comida. —Es cierto. Pero la posibilidad siempre está ahí. Cuando los cocineros estaban de descanso, experimentaba en la cocina. Luego se convirtió en un pasatiempo. —Sonrió, pero no duró mucho. —Supongo que es otra forma de intentar vivir una vida que *yo* quiero, haciendo algo en lugar de estar sentada o de compras.

—¿O yendo a salones de belleza? —bromeé—. Rurik odiaba cuando lo asignaban a Maria con todos sus viajes al salón.

Ella puso los ojos en blanco. —Eso también.

—Eres una intelectual —elogié—. Prosperas cuando puedes aplicarte a algo.

Esa dulce sonrisa regresó. —Sí. Pero supongo que tendré que deshabituarme de eso tarde o temprano. No puedo ver a mi marido acomodando mis 'caprichos', como los llama mi padre.

Bajé la barbilla, incapaz de mantener el contacto visual con ese comentario.

Yo lo haría. Te dejaría hacer lo que quisieras. Estudiar. Leer. Ser profesora. La había escuchado decirle a Kelly que quería tal carrera. *Cocinar. Hornear. Montarme. Cualquiera y todas las anteriores.*

—¿Alguna noticia en el campus? —preguntó cuando el silencio se prolongó varios minutos demasiado.

—No. La verdad es que no.

—Hmm. Bueno, esperemos que Kelly recuerde un poco más sobre cómo la drogaron y eso pueda proporcionar algunas pistas para tu investigación.

—Rurik dijo que está bien.

Me dio una sonrisa traviesa. —Me pregunto si no estará desarrollando un pequeño enamoramiento.

—¿Rurik y Kelly? —Solté una risa—. Está comprometido con la familia. Con el Jefe. No está de humor para sentar cabeza.

Ella se puso seria, bebiendo un sorbo de agua. —Yo tampoco —murmuró.

Dejé pasar ese comentario, dándome cuenta de que lo había dicho tan suavemente que probablemente no pretendía que lo oyera.

Terminamos de comer en un silencio agradable, pero cuando llevamos los platos a la cocina y los lavamos juntos, nuestra conversación continuó sobre otros temas. Hablamos de cosas sobre la familia, de manera general, y luego discutimos y nos burlamos el uno del otro sobre cosas triviales que habíamos notado como compañeros de piso en los últimos dos meses.

Un constante doble sentido flotaba en el ambiente, pero simplemente pasamos la noche juntos como... amigos. Y era más de lo que jamás podría haber deseado. De alguna manera, estar simplemente con ella era el bálsamo que necesitaba para mi alma después del aislamiento abrumador que sufrí durante mi vigilancia y experiencia de acecho con Yusuf.

Sin embargo, después, ella cambió el ambiente haciéndome una pregunta.

—¿Pasarás la noche conmigo? —Me miró directamente a los ojos mientras se detenía cerca de su puerta.

—¿Quieres que duerma contigo? —pregunté.

Negó con la cabeza, pero se detuvo y asintió en su lugar. —Solo... estar conmigo.

—Eso es diferente. —La seguí a su habitación, asombrado de que pudiera abrirse a mí de esta manera. Sin juegos, sin trucos. Solo ella y yo, llevándonos bien.

—Estoy disfrutando de tu compañía —confesó casualmente mientras se sentaba en su cama, luego se movió para recostarse contra las almohadas. Las *muchas* almohadas.

—¿Qué es esto? —bromeé mientras me unía a ella, luchando contra un bostezo después del largo día de patrullaje.

—¿Cansado? —Se rió suavemente mientras yo retiraba más almohadas de la enorme pila.

—No he dormido bien en mucho tiempo —dije—. No desde mi última misión para la familia. Tampoco dormí *durante* ese trabajo, y no he tenido la oportunidad de disfrutar la comodidad de mi cama.

—Lo siento.

—Pero esto... —Cerré los ojos mientras colocaba otra almohada detrás de mi cabeza—. Oh, joder. Esto es lo mejor.

Ella se rió, apoyándose contra mi costado. Mantuve los ojos cerrados para saborear la dicha de la comodidad, y ciegamente levanté mi brazo para que pudiera acurrucarse pegada a mi lado. —Oh, esto es lo mejor.

—¿Qué?

—Esta almohada.

Resopló. —Es solo una almohada. Una forma rellena para descansar.

—No. No, no, no. Nunca le digas a un hombre que ha tenido que dormir en el suelo del bosque que una almohada es *solo* una forma rellena. —La abracé más cerca e inhalé su dulce aroma, más picante por el salteado de carne sazonada que había cocinado para nosotros.

—¿No has estado durmiendo bien porque no has tenido tus almohadas preferidas?

—Ajá. —Mi corazón latía más rápido mientras ella ponía su mano en mi pecho y trazaba círculos. Nuestras camisas se mantenían como capas entre mi piel y la suya, pero se sentía condenadamente bien.

—Nunca hubiera imaginado que tuvieras un requisito tan específico como ese. —Suspiró, acurrucándose más cerca—. ¿Todos tus trabajos son así de duros?

—No. No todos. —*Este es perfecto. El mejor.*

—Hmm.

—Creo que no podré devolverte esta almohada —bromeé.

—Quédatela —dijo entre risas ligeras.

—Lo haré.

—¿Crees que podrías quedarte conmigo... quedarte con esto, sea lo que sea que estemos haciendo?

—¿Para siempre? —pregunté.

—Lo dudo.

—Yo también. —Abrí los ojos y la encontré mirándome—. ¿Tienes miedo de cumplir con las expectativas de tu tío?

Bajó la mirada, dejando que sus párpados velaran sus ojos. —No. Pero no estoy deseando hacerlo ahora que sé lo que es ser tuya.

—No lo eres —le recordé suavemente. Acuné su rostro y besé la parte superior de su cabeza. Ella se relajó contra mí, apoyando su mejilla en mi pecho mientras yo le acariciaba el cabello.

—¿Qué quieres? —preguntó con voz somnolienta—. ¿Cuál es tu futuro?

—Tener una familia —respondí—. Esta familia, los Baranov. Oleg me acogió cuando era huérfano, y demostraré mi valía para que nunca cambie de opinión sobre esa decisión.

—¿Tuviste una vida como la de Kelly? ¿Pasando por el sistema y familias de acogida?

—No. —Fui lo suficientemente inteligente como para escapar y nunca pasar por ese infierno—. Estuve en las calles.

Continuó con los ligeros círculos en mi pecho, y bajo su dulce y reconfortante toque, me abrí y hablé. Y hablé. Sobre mi pasado. Sobre mi determinación de ser un buen soldado. Asumí que la había dormido, solo hablando, pero ella también intervino, hablando sobre un futuro de fantasía que nunca tendría. Ser maestra. Esperar antes de tener hijos. Viajar o tener la oportunidad de tomar clases sobre cómo preparar platos de diferentes cocinas.

Acostados juntos, somnolientos y seguros, hablamos hasta bien entrada la noche, pintando visiones de lo que deseábamos, lo cual de alguna manera llenó mi frío corazón más que la cruda emoción física de tener sexo con ella.

Mientras me quedaba dormido, me desafié a mí mismo a abandonar los ridículos pensamientos de amor que bailaban en mi mente.

Ella no es tuya.

Se supone que es solo un trabajo.

26

EVA

Desperté por la mañana pegada al cuerpo de Lev. Nos habíamos quedado dormidos simplemente hablando hasta altas horas de la noche. Ninguno de los dos se había levantado para quitarse la ropa, demasiado cómodos y a gusto como para pensar en bajarnos de la cama.

Mi vestido era corto, así que no estaba muy confinada, pero él había dormido con sus pantalones y camisa, completamente vestido. Este aspecto arrugado lo hacía parecer más humano, más cercano. Como si él también pudiera estar tan agotado que se relajara hasta quedarse dormido. A veces, parecía más una máquina que un hombre, siempre tan duro y con tanta resistencia.

Antes de que pudiera acomodarme y quedarme mirándolo dormir por mucho tiempo, sonreí y le aparté el cabello de la cara. Se sobresaltó ligeramente pero no abrió los ojos.

—No bromeabas sobre la necesidad de encontrar la almohada adecuada.

Gruñó somnoliento, abrazándome mientras me hacía rodar sobre mi espalda.

—La almohada adecuada —Me besó profundamente—. La cama adecuada.

Rodeé su cuello con mis brazos y lo atraje de nuevo para otro beso. No nos besamos ayer, pero parecía que lo compensaríamos ahora. El espacio fue bueno para el día anterior. También lo fue la simple compañía de solo hablar y escucharnos mutuamente.

Deslizó su mano por mi costado hasta acariciar mi trasero desnudo, con mis bragas subidas por su toque.

—La mujer adecuada...

De nuevo, me embriagó con esos besos profundos y aturdidores.

—¿No tienes que ir a clase pronto, verdad? —preguntó mientras se incorporaba para que yo pudiera apresurarme a desabotonar su camisa.

Negué con la cabeza.

—No. Pero necesito ir a la residencia para buscar algunos papeles que escanear y enviar por correo electrónico a Kelly.

Sonrió, quitándome el vestido.

—Entonces no hay prisa...

Y no la tuvo. Con una lentitud agonizante que amenazaba con ser mi perdición, me hizo llegar al clímax dos veces. Solo nos levantamos de la cama una vez que había derramado su semilla dentro de mí. En la ducha, goteaba, pero él intentó en vano empujarla toda de vuelta adentro.

Vaya manera de despertar.

No podía borrar esta sonrisa de mi cara. A través del frío en el campus mientras caminábamos hacia la residencia, me sentía tan cálida por dentro, llena de emoción y algo muy parecido al amor.

—¿Solo necesitas entrar y buscar algunos papeles? —comprobó mientras caminaba detrás de mí hacia la residencia estudiantil.

No había muchos estudiantes alrededor. Con esta semana llena de exámenes, tenía sentido.

—Sí. Tomaré sus cuadernos y luego podré averiguar qué necesita que se envíe a su profesor.

No había multitudes en los pasillos que fueran un obstáculo. En menos tiempo del que nos había llevado llegar a los baños en nuestra búsqueda de Kelly hace solo un par de días, ya estábamos allí.

—Esta —dije mientras agarraba la llave que Kelly me había dado hace unas semanas, por si acaso. Realmente era la única persona que tenía de su lado, la única amiga o conocida en quien confiaba.

Parecía extraño sentirme como una intrusa aquí. Se suponía que yo había estado viviendo aquí estos últimos meses. Ese emocionante día de venir al campus se vio frustrado cuando Lev decidió que viviera en el apartamento lejos de aquí, pero como había llegado a aprender lo bueno que podía ser compartir mi espacio, mi ser, con Lev, quería disfrutar de la certeza de que todo había salido para mejor.

Intenté imaginar venir aquí, ver este pasillo como una sensación de estar "en casa". Que Kelly y yo hubiéramos compartido habitación y probablemente nos hubiéramos hecho amigas más cercanas.

Me pregunto si ella aprecia la privacidad, sin embargo.

Al ver las muchas habitaciones con al menos dos estudiantes cada una, hice una mueca al pensar lo fácil que sería sentir que no había tranquilidad, ni lugares privados.

Como vivir en un apartamento, supongo. Introduje la llave en la cerradura. *Bueno, no como nuestro apartamento.* Lev había elegido el ático para nosotros, con todos los electrodomésticos y comodidades de última generación y alta calidad.

—Tal vez pueda pasar por la clínica de salud tan pronto como tenga lo que ella necesita —murmuré, hablando más para mí misma que para Lev.

Como siempre, él estaba justo allí. A mi espalda, de pie en alerta mientras miraba hacia el pasillo en busca de cualquier amenaza.

Asintió, sin embargo, dándome la pista de que me había escuchado.

Giré el pomo, emocionada por poder volver a ver a mi amiga en la clínica de salud. No podían querer mantenerla allí por mucho tiempo, imaginaba.

Entré en la oscura habitación de la residencia. Mientras extendía la mano para encontrar el interruptor de la luz, tanteé a ciegas por la pared. *¿Qué demonios? Tiene que haber un interruptor cerca de la puerta...*

Lev me siguió, pero en el segundo en que ambos estábamos más adentro de la habitación, algo pesado chocó contra mí y me empujó de vuelta a los brazos de Lev.

Abrí la boca para gritar, pero Lev deslizó su mano sobre ella en una rápida advertencia para que me mantuviera en silencio. Todo sucedió tan rápido, en un instante, que lo único que pude hacer fue luchar por respirar a través de la conmoción y prestar atención.

¿Qué demonios? ¿Qué carajo está pasando?

Tan pronto como estuve de pie de nuevo, arrastrada detrás de Lev, me esforcé por encontrar el interruptor de la luz mientras mi guardaespaldas se lanzaba hacia adelante para enfrentarse a quienquiera que hubiera pensado que podía emboscarme aquí, en la oscuridad total.

27

LEV

Eva se quedó atrás, extendiendo el brazo para buscar el interruptor de la luz. No era necesario.

Podía oírlo. Podía olerlo.

El hombre que había estado en esta habitación de la residencia para emboscarnos estaba a mi alcance, luchando como un demonio. No necesitaba la luz encendida para darle una paliza. No me importaba si podía ver su cara cuando el miedo a mi ira se reflejara en ella.

—Atrapa a la chica —ordenó alguien en ruso.

Sin embargo, la voz no estaba presente. A pesar del rugido de mi pulso en los oídos al entrar en modo de ataque total, golpeando e intentando agarrar a este hombre, percibí la diferencia en esa orden. Provenía de alguien que no estaba en esta habitación. No aquí.

—No —respondió Eva, también en ruso—. No me llevarán a ninguna parte.

Las luces se encendieron cerca del armazón de una litera. Ella había encontrado algún tipo de interruptor, pero no había encendido las luces del techo. Me habría cegado, casi distrayéndome de mantenerme entre este hombre y Eva, pero estaba demasiado entrenado, demasiado condicionado, para ser una máquina de matar defectuosa de ese modo.

De igual tamaño, se enfrentó a mí solo. En este borrón apresurado de lucha y de bloquearlo para que no llegara a ella, no pude ralentizar el tiempo lo suficiente para determinar quién era. Si era un Petrov o un Ilyin, o alguien de otra entidad criminal. No era un estudiante, eso seguro.

Mayor que yo, corpulento y musculoso, y mostrando una destreza y experiencia rivales en el manejo de una pelea, tenía que ser un soldado o miembro de una familia mafiosa de algún lugar. Más tarde, esa pista de que hablaba ruso importaría, pero ahora, mi único objetivo era derribarlo. Dejarlo incapacitado o muerto, si llegaba a eso.

Eva se aplastó contra la pared, manteniéndose fuera del camino en esta habitación demasiado pequeña y estrecha. No intentó gritar de nuevo, lo que habría atraído la atención. No intentó escapar ni huir de esta violencia. Por mucho que tuviera que estar llena de adrenalina y la necesidad de luchar o huir, no hizo ninguna de las dos cosas. Se quedó congelada en su lugar mientras *yo* luchaba por ella.

El hombre gruñía y rugía, no solo pareciendo una bestia sino también sonando como un animal furioso al ataque. Recibía cada uno de mis puñetazos, y yo hacía lo mejor para respirar a través del impacto de sus golpes y patadas también.

La puerta estaba cerrada mientras me esforzaba por derribarlo, pero alguien oiría. Alguien notaría los fuertes sonidos de nosotros chocando contra los muebles y forcejeando. El armazón de la litera crujió. Un estante de libros se estrelló contra el suelo, golpeando ruidosamente. Aunque él no hablaba y yo también mantenía la boca cerrada, ambos enfrascados en esta guerra por vencer al otro, no éramos silenciosos.

No necesitaba que viniera la maldita seguridad. No quería que un extraño interfiriera. Si este cabrón estaba en esta habitación específica de la residencia, estaba aquí por una razón: *mi* razón. *Eva.* No importaba que ella no viviera aquí. Debería haberlo hecho, y esa pista habría sido una que alguien más podría haber descubierto. Aparte de eso, Kelly vivía aquí y ya se había establecido que probablemente era una conexión con Eva para cualquiera que la buscara.

Sacó un cuchillo, aumentando el desafío. Su determinación por quitarme de en medio demostraba en cuánto peligro estaba realmente Eva. Esa orden en el teléfono que se le había caído de las manos, esa instrucción de *atrapar a la chica*, no era una advertencia ociosa.

Si este hombre llegaba a ella, la perdería para siempre.

No. Ni de coña. Me negaba a dejar que eso sucediera. No solo porque era mi trabajo, mi deber mantenerla a salvo, sino porque quería que estuviera a salvo, siempre. Conmigo o sin mí.

Deseando poder pedir refuerzos, me resistí a él y evité la punta de su cuchillo. No era tan hábil como yo con una hoja, y en última instancia, ese fue el giro de esta pelea.

Un golpe fuerte en su rodilla, forzándola en la dirección equivocada, lo hizo caer. Sin embargo, al caer, giró y me inmovilizó contra el suelo, con ese cuchillo apuntando a mi cuello.

Por encima de su hombro, vi el miedo grabado en el rostro de Eva. Eso era todo lo que necesitaba para luchar aún más duro. Para tener éxito. Para quedarme con ella. Gruñí, esforzándome por usar toda mi energía y fuerza para empujarlo hacia atrás. Lo logré, finalmente dominándolo, con su cuchillo clavado directamente en su cuello.

Jadeé y parpadeé, tratando de recuperar el aliento mientras completaba la puñalada y lo forzaba contra el suelo.

—¿Quién te envió? —exigí—. ¡¿Quién te envió?!

Me hizo un gesto obsceno, cerrando los ojos mientras la sangre empapaba el frente de su camisa.

Su teléfono sonó de nuevo. Tan golpeado y desorientado por la difícil pelea, me faltó tiempo de reacción para agarrarlo antes de que la pantalla se apagara.

—Se apagó —dijo Eva, con voz baja e inestable.

Por el rabillo del ojo, la vi agacharse para coger el teléfono. —Está desactivado.

Asentí, dejando que el hombre se desplomara mientras me daba cuenta de que también lo había desactivado a él. Estaba muerto, sin pulso, y su enorme pecho no se movía.

—Probablemente lo tenían programado para borrarse —hice una mueca mientras me echaba hacia atrás sobre mis talones mientras respiraba a través del dolor—. Quienquiera que estuviera al teléfono con él debe haber imaginado que lo matarían o lo atraparían.

Su mano presionó la parte superior de mi hombro. El temblor de sus dedos me molestó, e intenté con más ahínco retomar la posición de autoridad y control. Ella se apoyaba en mí en busca de seguridad. Tenía que mirarme para saber que todo volvería a estar bien. No tenía derecho a tener miedo.

—Tranquilo —advirtió con cuidado, su voz más firme y estable ahora—. Estás sangrando.

Asentí, haciendo una mueca mientras me ponía de pie. Ella no se acobardó ante mí. En lugar de retroceder, me llevó a lo que quedaba de la cama para que pudiera sentarme. El dolor irradiaba a través de mis extremidades. Los dolores se extendieron y se asentaron en mi torso, pero ignoré las punzadas de agonía de donde su cuchillo me había alcanzado.

Ahora que el peligro había pasado, intenté calmarme y evaluar la situación. Eva cogió mantas y sábanas para comprimir los cortes y heridas que encontró siguiendo los desgarros y roturas de mi ropa. Dejando que me ayudara, examiné los daños. Nada se había salvado en la habitación. Había luchado contra el hombre con tanta violencia que ningún mueble quedaba en su sitio. Libros, ropa y otros objetos estaban esparcidos por todas partes. Aunque su corazón ya no bombeaba sangre con tanta rapidez, el hombre muerto formaba un charco rojo sobre la manta que había dejado caer.

—Quién...

Eva no terminó de preguntar cuando sonaron golpes en la puerta.

—Oye, ¿está todo bien ahí dentro? —preguntó una mujer—. Soy la supervisora del dormitorio.

Eva se puso de pie, levantando la mano para que yo permaneciera sentado mientras se acercaba a la puerta. —Sí. Estoy bien.

—¿Qué? No puedo oírte. Alguien de abajo dijo que escuchó ruidos aquí arriba. Si tienes a alguien ahí dentro y estás tratando de...

Eva abrió la puerta una rendija, ocultándome de la vista. —Estoy bien. Solo se me cayeron unos libros.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy segura. Y tengo demasiados exámenes como para aguantar tu curiosidad. —Cerró la puerta rápidamente, echando el cerrojo antes de que la mujer pudiera hablar de nuevo.

—No podemos quedarnos aquí —le dije mientras sacaba mi teléfono.

Ella asintió, caminando alrededor del cuerpo sin mirarlo. —Y hay que sacarlo a él también.

Suspiré, llamando a Marcus para que nos ayudara. Limpiar este tipo de mierda nunca era divertido, pero yo ya había "superado" esas tareas. El Jefe enviaría un equipo para eliminar las evidencias de este hombre y toda la sangre derramada, pero no era tan fácil como salir y dejar entrar a los equipos.

Esto era un dormitorio, y un sinfín de testigos inocentes se pondrían curiosos y fisgonearían, dando vueltas.

Me puse de pie, haciendo una mueca de dolor. Manteniendo el teléfono pegado a la oreja para organizar la limpieza, dejé que Eva se acercara para sostenerme. Mareado y aún exhausto por la pelea, necesitaba apoyarme en ella. Y ella lo entendió. No hubo que pedírselo ni decírselo.

Siguió presionando las compresas donde tenía cortes, se quedó justo ahí, serena y dispuesta a ayudar. Le dije a Marcus que viniera y que trajera también un equipo para limpiar.

—¿Necesitas asistencia? —preguntó—. ¿Médica?

Eva también escuchó la pregunta. Levantó la mirada y negó con la cabeza. —Puedo manejar esto —me dijo.

—No —le dije a él, asombrado por esta joven que no se inmutaba ante el gore y la violencia.

Un hombre muerto yacía a sus pies, pero ella no dejaba que eso la destruyera. Se había criado como una Baranov. Era la princesa de la mafia de una familia llena de asesinos y torturadores.

Por supuesto que tendría estómago para este tipo de cosas. Pero verla mantener la calma me hizo admirarla aún más.

Después de colgar, Eva caminó conmigo hacia la puerta.

—Me aferraré a ti así —dijo, acercándose y dejando que mi abrigo nos cubriera a ambos con mi brazo levantado—. Y eso debería ocultar la mayor parte de la sangre.

—Sí —estuve de acuerdo. Pero antes de que abriera la puerta, la detuve—. Espera. —Agarré mi pistola que había sido pateada de mi mano durante la pelea.

—Mierda. La de él también —añadió, agachándose para recoger su arma que había caído cerca de él. Levantó la mirada, frunciendo el ceño—. ¿Deberíamos llevarnos el cuchillo también?

—No. Marcus se encargará de eso. —Dudaba que otro hombre pudiera estar al acecho cerca para agarrar esa arma y usarla contra nosotros. Una vez más, me maravillé de su sentido común, al quitarle todas las armas al enemigo para que nadie más estuviera armado.

Quería salir de aquí ahora, antes de que Marcus y otros hombres llegaran. Tenía que detener esta hemorragia, y en este estado más débil, sentía que no estaría en las mejores condiciones para defender a Eva si alguien más aparecía. Necesitaba llevarla —llevarnos— al apartamento, donde sabía que estaríamos más seguros.

—Déjame revisar el pasillo —susurró Eva mientras abría la puerta.

Me quedé allí esperando, apoyado contra la pared, mientras ella asomaba la cabeza. Sostenía mi arma, listo para actuar, pero le permití ser la vigía y ver si había alguien cerca que pudiera presenciar nuestra salida.

No había nadie. Quienquiera que fuera esa empleada del dormitorio no estaba allí. Tan rápido como pudimos, salimos del edificio y nos dirigimos afuera.

Marcus llegó justo cuando nos alejábamos del edificio. —Aquí, toma mi coche. Nos

encargaremos de que te devuelvan el tuyo.

Eva asintió, tomando sus llaves. Marcus me miró con el ceño fruncido.

—Hablaremos de esto más tarde —expliqué—. Y asegúrate de que el equipo revise su teléfono.

—¿Desactivado? —preguntó, consciente de cómo los soldados a menudo tenían dispositivos programados para borrarse en caso de que el portador fuera capturado y pudiera contener información rastreable.

Asentí.

Eva nos llevó de vuelta al apartamento, ya que yo no podía conducir y mantener las manos sobre mis heridas al mismo tiempo.

—Oye —dije, dándome cuenta cuando ella aparcó en el garaje—. No conseguiste los papeles para Kelly.

Ella soltó una risa, lanzándome una mirada incrédula mientras me ayudaba a salir del coche. Luego se convirtió en carcajadas, pero no lo suficientemente histéricas como para preocuparme por su reacción tardía a la violencia.

—Como si eso pudiera importar ahora. —Me dejó apoyarme en ella mientras caminábamos—. Estás herido. Creo que eso es prioritario.

Mejor que sea yo el herido. Y no tú.

Dejé que sus palabras se repitieran en mi mente y calmaran mi alma.

Eso es prioritario. Había afirmado que *yo* era su prioridad. Suya.

La profundidad de su comentario me sacó de mi eje. Esta mujer, mi misión, se preocupaba por mí no solo para decirme que yo importaba. Me mostró la intensidad de sus pensamientos y comentarios cosiéndome las heridas. Limpiando la sangre. Ayudándome a limpiarme de la sangre de la pelea. No era lo peor que había enfrentado, pero ese hombre era un cabrón grande y malo que me había dejado sin aliento más de lo que me gustaba admitir.

Bajo su tierno cuidado, sin embargo, demostrando cuán intrépida y aceptante era de la violencia que gobernaba nuestro mundo, demostró lo buen equipo que hacíamos. Cómo *podíamos* trabajar juntos a pesar de nuestra primera tendencia a chocar.

Esta tarde, me di cuenta una vez que se sentó conmigo en el sofá y presionó hielo contra el moretón que se estaba formando en mi mejilla, fue cuando me enamoré.

De ella.

28

EVA

Durante la mayor parte del día después de aquel desafortunado viaje a la habitación de Kelly, Lev se dedicó a controlar los daños. Su cuerpo también hacía lo propio. Entre los cortes que le cosí o vendé y el hielo que apliqué a sus heridas, su cuerpo se recuperaba con el ligero descanso.

Pero él estaba hecho para esto. Era un asesino. Un luchador entrenado. Una pelea, por muy desafiante que pareciera, no lo detendría por mucho tiempo.

Fue con una confianza extraña pero natural que pude cerrar la boca, no gritar y mantenerme al margen mientras Lev mataba a ese hombre.

La violencia era un elemento de la vida en la mafia, pero lo que sucedió en esa habitación fue la primera vez que experimenté un asiento de primera fila.

—Sí, recoge sus papeles y lo que parezca necesario —le dijo Lev a Marcus por teléfono.

Todavía estaba sentado en el sofá, ocupado al teléfono mientras Marcus y el equipo de limpieza le informaban y también mientras él se comunicaba con mi tío.

Mirándome, arqueó una ceja. —¿Necesitará algunos libros de biología? —preguntó, haciendo de intermediario.

Hice una mueca y negué con la cabeza. —No. Creo que estudia con el material en línea.

Honestamente, pensar en cualquiera de mis clases, o las de Kelly, no era algo para lo que tuviera tiempo o energía. La escuela no estaba en mi mente ahora. Este peligro sí lo estaba.

Otra notificación apareció en mi teléfono y la miré. *Recordatorio de entrega*. Suspiré y deslicé para descartarla. Si no entregaba este trabajo a tiempo, qué más daba. Ya me pondría al día. O aceptaría el golpe en mi calificación.

En este momento, sentía que me estaba mintiendo a mí misma. Al mundo. *No era* solo otra estudiante universitaria. Con este episodio de violencia, de un hombre esperando para atacar en la habitación donde se suponía que yo vivía, mi vida *real* se estaba colando. No podía cambiar el hecho de que era una Baranov. No podía huir de quién era. Y con una desgarradora sensación de derrota, odiaba pensar que estaba perdiendo el tiempo tratando de experimentar una supuesta

vida normal durante todo este tiempo aquí.

Antes de bajar mi teléfono, apareció un mensaje de texto.

Kelly: *¿Es esto en serio? ¿Me voy a mudar contigo?*

Eva: *Sí. Rurik te traerá tan pronto como te den de alta en la clínica.*

Ahora, eso sí me hizo sonreír. Después de las protestas de Lev sobre tener a Kelly como amiga, de nunca dejarla visitarnos, cambió de opinión para insistir en que se quedara aquí. Quería creer que extendía esa invitación, o hacía esa demanda, porque sabía que me sentiría mejor teniéndola cerca y viendo que estaba a salvo y bien. Pero apostaba a que era más porque ella podría ser una pista de por qué había algún peligro en el campus. Porque asumía que el incidente de la droga era una distracción o un intento de llegar a mí.

—¿Estás bien? —preguntó Lev.

Parpadeé mirándolo y asentí. —Sí. ¿Por qué?

—Estás pensativa.

—Bueno, tú dijiste que parecía ser una mujer intelectual.

No mordió el anzuelo de mi sonrisa astuta. —Kelly estará protegida aquí.

Asentí. —Pero sé lo que significa que se quede aquí.

—¿Qué? —me instó.

—Que ella... se está involucrando en los asuntos familiares. —No tenía la intención de meterse o participar en nada que afectara a la organización Baranov, pero por ser mi amiga, este parecía ser el precio a pagar.

—Y tú estarás allí para ayudarla con esa adaptación —explicó simplemente.

En menos de una hora, ella estaba allí. Aunque caminaba por sí misma y no se encogía de dolor a cada momento, vi las señales de las drogas afectando su cuerpo. Se veía cansada. Preocupada. Y cuando vio a Lev sentado en el sofá con la cara golpeada y el hielo a su alcance, su expresión cambió a una de franca preocupación.

—¿Qué *demonios* está pasando? —preguntó en voz baja.

—Siéntate —le indiqué primero, dando una palmadita en la silla de la sala mientras Rurik llevaba sus cosas a la habitación de invitados.

Con cuidado de no revelar nada incriminatorio y ciñéndome a detalles vagos, la puse al día sobre lo que sucedió cuando fui a buscar sus papeles más temprano.

Lev también agregó algunas cosas, pero en general, ella se sentó allí sin decir palabra y parecía luchar por asimilar esta noticia.

—Mi... nuestra habitación fue allanada —dijo después de un momento de silencio. Lo afirmó como una petición de confirmación, pero no como una pregunta en sí.

—Sí —respondí.

—Y había un hombre allí, recibiendo un mensaje de alguien por teléfono para capturarte. —Abrió los ojos de par en par con alarma mientras me miraba.

—Correcto —dije.

—¿Y estás *tranquila* al respecto? —Resopló una risa áspera y sacudió la cabeza—. No te molestes en responder. Por supuesto que lo estás.

Miré a Lev y a Rurik, que se había parado detrás de Lev mientras le explicábamos todo esto a Kelly. Compartían expresiones impasibles pero pacientes, probablemente pensando lo mismo que yo. *Es lo que hay*. Kelly se adaptaría a esto o no.

—¿Un hombre fue asesinado... donde yo vivo... porque planeaba llegar a ti allí? —Esta vez, lo entonó como una pregunta.

Asentí, pero ella frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No. Eso no puede estar bien.

—¿Por qué no estaría bien? —pregunté.

—Porque nunca has estado allí. *No* vives en el campus. Sí, cualquiera podría averiguar que ese era el lugar asignado para ti, pero el hecho es que hasta hoy, nunca pusiste un pie en esa habitación.

—¿Estás tratando de sugerir que ese hombre estaba allí para atraparte a *ti*? —preguntó Lev.

—¿Porque la conozco? —Kelly me señaló—. No lo sé.

—Entiendo lo que quieres decir —dije—. La gente puede verme hacerme amiga de ella, pero si me han estado observando tanto, habrían notado que nunca voy al dormitorio.

Kelly asintió.

—¿Por qué alguien te querría a ti? —preguntó Rurik, sin sonar nada contento con esta idea.

—Para usarla como palanca para llegar a ella —respondió Lev, señalándome.

—¿Pero por qué? —Negué con la cabeza—. ¿Para qué? —Cuando Lev me lanzó una mirada de *obviamente*, aclaré—. Aparte de la idea general de que podrían usarme en algún tipo de guerra o juego de poder, ¿por qué?

—Porque tú eres el objetivo —dijo Kelly.

—¿Eh?

Nos miró a cada uno antes de enfrentarme a mí. —Cuando estaba en la clínica de salud, me trasladaron por unas horas a la habitación contigua a la amiga de Irina que fue violada en esa fiesta de la fraternidad. Las escuché hablar, y te mencionaron a *ti* varias veces.

—¿Qué dijeron? —exigió Lev.

—No puedo recordarlo todo palabra por palabra, pero la esencia de lo que escuché era que Eva

era un objetivo. Que "la Baranov" era el objetivo.

Bueno, esa soy yo. Soy la única Baranov aquí en el campus.

Rurik y Lev la interrogaron para que explicara todo lo que había oído, pero su limitada historia seguía siendo la misma. Solo que Irina, o los Petrov, me veían como un objetivo y que mi presencia aquí implicaba un aumento en la circulación de drogas.

—¿Así que el rumor es que yo soy la razón de que haya más drogas en el campus? —Puse los ojos en blanco—. No me lo creo. Sí, nosotros lidiamos con drogas. Los Petrov también. Es un hecho de la vida. —Miré fijamente a Lev, que parecía estar analizando todo lo que Kelly había dicho al igual que yo—. Pero yo no estoy traficando nada. Si estuviera aquí tratando de hacerme amiga de consumidores y traficantes, si estuviera buscando activamente formas de distribuir más, *entonces* sería una jugadora en ese juego. Pero no lo soy. —Era una persona hogareña, solo me había hecho amiga de Kelly y me ocupaba de mis asuntos para estudiar. Había ido a esa fiesta de la fraternidad, pero no para festejar o encontrarme con alguien. Solo para ver cómo eran como observación social.

—Estoy de acuerdo —dijo Rurik—. Vincularte específicamente a ti con este aumento de drogas no tiene sentido.

Lev asintió. —Parece que Irina no puede decir lo mismo. Nuestros hombres la han notado en más fiestas y siendo más sociable.

—¿Entonces cuál es la conexión que están tratando de establecer? —preguntó Kelly. Tan pronto como lo dijo, se congeló, con los ojos muy abiertos—. Eh, olviden que pregunté. No estoy tratando de entrometerme en, um, asuntos oficiales de la "familia".

Resoplé. —No eres parte de los negocios de la "familia", Kel. Te drogaron, tal vez incluso te atacaron en ese cuarto de duchas. Debido a tu asociación conmigo, eso te implica en lo que sea que esté pasando.

Ella agachó la cabeza, pareciendo molesta por mi explicación, y odié que solo conocerme y hacerse mi amiga pudiera ser una maldición tal.

—Y debido a eso, *serás* protegida —le dije firmemente.

—Absolutamente —añadió Lev.

Kelly le sonrió con sarcasmo. —¿Porque ahora soy un riesgo? Gracias.

—No. —Me levanté para sentarme a su lado—. Porque eres mi amiga. Y me importas. Y odio que alguna vez te hayan lastimado, o que puedan lastimarte, porque te arriesgaste a ser mi amiga.

Ella puso su mano sobre la mía y la apretó. —Lo siento. No quiero sonar tan combativa y grosera. Es solo que... —Suspiró—. Esto es demasiado.

—Lo sé. Pero puedes descansar con la seguridad de que *no* estás sola en esto. En nada de esto. Averiguaremos quién está atacando a las mujeres, quién está tratando de distribuir más drogas aquí.

—Bueno, ¿quién era el... eh, hombre en mi habitación? —Miró a Lev, luego a Rurik—. ¿Ustedes

no sabrían simplemente quién es él y podrían ir a pelear contra esos tipos?

Lev se aclaró la garganta. —Nadie lo ha reclamado. Nadie sabe quién es, y no ha sido identificado como perteneciente a ninguno de nuestros enemigos conocidos.

Fruncí el ceño.

—Podría ser un contratista independiente —dijo Rurik.

—¿Un sicario? —preguntó Kelly, incrédula.

—Un contratista independiente —repitió Lev por su amigo—. Cuando algunas familias quieren hacer una declaración o atacar de manera ambigua, a veces contratan fuera de su organización para despistar aún más a todos los demás.

Nos estaban despistando. Me sentía perdida, confundida al tratar de averiguar cómo manejar este semestre en la escuela.

Todo lo que había esperado era una oportunidad para vivir y estudiar, para fingir que era una persona normal e independiente.

Y demasiado rápido, tuve que recordar que mi familia, mi pasado, mi vida, siempre me impedirían tener algo que pudiera constituir como normalidad.

29

LEV

Que Kelly se mudara con nosotros parecía la mejor decisión para todos. Aunque odiaba renunciar a la privacidad que podía compartir con Eva, parecía la elección más sensata.

Esta hermosa mujer que se estaba colando profundamente bajo mi piel tenía un corazón sangrante. Era tan dura y fuerte para tolerar la violencia con la cabeza fría como era una blanda en el fondo que se preocupaba por su amiga.

Kelly no podía volver a su dormitorio de todos modos porque lo había destrozado peleando con ese hombre enviado para llevarse a Eva.

Durante los siguientes días, Kelly y Eva se quedaron en el apartamento sin que se les pidiera. No parecían inclinadas a irse en absoluto. Recuperarse y descansar era su plan de juego. Dudaba que el trabajo escolar estuviera siquiera en sus mentes.

Su amistad se solidificó, y yo no discutiría en contra de darle a Eva lo que quería en este aspecto. Cuanto más llegaba a conocerla, más me daba cuenta de lo sola que había estado toda su vida.

—¿Alguien ha reportado noticias sobre los Petrov? —me preguntó Oleg mientras yo caminaba de un lado a otro en mi habitación dos días después de que casi perdiera la vida. Los moretones oscurecían mi piel. Los cortes picaban mientras se formaban costras sobre ellos. Me veía maltrecho, pero aparte de las leves punzadas de dolor en algunos grupos musculares, me sentía como nuevo.

—No —Él sabía que había pedido más soldados en el campus. La mitad estaban disfrazados como estudiantes para infiltrarse y acercarse a donde sospechábamos que podrían estar Irina o los soldados asignados a ella. Otros hombres de Baranov estaban vestidos de traje y eran reconocibles como un aumento de la fuerza Baranov.

—¿Qué carajo? —murmuró el Jefe en respuesta.

Lo conocía lo suficiente como para tomar eso como una respuesta retórica, no una pregunta real para que yo respondiera.

—¿Y ningún avistamiento de ese hombre que mataste cuando te encargaste de Yusuf? —preguntó.

No pude evitar una risa áspera. —No. Estaba muerto, señor.

Un suspiro profundo vino de su lado. —Lo sé. Pero... joder. Ya no sé qué sé.

—Voy a salir a patrullar y revisar a los hombres. Irina sigue en el campus. Ha sido vista en clases con uno o dos hombres custodiándola. Pero aparte de eso... Nada ha cambiado.

—Algo cambiará, sin embargo. Te asigné a Eva porque sé que no me fallarás.

Define eso, por favor. Sentía que ya había fallado de tantas maneras. Dejé que se acercara demasiado a ese cabrón con el que peleé en esa habitación del dormitorio. No estuve allí para evitar que ese hombre Ilyin casi la violara. Y me había acostado con ella, ayudándome a mí mismo de la manera más cercana posible cuando tomé su virginidad que estaba destinada a alguien más.

—Y he estado pensando en los rumores de los Petrov y los Ilyin distribuyendo drogas en el campus allí. Es una violación de nuestros acuerdos. Es terreno neutral —me recordó innecesariamente.

La universidad que Eva había elegido para asistir estaba cerca de la ciudad pero no designada como territorio de ninguna familia. Ni las pandillas ni el Cártel tampoco.

—Tal vez eso es lo que cambió —le dije—. Tal vez una de las familias ha comprado a alguien de alto rango en la universidad y esos límites han cambiado.

—Eso es lo que estoy probando al dejar que Eva esté allí.

—¿Es un cebo? —pregunté, furioso y sin importarme que pudiera oírlo en mi voz.

—No. Ella no está participando. No usa drogas. No las compra, no las vende, no las busca.

Asentí ante las verdades que hablaba.

—Pero ella es una Baranov. Y su presencia allí sería un catalizador si alguien ha tomado el control de la universidad como parte de su territorio.

Nunca se trató de dejarla venir aquí porque ella quería. Me disgustaba cómo había sido... utilizada.

—Por eso quería que fueras con ella. Para espiar. Para ver qué sucede.

—Apostando con su vida, quieres decir.

—¿Acabas de decir lo que creo que dijiste? —preguntó.

Mierda. No estaba tratando de ser combativo con el hombre que me había acogido.

—Me disculpo por mi tono —dije.

—¿Pero no por tus palabras?

—No —No mentiría sobre eso—. Me disgusta la noción de que alguien pueda apostar con su vida.

—¿Porque se te ha encomendado mantenerla a salvo?

¡Mierda! Me había descubierto. No me gustaba la idea de que el Jefe apostara con la vida de su sobrina porque me estaba enamorando de ella. Porque no quería perderla.

—¿Lev? —Suspiró—. Ese es mi trabajo. Apuesto con todas vuestras vidas. Mi familia. Mis hombres. Soldados, líderes, espías y guardias. La seguridad de cada Baranov depende de una apuesta de una manera u otra.

Pero yo no soy un Baranov. Yo era Lev Kvashnin, un hijo bastardo y huérfano al que él le había dado un propósito.

—Aposté cuando te encargué eliminar a Yusuf Ilyin —me recordó—. Lo mismo que apuesto por tu compromiso de mantener a mi sobrina lo más segura posible.

—No es una apuesta —respondí—. Protegeré a Eva con mi vida. Pase lo que pase.

—Hmm —Se aclaró la garganta—. Me alegra oírlo.

Fruncí el ceño, sin entender lo que significaba su comentario. ¿Estaba contento de que yo fuera un soldado obediente y la estuviera protegiendo? ¿O estaba... orgulloso de que yo fuera *tan* dedicado a mantener a Eva a salvo?

—Informaré después de mi patrulla —le dije antes de que termináramos la llamada.

Eva y Kelly estaban durmiendo la siesta, demasiado cansadas después del almuerzo, y en lugar de despertar a la mujer de mis sueños, le envié un mensaje de texto para hacerle saber que volvería después de revisar a los hombres. Ella recibiría el mensaje y sabría que el guardia apostado en el pasillo velaría por su seguridad hasta mi regreso.

Cuanto más me acercaba a Eva, menos me importaba este trabajo dual. Ser su guardaespaldas, pero también espía en el campo. Intentaba resistir el sueño y la visión de hacer solo una cosa: ser un soldado como siempre y espiar para el Jefe con ella en mi vida. Como mi mujer.

Cuando llegué al campus, saludé a Rurik pero no me uní a él. En esta etapa de la misión, parecía mejor dispersarnos en lugar de emparejarnos. De todos modos, él se mantenía en contacto frecuentemente, así que aunque estábamos trabajando juntos aquí fuera, permanecíamos separados.

Tal como le confirmé a Oleg, no había nada nuevo que notar sobre las fuerzas de Petrov aquí. Más de ellos merodeaban por el edificio del dormitorio donde residía Irina. Pero parecían ociosos y aburridos. No expectantes ni como si estuvieran esperando algo o a alguien como aquella noche en que Rurik y yo los habíamos seguido.

Esto no tiene sentido. Se estaban escondiendo en otro lugar, y había demasiados edificios por todo el campus para tener una vigilancia adecuada en todas partes. Esto era solo una de las cosas con las que el Jefe tenía que lidiar. Incontables otras misiones, peligros, amenazas y tratos debían tener su atención también. La organización Baranov era grande y poderosa, pero los enemigos que acumulábamos eran muchos.

Me volví para revisar las puertas traseras de la biblioteca más grande antes de rendirme y volver con Eva al apartamento. Este edificio era el más antiguo aquí, y con innumerables adiciones, varias áreas estaban resguardadas y no eran tan fáciles de vigilar. La última vez que estuve aquí fue cuando Eva tuvo ese grupo de estudio, donde besó a ese imbécil para provocarme.

Hablando del rey de Roma...

Divisé al cabrón escuálido justo adelante. Se dio la vuelta después de recibir dinero de alguien con traje a pocos metros, cerca de una esquina que conducía a otro pasillo exterior.

—Mierda —Movió la cabeza lo suficiente para verme acercándome. Sus ojos se abrieron de par en par. Metiendo frenéticamente el dinero en el bolsillo trasero, se apresuró a correr. Tropezó. Moviéndose tan rápido que perdió el equilibrio, me dio ventaja sobre él.

Sin embargo, antes de que pudiera alcanzarlo, curioso por saber por qué le estaban pagando, registré mentalmente la observación de su miedo. Tenía razones para odiarme por las veces que lo había alejado de Eva. Ahora, sin embargo, me miraba como si fuera a orinarse en los pantalones, aterrorizado de que lo atrapara cuando Eva no estaba cerca.

—Detente —advertí, corriendo tras él.

Sin embargo, recuperó el equilibrio y salió disparado.

Me esforcé, corriendo más rápido, pero otros se volvieron contra mí. El hombre del traje que le estaba pagando me encaró. Era un soldado de Ilyin que recordaba de cuando vigilaba a Yusuf.

—¿Qué demo...? —Desvié el primer golpe de otro Ilyin que cargaba cerca.

Tres de ellos me rodearon, y aún recuperándome de mi otra pelea en el dormitorio, sabía que estaría superado en número y fuerza. Si no fuera por Marcus y otro soldado que notaron el alboroto y se apresuraron a ayudarme, me habrían matado.

Como los cobardes que eran, sin embargo, se retiraron cuando un SUV se acercó a toda velocidad y se marchó. Disparé un par de veces al coche, pero no los detuvo.

—¿Qué...? —Marcus jadeó, inclinándose con las manos sobre las rodillas. Se esforzaba por recuperar el aliento, al igual que yo después de la pelea. En cualquier momento, la seguridad vendría a investigar los disparos.

—¿Qué demonios fue eso? —Se puso de pie, haciendo una mueca mientras se lamía la sangre en la comisura de la boca.

—No lo sé. Los vi pagándole a ese cabrón y...

—No —Negó con la cabeza—. No me refiero a que te hayan atacado. ¿Por qué coño no nos dispararon? —Entrecerró los ojos, estudiándome—. ¿Por qué no te dispararon a *ti*?

No lo habían hecho. Habíamos intentado usar nuestras armas contra ellos, pero nos habían desviado, prefiriendo el combate cuerpo a cuerpo.

Resoplé. —No tengo ni puta idea, tío —Miré fijamente en la dirección por donde se habían marchado a toda velocidad.

—Me dijeron que vigilara a los malditos Petrov —dijo el otro soldado mientras guardaba su arma.

Asentí.

—Sí. A mí también —dijo Marcus—. Hay que vigilarlos a todos, pero pensé que toda esta

mierda que está pasando aquí era por la chica Petrov que está aquí.

Negué con la cabeza. —Los Ilyin también han estado presentes. Uno se acercó a Eva en esa fiesta.

—Mierda —Marcus negó con la cabeza mirándome—. Tienes las manos llenas.

Las tenía. Y no tenía una dirección clara de quién estaba detrás de todos estos incidentes.

¿Los Petrov?

¿Los Ilyin?

Después de hablar con el Jefe, me inclinaba más por la suposición de que los Petrov eran los que estaban causando problemas aquí. Pero ahora...

Me dirigí de vuelta al apartamento, sin saber quién demonios era el enemigo número uno ahora.

30

EVA

—Puedo entender por qué preferirías vivir aquí en lugar de en los dormitorios —dijo Kelly.

Levanté las cejas hacia ella.

—Bueno, por lo que vi, los dormitorios parecían decentes.

Ella soltó una risa breve.

—Tal vez la habitación era pequeña —hice una mueca—. Acogedora —rectifiqué.

—Y anticuada —miró alrededor, observando la amplitud de la sala de estar—. Estrecha. No lo voy a negar. Ese dormitorio era el hogar más bonito que había tenido jamás. Aunque no puedo relacionarme con todo *esto*.

No habíamos hablado en profundidad sobre dónde iría ella desde que la habitación del dormitorio fue destruida. Pagaríamos a la universidad por cualquier daño. En un esfuerzo por controlar la narrativa de lo que sucedió allí y ocultar el hecho de que habíamos presenciado la muerte de un hombre en esa habitación, lo barreríamos todo bajo la alfombra.

Sabía que ella tenía la intención de quedarse. Después de este semestre, reanudaría sus estudios porque no tenía otro lugar adonde ir.

Cuando le ofrecí mudarse conmigo definitivamente, se negó, alegando que quería distanciarse de mi familia. Lo entendía. Si estuviera en su lugar, diría lo mismo. Por lo poco que había visto hasta ahora, la asociación con un Baranov conllevaba riesgos.

Sin embargo, su comentario sobre este lujoso apartamento no me sentó bien.

—No es el lugar lo que hace que un sitio sea agradable y acogedor —le dije, también mirando alrededor las altas paredes, las numerosas ventanas y los muebles impecables.

—¿No lo es? —Se incorporó, pareciendo más curiosa—. Tengo que imaginar que tu casa es así, solo que diez veces más grande y lujosa.

—Lo es —admití libremente y sin vergüenza. Nunca restregaría mi riqueza en la cara de alguien con el fin de tratar de sentirme superior a otro. Y ella lo sabía—. Pero se trata más de con quién compartes ese espacio lo que marca toda la diferencia.

—Aww. A mí también me gusta compartir habitación contigo —bromeó en tono burlón.

—Estaba tan desesperada por irme de casa porque nunca se sintió como un hogar.

—¿Porque tu padre es un borracho y tu madre se fue?

Fruncí el ceño.

—Sí y no. Mi tío siempre está allí. Pero también es su espacio de trabajo. Se celebran reuniones allí. Se discuten y se organizan negocios allí. Los soldados entran y salen...

—Ah.

—Estaba muy emocionada de venir a la universidad para salir de allí y sentirme cómoda en un lugar diferente. En un lugar aparentemente normal y corriente. Como habría sido el dormitorio. Pero no se trata de la estructura o el edificio. No se trata de las cosas que se pueden usar para animar o decorar un espacio. Se trata de con quién compartes tu espacio.

—¿Como... Lev? —adivinó con una sonrisa pícara.

Asentí. Luego gemí mientras dejaba caer la cabeza sobre el cojín de la silla.

—¿Qué?

—No podré compartir mi espacio, ni a mí misma, ni nada, con él después de esto.

—Espera. ¿Vas a abandonar los estudios? —Se incorporó, alarmada.

—Creo que tengo que hacerlo. Si mi presencia aquí es un objetivo para personas peligrosas, no está bien. No quiero ser responsable de atraer amenazas a estudiantes inocentes que vienen aquí para recibir una educación.

—Pero dijiste que Irina también es de la mafia. Si ella está aquí, no eres solo tú.

Le lancé una mirada frustrada.

—Eso no me hace sentir mejor.

—Entonces, ¿eso es todo? ¿Simplemente abandonas y te rindes?

—Nunca podría conseguir un trabajo. Ser profesora...

—Simplemente te casas y tienes bebés. Joder, eso suena tan derrotista.

Asentí. Sonaba terrible. Pero... Me mordí el labio, usándola como caja de resonancia.

—O tal vez podría exponer mi caso a mi tío e intentar llegar a un compromiso.

—¿Cómo? —Sonrió—. Estoy totalmente a favor de que intentes defender lo que quieres, chica.

—Quiero a Lev —decirlo en voz alta hizo que la carga de mi secreto más profundo se sintiera mucho más ligera. Como si ya no estuviera agobiada por el nerviosismo al respecto—. Quiero estar con Lev. Con el permiso de mi tío.

—Vaya —Sus cejas se alzaron—. ¿Es algo que él haría?

Me encogí de hombros.

—Nunca ha hablado mucho sobre casarme. Simplemente se da por hecho que me arreglarán con alguien.

—Entonces, ¿podría arreglar que te cases con Lev?

—Tal vez. No lo sé. Los matrimonios arreglados generalmente se establecen para unificar a la familia con otra. Para formar alianzas y todas esas tonterías anticuadas. Pero el tío Oleg no parece ser un jugador de equipo en ese sentido. Nunca ha dado una pista de con qué familia querría alinearse porque las detesta a todas. Es un solitario en ese aspecto.

—Entonces tal vez... —Sonrió—. Tal vez no se oponga a lo que quieres —Se rio una vez—. No es como si Lev fuera a protestar. El hombre adora el suelo que pisas. Puedo verlo. Lo veo en la forma en que te mira.

—Se supone que debe vigilarme. Es mi guardaespaldas.

—Oh, corta esa mierda. Él es *mucho* más que un guardaespaldas.

Nuestro tiempo para chismorrear o disfrutar de una charla de chicas se vio interrumpido con su regreso. La puerta se abrió tan rápidamente que ambas nos sobresaltamos. Lev entró, mostrando un labio partido y nuevas heridas.

—¿Lev? —Me puse de pie de un salto, preocupada de nuevo—. Pensé que solo ibas a comprobar cómo estaban las cosas.

—Bueno, a alguien no le gustó eso —Nos miró antes de llevar su malhumorada y taciturna persona a la cocina en busca de hielo.

—Voy a... —Kelly apuntó con el pulgar hacia su habitación, que estaba en el extremo opuesto del apartamento al mío.

Presté atención a Lev en lugar de a mi amiga mientras ella nos daba privacidad.

—¿Qué pasó? —Lo alcancé en la cocina, haciendo una mueca mientras le quitaba el paño de cocina de la mano y lo humedecía de nuevo para presionarlo contra el corte en su labio.

No respondió, mirando por encima del hombro como si comprobara si Kelly estaba al alcance del oído. Su puerta se cerró en ese momento, pero yo también quería más privacidad con él. En lugar de presionarlo por una respuesta, tomé su mano y lo llevé a mi habitación.

—¿Qué pasó? —pregunté de nuevo mientras se quitaba el abrigo y lo dejaba caer en una silla.

—Estaba revisando el campus en busca de señales de actividad de los Petrov. —No estaba inactivo, quitándose la camisa ensangrentada.

—¿Y viste algo? Irina debería haber vuelto a clases.

—No. No vi nada inusual, no hasta que estaba a punto de irme.

Luché por no reaccionar ante su pecho desnudo cuando se quitó la camisa. Odiaba las cicatrices que aún estaban sanando. Y me reprendí por tener una reacción ante él sin ropa. Siempre desearía a este hombre. Sin importar qué. Pero ahora no era el momento.

—¿Eva?

Levanté la cara de golpe, volviendo a poner la punta fría del paño en su labio cortado.

—Te pregunté cuándo fue la última vez que viste a Bryce.

Puse los ojos en blanco.

—No me pongas los ojos en blanco —me regañó con firmeza. Tiró de mi camisa, quitándomela —. Ven a ducharte conmigo y cuéntame.

Dejé que me guiara de la mano. —Sabes cuándo lo vi por última vez. Cuando lo besé en la biblioteca para darte celos.

—Creo que funcionó —estuvo de acuerdo con ironía, inclinándose para besarme mientras me bajaba los pantalones. No llevaba bragas y él gimió.

—¿Por qué me preguntas por él? —Lo ayudé a quitarse los pantalones mientras continuaba besándome. Mezclar negocios con placer era nuevo. Nunca le preguntaba sobre el "trabajo", y él nunca optaba por compartir asuntos conmigo libremente así. Especialmente no mientras nos desnudábamos para una ducha para limpiar la sangre seca de él mientras me besaba y recorría mis manos por mi carne desnuda.

—Porque lo vi allí. Detrás de la biblioteca.

Lo acaricié, incapaz de domar mi deseo por él. Empujó contra mi mano, besándome mientras me hacía retroceder hacia la ducha.

—Lo vi recibiendo dinero de un Ilyin. Cuando lo perseguí, me atacaron.

—Maldita sea, Lev. Todavía te estás recuperando del otro día.

Sonrió mientras me levantaba y me llevaba a la ducha con él. Presionándome contra la pared fría, realizó varias tareas a la vez para alcanzar y abrir el agua. El spray frío, luego tibio, me golpeó, cascadeando sobre nuestros cuerpos mientras me besaba con fuerza. Su erección pinchaba mi estómago, y clavada contra la superficie de azulejos así, estaba ansiosa por que me llenara.

—¿Estás preocupada por mí? —se burló suavemente mientras se alineaba conmigo.

Asentí, envolviendo mis brazos alrededor de él y animándolo a poner esa boca arrogante en mis pechos. Lo hizo, ganándose mis gemidos bajos. —Siempre me preocuparé por ti.

Porque te amo.

—Ahora sabes cómo me siento. —Se deslizó dentro, hasta la empuñadura. Estirada y llena, me ajusté a la preciosa plenitud que nunca quería sentir con nadie más que con él.

—¿Duro? —bromeé—. ¿Duro y profundo?

Se rió ligeramente, saliendo y volviendo a entrar. —Los Ilyin me atacaron. Si no fuera por Marcus y otro soldado...

Lo besé, queriendo silenciar el resto de la frase que no terminaría.

Siseó de dolor cuando se acercó más a mí para tener más fuerza dentro de mí, y evadí sus labios. —No te hagas daño.

—El día que no pueda follarte como necesitas... —argumentó.

No sucederá. Teníamos que descubrir cómo convencer a mi tío para que me dejara casarme con él.

—No puedo contenerme contigo.

Lo besé con más fuerza, apretando mis piernas alrededor de su cintura. Yo tampoco podía. No quería detener esta necesidad de él, este amor naciente que crecía cada día que permanecíamos juntos.

No duró mucho. Yo tampoco. Pero cuando me vine, poderoso como un puñetazo, él tuvo el sentido común de ahogar mis gritos con su boca sobre la mía, sus labios sellando mis sonidos de puro éxtasis.

—Qué buena chica —arrulló después de disparar dentro de mí, inundando mi vientre con su semen. Sus piernas temblaron mientras me bajaba para ponerme de pie, pero me mantuvo cerca, en su abrazo—. Qué buena pequeña rebelde.

Sonreí, divertida por esta charla sucia que era como una broma interna entre nosotros. —Tú, zorro —le recordé.

Gruñó, dándome una palmada ligera en el trasero mientras me giraba para pararme en la ducha con él.

Esta vez, se limpió a sí mismo, pero no antes de atenderme. Y esta vez, cuando abrió la boca y habló de nuevo, desafió esa distancia inicial entre nosotros. Compartió sus preocupaciones sobre la presencia de los Ilyin en el campus. Se abrió sobre los detalles de su misión anterior, donde mató a un jefe Ilyin y también a algunos otros guardias, uno de los cuales se informa que está vivo de nuevo y anda por la ciudad.

—¿Qué, como si hubiera vuelto de entre los muertos? —Me reí—. Tal vez tiene un gemelo.

—Eso es lo que me pregunto —dijo—. O los informes de haberlo visto son inexactos.

Nos secamos juntos, y aún así, mientras nos vestíamos y luego nos acostábamos en la cama, relajándonos, continuó explicando sus preocupaciones e ideas.

Me quedé en silencio, escuchando más que hablando, pero me sonrió después de un rato. —¿Qué? ¿Por qué esa miradita?

—Eres un perfeccionista —bromeé—. No es de extrañar que mi tío siempre te haya favorecido.

Suspiró, perdiendo su expresión despreocupada que parecía asentarse más cuanto más hablábamos de "negocios".

—Está bien, ¿por qué *esa* mirada?

Tomó mi mano y entrelazó nuestros dedos. —Puede que no le importe nada después de que se dé cuenta de lo que estamos haciendo.

Me derretí mentalmente cuando levantó nuestras manos unidas y besó mis nudillos. —¿Y cómo llamas a esto? ¿Qué *estamos* haciendo, Lev?

Me miró fijamente, y tantas emociones pasaron entre nosotros sin palabras que lo supe. Lo vi en sus ojos.

Enamorándonos.

Inclinándose lentamente, se lamió los labios. —No lo sé, nena. —Acunó mi rostro y me besó suavemente—. Pero nunca quiero que se detenga.

Yo tampoco.

31

LEV

Hablar sobre mis asignaciones fue solo el comienzo de lo mucho que me abrí con Eva. Se sentía correcto. Era natural hablar libremente con ella. Había pasado de ser *solo un trabajo* a ser mi amiga, mi compañera de la que no podía apartar las manos.

Aunque Kelly estaba en el apartamento, nos daba espacio.

Eso me parecía bien. Sería tan posesivo como quisiera con Eva porque no había forma de saber cómo reaccionaría su tío una vez que le llegara la noticia de que habíamos forjado una relación.

Pero Eva se inquietaba cada vez que notaba a Kelly escondida en su habitación.

—Me dijo que quiere mudarse y encontrar otra habitación en la residencia —comentó mientras nos preparábamos para ir a su primera clase.

No necesitaba oírlo de Eva. Lo vi por mí mismo. Kelly se había ido antes con Rurik siguiéndola para protegerla.

—Es su derecho —le recordé a Eva mientras se ponía el abrigo.

Frunció el ceño, sin dejarse convencer por lo que dije. —Me dijo que no quiere caridad de mí. De la familia. Quedarse aquí conmigo. Lo cual es una tontería porque la habitación de la residencia fue destruida por mi culpa.

—No puedo culparla. —Suspiré ante su mirada molesta—. No estoy discutiendo, pero míralo desde su perspectiva. Ella es solo una don nadie, una extraña que puede hacer lo que quiera con su vida. Ser vista como una conexión con la Familia Baranov, se arriesga al estigma de cualquier cosa que alguien pueda tener en contra de tu tío, contra la familia.

—Lo sé, pero...

—No estará desprotegida. —La dejé salir antes que yo al pasillo—. Rurik está con ella, a distancia.

—Pero siento que se está alejando de mí. —Mantuvo la cabeza baja mientras tomaba mi mano —. Y creo que...

Apreté sus dedos con más fuerza, atrayéndola a mi lado. Odiaba dejar la seguridad del

apartamento, pero teníamos que hacerlo. Ella tenía clases a las que asistir, aunque parecía estar perdiendo interés en sus cursos. Y yo necesitaba estar presente con ella y ver qué pasaba con cualquier rival en el campus.

Oleg la llamó un catalizador, para descubrir cualquier pista sobre si otra familia había intentado reclamar la universidad como parte de su territorio protegido. No me gustaba que la usaran así, o en absoluto, pero mientras estuviera con ella para garantizar su seguridad y felicidad, haría lo que el gran jefe considerara necesario.

Pero me pregunto cómo se sentiría ella sobre sus motivos subyacentes para dejarla venir aquí...

—¿Qué? —le pregunté.

—Creo que se pone un poco triste cuando nos ve... juntos.

—¿Juntos? —La miré de reojo.

—Sí. Vernos juntos cuando ella está sola.

Ah. Eva y yo no nos habíamos esforzado por ocultar lo que sentíamos el uno por el otro. Me apresuraba a ahogar sus gritos cuando hacíamos el amor y follábamos duro, pero todos los toques. Los besos. Las sonrisas, más de ella que mías, pero aun así.

—Me pregunto si es por eso que mi madre se fue también. Por qué se llevó a Sonya con ella.

Fruncí el ceño. Rara vez hablaba de la mujer que nunca conocí. La madre de Eva ya se había ido antes de que yo empezara a trabajar para la familia. —¿Qué quieres decir?

—Mi padre no podría haberla amado. Solo le importaba tener su alcohol y no enfadar demasiado a mi tío para tener una vida perezosa y cómoda en esa mansión. Si ella estaba harta de no tener amor, si estaba celosa de otras mujeres de la familia que se asentaban y tenían un marido... —Se encogió de hombros—. Es estúpido. Estoy siendo tonta. El amor no es algo que suceda en nuestro mundo, pero...

La detuve junto al coche, enmarcando su rostro antes de besarla. —Puede suceder. —No le dije esas palabras directamente, pero quería que supiera que me estaba acercando a arriesgarme a decirlas—. Tan pronto como este peligro termine, este misterio sobre las drogas se resuelva, quiero decírselo.

Ella entreabrió los labios sorprendida.

—Tengo la intención de decirle a tu tío que estamos... —No estaba seguro de cómo expresarlo. Estaba mirando a la mujer que quería proteger, poseer y llamar mía para siempre.

De todos modos, ella no me dio la oportunidad de decirlo. —Oh, Lev. —Se lanzó hacia arriba, besándome con más fuerza.

—Después —le recordé una vez que la dejé dar un paso atrás—. Después de que toda esta mierda se resuelva y sepamos quién está tratando de causar problemas.

Ella asintió, subiendo al coche para el viaje al campus. —Estoy de acuerdo. Después. Cuando ya no sea un objetivo.

Llegamos al campus, y la seguí afuera en la fría y gris penumbra de este día de finales de febrero. Frunció el ceño cuando vio que Kelly no estaba esperándola.

Revisé mi teléfono. —Rurik dijo que se dirigió a la biblioteca en su lugar y está estudiando allí.

Eva asintió, ocultando su tristeza por el distanciamiento de su nueva y única amiga.

Me quedé en la parte de atrás del auditorio mientras ella asistía a su clase. Entre buscar a Bryce, un Petrov o un Ilyin y consultar mi teléfono para revisar los mensajes de mis hombres informando, me sentía más ocupado de lo que quería estar. Mantenerme alerta era una rutina agotadora, y con lo mucho que había estado al borde y preocupado por que alguien cumpliera su amenaza de llegar a Eva, estaba cerca del agotamiento.

—Olvidé algo en el coche —dijo Eva una vez que salimos después de que concluyera esta primera clase.

—¿Tienes tiempo antes de ir a tu próxima clase? —pregunté.

—No. —Se encogió de hombros—. Pero tendré que llegar tarde.

Caminando rápidamente para mantenernos calientes, llegamos al estacionamiento en un tiempo récord. Pocos estudiantes iban y venían a esta hora de la mañana, y reflexioné levemente que muchos de ellos probablemente estaban durmiendo para evitar estar fuera en el frío y sombrío clima.

—Creo que el coche estaba en el siguiente pasillo —dijo cuando comencé a dirigirla hacia la izquierda.

Asentí. Sabía dónde había estacionado mi coche. Pero hasta que esos dos hombres pasaran, no me sentiría confiado de que ella se dirigiera por ese camino estrecho.

—Lev, es...

Ella gritó mientras los hombres la embestían y se la llevaban.

Apreté los dientes y corrí tras ellos. Saqué mi arma. La levanté y apunté hacia ellos, evitando darle a ella, pero doblaron alrededor de una furgoneta estacionada, bloqueando mi campo de tiro.

—¡Suéltenla! —grité—. ¡Déjenla ir!

Mi cerebro no podía procesar lo que mis ojos veían. Sucedió tan rápido. En cuestión de segundos, se la llevaron. Un momento estaba justo ahí, al alcance y caminando directamente frente a mí, y al siguiente, la arrebataron.

—¡Lev! —gritó ella mientras el hombre la arrojaba dentro de una furgoneta. Corrí cuando arrancaron, pero una vez que se alejaron demasiado, me detuve y apunté mi arma. Disparando con precisión, le di a las ruedas, a las ventanas. Disparé hasta quedarme sin balas, pero cuando el vehículo continuó escapando sin que se rompiera ninguna ventana y los neumáticos permanecieran intactos, supe que no estaba tratando con aficionados. Este era un coche preparado, diseñado para soportar peligros como este.

—¡Mierda! —Corrí hacia mi coche, pidiendo refuerzos mientras avanzaba. No esperé respuestas, sabiendo que Rurik escucharía mi mensaje y me rastrearía para ayudar. Perdería un tiempo

precioso tratando de usar mi teléfono por más tiempo.

En cambio, con el corazón acelerado y la cabeza dando vueltas de rabia, salté al SUV que el Jefe me había dado y salí disparado tras ellos.

No disminuyeron la velocidad, saliendo del campus y adentrándose en el tráfico circundante. Serpenteando entre los coches estacionados en la acera, pasando a toda velocidad por semáforos en rojo y en ámbar, los secuestradores de Eva usaban la velocidad y maniobras temerarias para escapar.

—Malditos cabrones —gruñí—. Os veré pudriéndoos en el infierno.

Ignorando el torbellino de emociones que me asaltaban, mantuve mi agarre firmemente cerrado sobre el volante y pisé el acelerador a fondo. El motor rugió y bramó, a la altura del desafío de la persecución a alta velocidad, pero no era tan fácil mantener la cabeza fría. Me enfurecía pensar que la tocaran y se atrevieran a hacerle daño. Me aterraba la idea de que pudieran matarla. Y me arrepentía de no haber sido más rápido.

Mi teléfono sonó y golpeé con el dedo el salpicadero para responder la llamada. No era Rurik, sino Marcus.

—¿Lev?

—Se la han llevado. Voy tras ellos. —Apreté los dientes, dando un giro brusco para no perderlos. Había dos coches entre nosotros, pero no perdía de vista esa furgoneta negra. Nunca.

—Los tengo localizados. Llama a refuerzos y sígueme...

No concluí mi orden al otro soldado. Un fuerte estruendo me ensordecía, haciéndome resbalar hacia un lado cuando un camión se estrelló contra el lado del conductor. El salpicadero quedó aplastado, al igual que toda la pared izquierda del SUV. El metal estaba abollado y hundido. El cristal se hizo añicos. Golpeado tan fuerte a esta velocidad, mi cuerpo se sacudió violentamente hacia la consola central. También recibí un golpe cuando se desplegó el airbag, pero no fue eso lo que me aturdió.

Mareado y tembloroso por el duro impacto, entrecerré los ojos a través de la telaraña del parabrisas mientras veía cómo la furgoneta que llevaba a Eva se hacía cada vez más pequeña en la distancia.

La sangre goteaba de mi frente donde me había golpeado demasiado tarde contra el volante. El sonido viajaba como si estuviera bajo el agua, turbio y distante, pero estaba vivo. Podía ver. Tintineaban trozos del coche al caer, pero solo era el pulso acelerado que retumbaba en mis oídos lo que podía oír.

Gemí, tratando de mover mi cuerpo dolorido. Mis extremidades se sentían rígidas. Mis nervios estaban crispados. Por las recientes peleas en las que había estado y ahora este accidente, me sentía electrificado con demasiado dolor e inflamación.

—Atrapadlo —dijo un hombre desde fuera de la burbuja de destrucción en la que estaba atrapado.

Mierda. Conocía esa voz.

Un soldado Petrov apareció a la vista. Era una visión borrosa y nebulosa la que logré, pero sabía sin duda que me había enfrentado a este hombre antes.

No sabía quién era el hombre en el dormitorio de Eva y Kelly. Había sido atacado por Ilyins detrás de la biblioteca. Y ahora, un par de Petrovs me habían embestido.

¿Quién coño trabajaba para quién?

—Atrapa al Baranov —le ordenó a su compañero.

Espera.

Se dirigían hacia *mí*. Venían a por mí. No al coche que llevaba a Eva. Ella era la Baranov. No yo. Kelly nos habló de los rumores de Irina de que el objetivo en el campus era un Baranov.

Es ella. Eva.

Pero también...

La claridad me golpeó demasiado tarde. Había estado tan atrapado en mis estúpidas inseguridades que no me había dado cuenta de que hablaban de *mí*. Yo era un Baranov. Tenía un apellido diferente como bastardo huérfano que Oleg había tomado bajo su protección, pero era un soldado Baranov. Era un miembro activo de la Familia Baranov.

Yo era el objetivo. No Eva. Habían estado tratando de llegar a mí, no a ella.

—Joder. —Me retorcí, luchando por salir de mi asiento aplastado y escapar por el lado del copiloto.

Se la habían llevado para alejarme del campus, de los hombres del equipo que tenía allí como respaldo. Ahora lo entendía. Habían capturado a Eva sabiendo que la seguiría.

No podía decir quién me quería —los Ilyins o los Petrovs— pero todo lo que sabía era que no podía dejarlos ganar. Tenía que vivir. Tenía que sobrevivir lo suficiente para devolver a Eva a un lugar seguro.

32

EVA

La furgoneta aceleró en otra curva, lanzándome bruscamente por el espacio de carga.

Me era imposible prepararme para el impacto. Apreté la mandíbula y me encogí tanto como pude mientras mi espalda golpeaba contra la pared metálica opuesta.

—Mierda —jadeé—. ¡Que os jodan! —les grité a los Petrov en la parte delantera.

Irina se dio la vuelta, mirándome con el ceño fruncido. —Cállate.

El conductor frenó tan repentinamente, poniendo fin a esta vorágine y rápida carrera, que incluso ella se tambaleó hacia adelante con la súbita pérdida de impulso.

—Tú también, zorra —dijo el conductor antes de darle una bofetada—. Cállate y quédate aquí hasta que vuelva. —Se fue, cerrando la puerta de un portazo.

—No puedo creer que hagas esto. Maldita...

—¡Cállate! —siseó Irina, frotándose la mandíbula—. Simplemente sigue la corriente y cierra la boca. —Sus ojos azules se volvieron duros mientras seguía el progreso del soldado Petrov caminando alrededor de la furgoneta.

—Estás ayudándolos y te quedas ahí sentada mientras ellos...

—Cállate. —Hurgó en sus bolsillos, buscando algo. El enrojecimiento en su mejilla se oscureció por la bofetada de ese hombre, pero parecía impasible ante ello.

No debería haber esperado ninguna ayuda de ella. Debería haber contado con que me traicionaría. Éramos princesas de familias rivales. Éramos enemigas. Siempre lo seríamos por nuestros apellidos.

—Nunca te he hecho nada —espeté, desafiante y furiosa porque pudiera quedarse ahí sentada y verme...

Me lanzó algo, silenciándome. Un delgado trozo de metal se deslizó en mi bolsillo, pero no pude determinar qué era. El otro soldado Petrov que me había ayudado a agarrar en el estacionamiento me había atado con una brida después de que me arrojaran aquí. No había venido a viajar con nosotros después de atarme, pero apostaba a que no sería lo último que vería de él. Si pudiera

mover mis manos, comprobaría lo que ella me había dado.

Irina entrecerró los ojos, dándome una expresión silenciosa pero severa para que me callara.

Las puertas se abrieron bruscamente detrás de mí demasiado pronto. Irina se volvió hacia adelante, dándome la espalda.

—Vamos —gruñó el soldado, alcanzando mis piernas.

Pateé su mano, sin darle la oportunidad de tocarme. —Puedo caminar.

—¡Entonces muévete! —Me miró con furia hasta que salí. Una vez de pie, me obligó a entrar en las profundidades de lo que parecía ser un almacén abandonado. Las viejas paredes de madera eran tan anodinas como cualquier otro edificio envejecido en la ciudad, y no podía confiar en marcar mi camino y saber dónde estaba.

Por favor, Lev. Encuéntrame. Tenía que hacerlo. Lo vi y lo oí correr tras de mí. Cuando no pudo alcanzarme antes de que me arrojaran a la furgoneta, tuvo que haber ido a su coche y perseguirnos.

Mi teléfono seguía en mi bolsillo, aunque no me serviría de nada con las manos atadas y al ser arrojada a una silla.

—Te quedas justo ahí, zorra. —El soldado me señaló, como si añadir ese gesto realmente enfatizara la orden.

Resoplé, haciendo una mueca ante el respaldo duro y rígido de la silla. Los radios de madera se clavaban en mi brazo, pero no perdí ni un ápice de tiempo preocupándome por mi comodidad. Nada sería cómodo ni estaría bien en mi mundo hasta que Lev viniera por mí. Hasta que estuviéramos juntos de nuevo.

Desataría el infierno sobre ellos. Ninguno de ellos viviría, ni siquiera respiraría, hasta que él hubiera causado estragos en su misma existencia.

—Malditos Petrov —murmuré mientras intentaba sacar el delgado trozo de metal de mi bolsillo. No estaba segura de si eso sería suficiente para perdonar a Irina. NUNCA perdonaría a su familia por secuestrarme así. Pero ella podría ser redimible si me había dado algo que pudiera ayudarme. Ahora no era el momento de averiguar cuál era su papel, si es que tenía alguno, en mi secuestro. O por qué me había llamado objetivo en el campus. O por qué había relacionado mi nombre individual con las drogas que se distribuían aquí.

Mis dedos apenas tocaron el borde afilado de la estrecha tira de metal. Era tan delgada. Fruncí el ceño, luchando por entender qué me había dado. Cuando una puerta se cerró de golpe fuera de esta habitación, sobresaltándome, solté el débil agarre que tenía sobre ella en mi bolsillo.

¡Maldita sea!

—¿Dónde está él? —exigió un hombre en ruso. No era la voz del conductor que me había traído aquí.

—En camino.

Entrecerré los ojos, esforzándome por concentrar toda mi atención en entender lo que decían.

Hablaba ruso con fluidez, pero no estaban lo suficientemente cerca para entender completamente sobre el zumbido de un ventilador de escape en el techo.

—Está muerto. Es hombre muerto —dijo la voz más áspera—. Cualquiera que se atreva a atacar a uno de los nuestros no conocerá piedad.

—Te he oído —dijo el Petrov—. Te he oído. ¿Estamos en paz ahora? ¿Eh? Querías atrapar a Kvashnin por completar ese golpe contra Yusuf, y te lo he entregado.

Oh, mierda. Era completamente consciente de lo que estaba escuchando. Ese hombre de voz áspera tenía que ser un soldado Ilyin. Porque conectando los puntos de lo que dijo, querían venganza por haber matado Lev a su líder. El hombre al que había eliminado en su última misión antes de convertirse en mi guardaespaldas. Había matado a Yusuf Ilyin, y ahora iban por él.

Era de esperar. A menudo era ojo por ojo en nuestro mundo, y ese ciclo nunca se rompería. Lo sorprendente era que los Petrov estaban ayudando a los Ilyin. Este soldado Petrov me había secuestrado, sin duda para atraer a Lev a manos de los Ilyin.

No. No, no, no.

Aquel cabrón que me había sacado del aparcamiento había hablado como si fuera un hecho consumado. *—Y lo he entregado.*

Tenían a Lev. Me habían usado para atraerlo lejos del impenetrable apartamento y del concurrido campus donde siempre contaba con Rurik, Marcus y un equipo que había organizado como respaldo para mantenerme a salvo. Pero no era *yo* quien necesitaba protección directa ahora. Era *él*. Habían estado tramando atraparlo.

Alguien empujó la puerta de esta habitación para abrirla más. Había estado entreabierta, pero nadie entró.

Me tensé, quedándome completamente inmóvil y rígida mientras miraba fijamente el panel de madera. Conteniendo la respiración, exigí mentalmente que se mostraran.

Pasaron minutos sin que nadie entrara. Los soldados de Ilyin y Petrov parecían haberse marchado también, sus voces se alejaban en el cavernoso edificio.

Entonces, ella llegó.

—No hables —me regañó Irina en voz baja. Se apresuró hacia mí, mirando por encima de su hombro—. Toma la lima que te doy. Tan pronto como lo traigan, sálvalo.

Entrecerré los ojos mientras ella se inclinaba sobre mí, buscando en los bolsillos del abrigo que estaban condenadamente lejos. La confianza se gana. Su acto de darme una herramienta para ayudar a mi escape era una excelente manera de ganársela, pero yo estaba demasiado precavida y escéptica para simplemente escucharla.

—Están inculpando a los Ilyin por las drogas —susurró, poniendo la estrecha lima de metal en mis manos mientras vigilaba la puerta—. El acuerdo de drogas que fracasó, mi familia está detrás de ello. Quieren adueñarse de la universidad y expandir su territorio.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Para que se lo digas a él. —Frunció el ceño mientras hurgaba de nuevo en sus bolsillos, luego se volvió para mirar la puerta—. Díselo a tu amante.

Arqueé una ceja.

—No te hagas la tonta. No es solo un guardaespaldas. Lo he visto observándote. —Metió algo más en mi bolsillo, pero esta vez alcancé a ver las piezas de metal. Llaves.

—Los Petrov están inculpando a los Ilyin por la ruptura del tráfico de drogas. Hicieron creer a tu tío que era culpa de los Ilyin.

—Mierda. Y que Lev fuera encargado de matar a Yusuf los ha puesto en su contra ahora.

Ella asintió. —Lo están organizando para que los Ilyin ataquen al mejor de los Baranov.

Se oyeron estrépitos fuera de la habitación. Ella se estremeció pero no se escabulló antes de lanzarme una última mirada severa. —Usa la camioneta de atrás. Y díselo. Díselo a tu tío.

—Por qué... —Me callé de golpe cuando ella corrió hacia otra puerta detrás de mí. Estiré el cuello para girarme y verla, pero el dolor en mi espalda por haber sido arrojada en la furgoneta me impidió girar completamente para verla.

Unos hombres patearon la puerta frente a mí, y casi me provoco un latigazo cervical al girarme para presenciar la llegada de Lev.

Los soldados de Ilyin lo arrastraron dentro. Entraron lo suficientemente cerca para dejarlo caer al suelo a mis pies.

—Mira qué guapo está ahora tu guardaespaldas —se burló uno en ruso.

Le escupí en la cara. —Que te jodan.

Él echó el brazo hacia atrás para abofetearme, pero Lev demostró que era más que un saco de dolor andrajoso y respirante. Pateando rápidamente, derribó al hombre con su bota, golpeando la parte posterior de su tobillo.

Eso fue todo lo que se necesitó para que se desatara el caos. Estaba torturado, tan ensangrentado y golpeado, pero no me centré en sus heridas. El otro soldado levantó su arma para apuntarle mientras lo agarraba del pelo y lo obligaba a mirarme.

—Mira, hijo de puta —gruñó—. Mira cómo jodemos a tu mujer. Mira cómo la arruinamos. Y luego puedes encontrarte con tu lenta muerte.

—A la mierda con esto. —Agarré la lima con los dedos, presionando contra las bridas con toda la fuerza que pude reunir. Separé mis manos con tanta fuerza, ayudada por el borde dentado de la lima, que mis brazos se separaron con más velocidad de la que podría haber esperado. Aprovechando el impulso de mi brazo izquierdo, me lancé contra el soldado de Ilyin que amenazaba la vida de mi hombre.

No era mi brazo o mano dominante, pero mi lado derecho me dolía demasiado por cómo me habían arrojado a la furgoneta. Sin embargo, logré golpearlo. Fue torpe, pero suficiente para sorprenderlos a ambos. Él retrocedió lo suficiente como para que Lev pudiera girarse y darle un codazo en la entrepierna.

Libre de mis ataduras, me levanté de un salto, agarré la silla y la estrellé contra la cabeza del hombre.

—¡Eva!

Rurik estaba aquí. Había venido. Muchos más se apresuraron a entrar en la sala del almacén con él.

Me desplomé en el suelo, arrastrándome más cerca de Lev mientras él trataba de levantarse sobre sus rodillas. El caos reinaba mientras los soldados Baranov tomaban el control. Un solo disparo me hizo estremecer, pero Lev me rodeó con sus cansados brazos.

Apretó mi cabeza contra su pecho, pero yo ya había visto suficiente. El Ilyin se había disparado, esparciendo materia cerebral en la pared. Prefirió morir antes que ser torturado para obtener información.

—Te tengo. —La voz de Lev era áspera y ronca mientras me sostenía, pero yo lo abracé con más fuerza, respirando su aroma hasta que sentí que mi corazón se calmaría.

—Te tengo, nena. Te tengo. —Seguía murmurando mientras yo me aferraba a él, abrazándolo con el ferviente deseo de poder protegerlo.

—No. Yo te tengo a ti. —Me aparté solo lo suficiente para besarlo. Ignorando la sangre y la mugre, presioné mis labios contra su mejilla de nuevo, acariciando con mi mano el otro lado de su cara. Nunca olvidaría el alivio consumidor de este momento, esta dulce reunión que probaba que estaba vivo y conmigo—. Yo te tengo a ti.

—Rompiendo una puta silla en su cabeza —dijo un soldado mayor, riendo mientras ayudaba a someter al Ilyin—. ¿Y el Jefe te pidió que la protegieras?

—Que te jodan —gruñó Lev ligeramente.

—Te amo —susurré, ignorando a los hombres en la habitación. Todo en lo que me concentré, todo lo que mi mente y cuerpo podían prestar atención, era la sensación de su cuerpo duro, la fuerza de sus brazos sosteniéndome cerca, y los constantes suspiros de su corazón mientras probablemente se calmaba con el hecho de que yo estaba con él.

—Yo también te amo, nena —respondió suavemente.

Golpeados y agotados, solo capaces de sentarnos y abrazarnos, recuperamos el aliento y supimos que había terminado.

Al menos, este drama y peligro habían terminado.

Ahora solo podíamos seguir adelante con amor.

33

LEV

La semana siguiente...

Si alguien me preguntara, todo este alboroto era exagerado.

—No es la primera vez que me torturan, ¿sabes? —bromeé con ironía mientras Eva alisaba la sábana que me cubría.

—No quiero pensar en eso —respondió ella, descarada pero recatada—. Sé que esta es una vida dura y que la violencia es la norma, pero te pediría amablemente que evites ser capturado y torturado de nuevo.

Arqueé una ceja, tirando de ella hacia la cama conmigo.

—¿Oh, me lo pedirás *amablemente*?

Me besó antes de ponerse de pie.

—Sí, te lo pediré amablemente. —Cruzó los brazos—. Pero te lo exigiré con rudeza. La próxima vez que creas que necesitas apresurarte y ser mi héroe, considera que yo también podría salvarme sola.

El Jefe entró, golpeando con los nudillos en la puerta de la habitación del hospital. Después de que llegó el respaldo de los Baranov, me habían llevado directamente aquí para una cirugía menor y para enyesar una fractura en mi pierna.

—Discúlpame, sobrina —dijo Oleg—, pero como demuestra la grabación en tu teléfono, no te salvaste sola. Irina Petrov ayudó.

Eva suspiró, asintiendo.

—Todavía no puedo entender por qué.

Oleg se encogió de hombros.

—Esa es una misión para otro soldado.

—Yo puedo...

El Jefe me sonrió con suficiencia.

—Tú no —dijo sin emoción.

Exhalé, sabiendo lo ridículo que sería insistir en una tarea activa como volver a ese campus universitario en cualquier momento cercano. No en estas condiciones.

—Rurik puede encargarse —dijo Oleg—. Además, fue mi culpa enviarte con ella a ese campus en primer lugar. Cuando dijeron que estaban apuntando a *el Baranov*, se referían a ti. —Negó con la cabeza hacia mí, sonriendo levemente de esa manera que sugería que podría estar divertido—. No a Eva.

—Pero ese no fue el primer pensamiento que me vino a la mente.

—¿Por qué no? —Cruzó los brazos.

—Porque no soy un Baranov.

—Eso espero, considerando que te casarás con mi sobrina.

Eva y yo reaccionamos al unísono. Ella giró la cabeza para mirarlo, sorprendida. Yo abrí los ojos tan ampliamente como ella los había abierto.

No se lo habíamos dicho. Todo había sido caótico después de lo que sucedió.

—Tío —Eva se aclaró la garganta—. Yo...

Él levantó la mano para callarla.

—Para ser una joven tan inteligente, pareces tener problemas de memoria a corto plazo. Tu teléfono estaba grabando, Eva.

Ella hizo una mueca con una sonrisa.

—Oh. Cierto.

Parecía que cuando ella buscó la lima de metal en el bolsillo de su abrigo la primera vez, había presionado el botón de video en su teléfono. Había capturado todo. Lo que Irina le dijo. Lo que dijimos. La primera vez que nos dijimos que nos amábamos había sido capturada en la grabación que su tío escuchó después. Demonios, probablemente muchos hombres de la familia lo habían escuchado.

Le sonreí, tomando su mano para apretarla.

—¿Deseas casarte con ella, correcto? —preguntó el Jefe.

—Si me lo permite, señor —respondí.

—Tío Oleg —dijo Eva suavemente—, simplemente... sucedió.

Él asintió.

—Puedo ver eso. Es por eso que no seguirás investigando lo que hemos aprendido de Irina ese día. Ni este asunto de cualquier familia tratando de expandir su territorio. Ni quién es el culpable de que ese trato de drogas se haya desmoronado. —Metió las manos en sus bolsillos,

balanceándose una vez sobre sus talones, pareciendo en todo sentido un hombre relajado, no un señor del crimen agobiado y abrumado.

—Estarás ocupado casándote con ella. —Le sonrió a Eva—. Y buena suerte manteniéndola a raya, hijo.

Ella sonrió, abrazándolo.

—¿Lo dices en serio?

—Depende de él pedirlo, pero tienes mi permiso. —Besó la parte superior de su cabeza—. Puedo ver el amor que comparten. Y sería un tonto si me interpusiera en su camino. —Luego resopló —. Como si confiara en otra familia para dejar que te casaras con ellos.

Me reí, complacido de que ella volviera a mí y se sentara en la cama.

—Quería venir a verte y asegurarme de que estarías descansando, no ansioso por ponerte de pie —explicó Oleg—. Rurik puede reanudar la investigación de este ángulo con Irina y los Petrov. Marcus también ha estado ansioso por más desafíos. Somos una familia, Lev, y tenemos mucho para mantenernos a todos a salvo. Una familia de la que eres parte, no solo si te casas con Eva. Has sido parte de esta familia desde el día en que te acogí y juraste tu lealtad hacia mí.

—Gracias, señor. —Mi corazón se apretó con la pura alegría y sensación de pertenencia que sus palabras llevaban—. Lo aprecio.

—Ya te toca un descanso, ¿no crees? —Me guiñó un ojo mientras se dirigía hacia la puerta—. Necesitas hacer una pausa en las misiones, especialmente si se avecina una boda.

Después de que se fue, me volví hacia Eva y sonreí ante la pura y brillante esperanza que resplandecía en sus ojos.

—Yo...

—Cásate conmigo. —La interrumpí, impaciente por decir las palabras más importantes de mi vida.

Ella se apoyó contra mí.

—¿Así de simple?

Asentí.

—Te amo, Eva. Sé mi brat.

Ella se acercó más para sentarse a horcajadas sobre mí, teniendo cuidado con la cirugía en mi hombro.

—¿Tu brat? —bromeó suavemente, inclinándose para besarme.

—Mi mocosa descarada y rebelde —susurré mientras la atraía hacia mí para un beso más largo.

—¿No soy tu zorra? —preguntó juguetonamente, bajando la mano para frotar mi polla.

—Joder, Eva. ¿Aquí?

Ella asintió, con picardía ardiendo en sus ojos. —En todas partes.

Me reí. —Mi mocosa. Mi zorra. Mi princesa —la agarré por la nuca y la mantuve cerca para un beso más largo que nos dejó a ambos sin aliento.

—Mi novia —añadí mientras ella se frotaba contra mí.

Asintió. —Tu esposa —susurró mientras movía mi mano hasta que pude deslizar mis dedos sobre la piel sedosa y desnuda bajo su falda. Con un tirón, rompí las costuras de su tanga, despejando el acceso a su dulce coño.

—Sí —susurró mientras deslizaba mi dedo dentro de ella—. Sí.

—Entonces guarda silencio, nena —le susurré al oído mientras ella movía la sábana—. Para que nadie interrumpa esta celebración —me montó, hundiéndose en mi polla.

Y me cabalgó, silenciándose a sí misma besándome. Sonaron pitidos de los monitores en el panel junto a la cama, y alargué la mano para desenchufar los cables que mostraban cómo ella hacía que mi corazón se acelerara y mi presión arterial subiera. Siempre lo haría, sin duda. Pero no necesitaba que una enfermera entrara corriendo aquí para impedirnos conmemorar el primer día de nuestro futuro juntos.

Después, ella nos limpió y se relajó en la cama a mi lado.

—Lo siento, aún no tengo un anillo —sostuve su mano y tracé sus delicados dedos.

Besó mi pecho, sonriendo. —No hay prisa.

—Tengo la intención de casarme contigo lo antes posible.

—Bien. Yo también estoy impaciente.

Entrecerré los ojos, detectando un ligero indicio de falsedad. —¿Pero?

—Pero... —Se encogió de hombros—. Nunca he soñado con una boda. ¿Sabes? Siempre se suponía que simplemente sucedería y yo no tendría voz ni voto en nada. Especialmente en mi novio. Todavía estoy sorprendida de que el tío Oleg me permita tenerte. Él dijo eso, ¿verdad? ¿No estoy soñando?

Besé la parte superior de su cabeza. —Nos dio permiso.

Suspiró felizmente. —Nunca le he dado mucha importancia a mi boda, pero ahora que sucederá pronto, desearía poder contar con Kelly para que esté allí. Tal vez como mi dama de honor. Algo así.

—Apuesto a que podemos hacer que eso suceda.

Levantó su hermosa mirada hacia la mía. —Estoy preocupada por ella, que sigue en el campus. Desearía que pudiera quedarse conmigo.

—¿No vas a volver a la escuela? —pregunté—. ¿Es una respuesta definitiva?

Negó con la cabeza. —No. Tengo mi destino trazado, ¿recuerdas? Casarme y tener un montón de bebés.

Sonreí. *Mis* bebés. Después de que *nuestro* matrimonio fuera oficial. —Pero si quieres continuar...

Negó con la cabeza, entrelazando sus dedos con los míos. —No querría distraerme de estar contigo. Además, puedo tomar clases en línea también...

—¿Estás segura? No me gusta la idea de que renuncies a tus sueños.

—Lev, tú *eres* mi sueño, uno que no me había dado cuenta de que podía desear. Además, él solo me dejó ir a la escuela para que tú pudieras espiar allí. Nunca se trató de dejarme estudiar porque yo quisiera. Seguía siendo 'negocio'.

Tenía razón, pero no parecía que estuviera amargada o triste por ello.

—Solo desearía que no tuviera que significar que nunca volvería a ver a Kelly.

—No estoy seguro de que puedas asumir eso. Rurik estará allí para dar seguimiento a los Petrov y las drogas. Él la vigilará —Apuesto a que estaría interesado en mantener un ojo muy atento sobre la rubia que parecía intrigarle.

—Eso espero. En todo caso, podría ser invitada a la boda.

—Nuestra boda —dije suavemente, acunando su rostro y mirando fijamente a sus ojos.

Ella sería mía.

No importaba cuántas veces hubiera intentado recordarme a mí mismo que ella era solo un trabajo, solo una misión y un deber que cumplir, ella me había demostrado que estaba equivocado.

Eva sería mi esposa.

Para siempre.

—Te amo —dijo, dejándome ver la vulnerabilidad de sus emociones. No era solo lujuria. Era mucho más que sexo ardiente. Ella *confiaba* en mí con su amor.

—Te amo —respondí—, jodidamente mucho.

Me incliné para besarla de nuevo, pero cuando me agaché, la almohada se movió detrás de mi cabeza. Ella la empujó a un lado, alzándose para besarme todo lo que quiso, pero eventualmente fuimos interrumpidos por una enfermera que entró para revisar los signos vitales.

—Oh, no. ¿Qué pasó aquí? —preguntó, inexpresiva y sarcástica cuando vio los cables desenchufados de mi monitor.

—Ups —bromeé.

—Mmm-hmm —Le lanzó una mirada de complicidad a Eva, probablemente sospechando lo que habíamos estado haciendo. Antes de arreglar el monitor, se agachó para recoger la almohada y entregársela a Eva.

—Vaya —La apretó con los dedos—. Esta cosa es un bulto plano.

Me reí, encantado de que mi exigencia con las almohadas se le estuviera pegando.

—Te traeré algo mejor mañana —prometió.

—No es necesario —dijo la enfermera—. El doctor dice que puede ser dado de alta esta tarde.

Eva y yo compartimos una sonrisa. No estaba seguro de por qué ella sonreía específicamente, pero yo estaba encantado con la oportunidad de tener a mi novia solo para mí en un lugar más privado que este.

Conociéndola, tarde o temprano se portaría mal y necesitaría mi... orientación. Había pasado demasiado tiempo desde que tuve la oportunidad de enrojecer ese trasero con mi mano o escuchar sus sensuales gemidos mientras la llenaba.

Sí, casada y embarazada.

Estaría cumpliendo su destino muy pronto.

Y estaba malditamente contento de que estaría ligado al mío.

Que ella sería irrevocablemente *mía*.